



BESAK A PAPA NOEL

ALBA
M.HERNÁNDEZ

Besar a Papá Noel

Besar a Papá Noel

Alba M. Hernández



Copyright © Alba M. Hernández

Copyright © Beatriz M. Hernández, portada.

1ª edición. Diciembre 2024. Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico sin la autorización previa. No se permite su incorporación a un sistema informático ni su transmisión.

ISBN: 9798302686688

Sello: Independently published

*Para aquellas personas que buscan en las letras esa compañía
que tanto anhelan.*

1

Me masajeo la nuca y lanzo un pequeño suspiro controlado antes de comprobar la hora. Cinco minutos más y seré libre. Seré libre del caos que se celebra en la tienda siempre que se acerca la época navideña. Algo normal y bastante entendible, pero que mi yo del pasado no pensó lo suficiente al aceptar el puesto de trabajo en un comercio destinado por y para los juguetes.

Vuelvo a clavar la vista en el reloj. Aún quedan cuatro minutos.

El turno es sólo de ocho horas, pero se sienten el doble. Incluso el triple cuando te toca soportar preguntas absurdas de esos padres y madres que buscan el regalo perfecto, pero que ni siquiera conocen las preferencias de sus propios hijos.

Miro hacia la puerta y uno de los compañeros, que me sustituye en el siguiente turno, aparece bastante acelerado y me saluda con la cabeza antes de esquivar uno de los nuevos estantes para destacar el producto de la semana. Lo observo perderse por el pasillo que da al almacén y vestuarios y mi mirada se cruza con la de Paola, otra de las trabajadoras. Mi relación con ella es prácticamente nula. No nos soportamos y ella incluso se cambió de turno para no tener que coincidir. Una decisión drástica y muy tajante, pero que resultó beneficioso para ambas partes.

—¿Qué haces hoy? —pregunta Pilar, mi amiga y la trabajadora que suele acompañarme en cada turno.

Me encojo de hombros como respuesta y observo por el rabillo del ojo que Paola llega al puesto de trabajo, lanza un saludo general al que yo no respondo y se pone a comprobar la hoja de pedidos.

Pilar me mira con una ceja alzada, yo frunzo el ceño y ella señala con la cabeza en dirección a la recién llegada. Ruedo los ojos y vuelvo a comprobar la hora. Tres minutos.

—Julia, no has respondido a mi pregunta —insiste mi compañera.

Por supuesto que no he contestado. No me interesa que Paola, que está sólo a un par de metros, sepa algo sobre lo que hago o dejo de hacer. Pero Pilar sigue mirándome y no me queda más remedio que darle algo de información.

—He quedado con Fran.

—¿Puedo apuntarme?

—Claro. No hay problema.

Me regala una sonrisa y, como Paola no puede verme debido a la posición, ya que está de espaldas, dedico los dos minutos que me quedan en observarla. Lleva el pelo recogido, como casi siempre, y el uniforme de empresa, que consiste en un polo de color azul, perfectamente planchado. Un vaquero oscuro y unas zapatillas deportivas básicas pero con pinta de ser muy cómodas y tan limpias que parece que acaba de comprarlas.

Pilar chasquea los dedos justo delante de mis narices y me mira con gesto pícaro y cómplice.

—¿Qué pasa, amiga? —pregunta—. ¿Algo ha llamado tu atención?

—¿Qué demonios dices?

Cuestiono rápidamente y Paola, tras escuchar nuestra breve conversación, gira el rostro un poco para comprobar si hay algo fuera de lo común en la escena. Me quedo estática unos segundos porque no quiero que Pilar piense cosas que no son y al comprobar que queda sólo un

minuto vuelvo a ponerme en movimiento. Salgo del mostrador sin mencionar una palabra y camino con mucha prisa hacia la zona de las taquillas. Acabar la jornada laboral es mi única motivación en cuanto pongo un pie en el recinto.

—¿Cuándo vais a terminar con la guerra que tenéis?

Giro el rostro al escuchar esa pregunta y encuentro a mi compañera de turno bastante sonriente.

—¿De qué guerra estás hablando? —cuestionó mientras me cambio de ropa.

—¿En serio tengo que explicártela?

Ignoro sus palabras. Sé perfectamente que habla de mi relación con Paola.

—En algún momento tendrá que parar —señala.

Quiere hablar del tema, como en alguna que otra ocasión. Sé que ellas dos se llevan bien, o al menos tienen trato.

—¿Por qué me ignoras?

—No te ignoro. Pero es que eres tremendamente pesada —aclaró—. Me repites la misma pregunta unas trescientas veces por semana —exagero y ella vuelve a sonreír.

—Igual deberíais dejar esa actitud tan infantil que gastáis.

—¿Se lo has dicho a ella también?

Lanzo la pregunta al aire y le clavo la mirada, pero ella se gira y me deja sin respuesta mientras observo cómo se cambia.

Puede que mi comportamiento no sea el mejor ejemplo del mundo, pero el de Paola tampoco lo es. Además, ¿qué problema hay? No le hago daño a nadie. Sólo me dedico a ignorar a una de mis compañeras de trabajo porque ninguna de las dos nos soportamos. Tan fácil y sencillo como eso.

—¿Vienes o no? —pregunto a Pilar algo desesperada por poder salir ya y respirar aire fresco.

Suelta un «ya voy» cargado de resignación y tras un corto y directo bufido. Odia que le metan prisa. Muchísimo. Pero yo odio muchísimo más estar gastando mi tiempo libre aún bajo este maldito techo.

Salimos un segundo después y al ver a la jefa por el pasillo principal desvío mi camino y tomo un atajo por la zona de los peluches. Y a ella no la evito porque me caiga mal, pero sí es cierto que es un tanto cargante y ahora mismo no me viene bien que me caliente la cabeza con cosas sin importancia. Me escabullo de ella sin problema, pero por el rabillo del ojo observo que ha pillado a Pilar y sonrío de forma inevitable. Un hecho que me permite moverme tranquilamente por la superficie hasta llegar a la puerta de salida.

Una vez en la calle compruebo el móvil. Tengo más de diez mensajes de Fran haciéndose el interesante porque según él tiene algo muy importante que contarme. Y si no lo conociese tendría una intriga increíble por descubrir tanto misterio, pero llevamos más de doce años siendo amigos y estoy segura que eso tan importante es sólo que ha dado con un nuevo ligue.

—Me has dejado tirada —protesta Pilar y yo giro el rostro sonriente para ver su cara de fastidio—. ¿Dónde demonios te has metido?

—Una tiene sus trucos.

—Eres una pésima amiga.

—Si sigues quejándote te saldrán arrugas —señalo y ella me levanta el dedo corazón mientras empezamos a caminar—. Por cierto, ¿qué quería la jefa?

Suelto la pregunta a la vez que le señalo con la mano la dirección a seguir para ir hacia mi coche.

—Está intentando reclutar gente para que se caractericen de Papá Noel y compañía.

—¿Para qué?

—Porque la campaña de Navidad empieza en unos días y el centro comercial le ha encargado a ella el trabajo.

—Menuda chorrada —suelto y pulso el botón de la llave del coche para que las puertas se abran.

—Será una chorrada, pero van a pagar unos dos mil euros.

—¿Dos mil? —cuestiono sorprendida y mi compañera asiente con la cabeza—. Eso es mucha pasta.

La observo subirse al coche y yo miro hacia atrás, hacia la puerta de la tienda de la que acabo de salir con mucha prisa. La cantidad de dinero que acababa de decir mi amiga es muy suculenta. Demasiado. Y más cuando tu cuenta del banco está llorando por ser la persona menos ahorrativa del mundo.

—Oye, Julia. ¿Ocurre algo?

Niego con la cabeza tras escuchar su pregunta y me subo al coche para ir al encuentro de mi amigo pero sin dejar de pensar en la propuesta que mi jefa le ha soltado a Pilar.

Dejo el móvil sobre la mesa y cojo la taza de café para dar un sorbo mientras escucho a Pilar y a Fran. Mi amigo le está costando eso tan importante que tenía que contarme. Y sí. En efecto. Yo tenía razón. El misterio era evidente. Tiene un nuevo ligue y según él es el chico más atractivo que ha visto en toda su vida. Pero eso lo dice de todos. Sin excepción.

—En serio. Es increíble —repite, y yo ya he perdido la cuenta de las veces que ha dicho la mismas palabras.

—¿Y a qué se dedica?

Pilar le sigue el rollo y yo la miro con algo de decepción por haberse dejado arrastrar.

—Es arquitecto —responde él muy orgulloso.

—No te vas a casar con él —apunto.

—Maldita aguafiestas.

Mi amigo protesta y Pilar ahora es la que me mira mal a mí.

—¿Sabes? El resto del mundo no tenemos la culpa de que estés sola —dice Fran.

—Me va muy bien estando sola.

—¿Pero quieres estar sola?

La pregunta de mi amiga me pilla desprevenida y hago que nuestras miradas vuelvan a conectar.

—¿A qué viene eso? —cuestiono y ella sonríe—. No, en serio. ¿A qué viene eso?

—No sé. Noto cierta tensión entre tú y Paola.

—¿De qué estás hablando?

—¿Esa es la chica que...?

—No es ninguna chica.

Corto a Fran sin dejar que acabe su pregunta y cuando vuelvo a mirar a Pilar noto que tiene alguna que otra cuestión a punto de salir de su boca. Así que tomo la iniciativa y, aunque no es mi tema favorito del mundo, retomo la conversación anterior.

—¿Habéis quedado ya en persona tú y el chico más atractivo del mundo?

—No. Aún no —responde—. Vamos despacio.

Asiento aguantándome las ganas de reír. No es la primera vez que le escucho decir eso y al siguiente día ya están el uno en la casa del otro. Pero hoy estoy generosa y decido darle el

beneficio de la duda. A veces mi amigo consigue sorprenderme.

—Por cierto —apunta Fran—. Tengo que reservar la casa rural para hoy mismo.

Nos mira atentamente y yo me hundo un poco en la silla. A un amigo de un amigo de un amigo de mi amigo se le ocurrió la fantástica idea de reunir a un grupo para celebrar la Nochevieja en mitad del campo, alejados de la civilización. Y sí, en su momento me pareció un plan fantástico y pensé que no tendría problema en apuntarme. Pero ahora mismo me viene increíblemente mal. Mi cuenta bancaria está gritando desesperadamente.

—Conmigo no cuentas —dice Pilar, adelantándose—. Lorena y yo vamos a tener una de esas noches románticas de habitación de hotel de lujo.

—Bueno, te lo perdono porque me parece un planazo —apunta mi amigo—. ¿Julia?

—No sé si voy a poder.

—¿No sabes si vas a poder? —me cuestiona—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Abro la boca para intentar decir algo que consiga salvarme de la situación, pero me quedo en blanco. Típico de mí. Muy típico.

—¿Y bien?

Mi amigo insiste y yo busco con la mirada el apoyo de Pilar, aunque ella ni siquiera sabe qué está pasando por mi mente en ese preciso momento.

—Está bien. Iré.

Lo suelto como si esas palabras estuvieran quemándose dentro y Fran asiente sonriente.

Controlo las ganas de coger el móvil para localizar a mi jefa. Ahora sí que necesito ese dinero extra del que me ha hablado Pilar. Sólo espero que no sea mentira o que no lo haya entendido bien. Necesito ese trabajo extra y, por primera vez, siento unas ganas tremendas de empezar mi jornada laboral del día siguiente.

Cruzo la puerta del trabajo con tiempo de sobra y, al hacerlo, mis ojos se cruzan con los de Pilar que está junto a las cajas registradoras. Es una de mis compañeras de trabajo y, aunque no tenemos mucho trato, nuestra relación podría considerarse agradable. La saludo con una sonrisa y sigo mi camino. Al fondo del pasillo distingo a Julia, otras de mis compañeras, hablando con Gloria, la jefa del lugar. Acelero y agacho el rostro mientras finjo que estoy comprobando algo en el móvil. Quiero librarme de tener que saludar porque la relación que tenemos Julia y yo es bastante peculiar. Aunque más que peculiar... Es que no nos soportamos. No sé en qué momento sucedió. Pero no lleva bien mi presencia, así que yo intento evitarla todo lo posible.

—Paola, espera.

Me tenso ante la llamada de atención de mi jefa y fuerzo una sonrisa en cuanto levanto el rostro en su dirección. Afortunadamente Julia ya no está con ella, así que eso me relaja un poco. No quisiera empezar la jornada teniendo un enfrentamiento.

—¿Qué tal estás? —me pregunta sonriente y yo decido ponerme en alerta porque sé que va a proponerme algo.

—Bien. A punto de empezar a trabajar.

Le recuerdo que el cambio de turno será en breve para ver si así consigo librarme de lo que está ideando.

—No hay problema. Si la jefa te dice algo, yo me encargo.

Suelta ese intento de broma y vuelvo a forzar otra sonrisa.

—El dueño del centro comercial me ha propuesto que este año nos encarguemos de la escena de Navidad —comenta ilusionada—. Ya sabes, crear y decorar un espacio en el que los niños puedan hablar con Papá Noel.

—Es genial.

Sólo articulo esas dos palabras porque no sé qué quiere que le diga. Es exactamente lo mismo de todos los años. Ahora me dirá que va a poner una hoja para que la gente se apunte y que esas horas decorando contarán como horario laboral.

—De los adornos nos vamos a encargar Susana y yo.

Respiro aliviada al escuchar el nombre de otra compañera. Y no es que no me guste hacer esa labor, es que mi jefa es demasiado intensa y, a veces, muy cabezota. Así que si puedo librarme de su presencia, mejor que mejor.

—Pero voy a necesitar a alguien para el tema de los niños —señala, dejándolo caer—. Pagan muy bien.

Me arrincona y no sé cómo decirle que no me interesa.

—Aunque entiendo que no aceptes, sería en horas fuera del trabajo y a la gente no le gusta trabajar demasiado en época navideña.

Ella no lo sabe, pero acaba de convencerme. La Navidad no es mi fiesta favorita del año y siempre intento mantenerme ocupada todo lo posible.

—¿De qué horas estaríamos hablando? —pregunto y veo cómo se ilusiona con mi pregunta.

—Sería por las tardes.

—Mi horario en la tienda es por la tarde, así que...

—No hay problema. Podré hacer un cambio con algún compañero.

Me quedo en silencio, intentando evaluar la situación lo más rápido posible.

—¿Aceptas?

Sé que debería pensármelo mejor y con calma, pero me siento incapaz de contestarle con una negativa.

—Está bien. Lo haré.

Gloria suelta un pequeño grito ahogado para no llamar mucho la atención y yo sonrío de verdad. Recorta la poca distancia que nos separa y me abraza con efusividad. Tanto que logra desestabilizarme un poco.

—Por cierto. Te daré una noticia que nadie sabe aún —me comenta mi jefa justo tras liberarme—. Mañana en el cambio de turno repartiré los nombres para el amigo invisible —confiesa—. Pero no digas nada. Me encanta ver las caras de sorpresa de todos.

Se marcha muy sonriente e ilusionada y yo lanzo un suspiro antes de pasarme la mano por la cara. A nadie en la empresa le gusta tener que participar en el regalo secreto para otro compañero. Y las caras de sorpresa que piensa ella son sólo de resignación.

Paseo la vista por una de las estanterías buscando algún libro que capte mi atención. Últimamente ando metida de lleno en ese temido bloqueo lector que tanto odio. Repaso las cubiertas más llamativas de las novedades y, aunque sé que no debo guiarme por las portadas, ninguna logra que caiga en la tentación. Miro resignada a mí alrededor, por si por casualidad consigo dar con alguna historia que le haya llamado la atención a más de uno o una. A veces me he dejado guiar y he terminado comprando el libro más comentado del momento, pero no suele funcionar y siempre acabo bastante frustrada ante la fama exagerada que se le ha otorgado a alguna que otra historia mediocre y tratada con poco cariño.

—¿No encuentras nada? —pregunta Cris, mi mejor amigo, justo a mi lado.

Niego con la cabeza y observo cómo el ya lleva un ejemplar en las manos.

—¿Por qué no te llevas el mismo que yo? Así podemos comentar.

—Porque tú sólo lees comedias románticas —señalo.

—¿Y cuál es el problema?

—Ninguno. Pero no es mi estilo. Lo sabes perfectamente.

—Deberías darle una oportunidad. Igual hay alguna historia que te sorprende.

—Olvídalo.

Compruebo la hora. Llevamos más de treinta minutos en la librería. Aunque nuestro record ha llegado a superar la hora en alguna que otra ocasión. Pero hoy me siento frustrada y desganada y creo que no vamos a tardar mucho más en salir de aquí.

—¿Qué planes tienes para las fiestas? —pregunta Cris, que sigue a mi lado e inspecciona conmigo algunos ejemplares.

—Ya sabes que trabajo.

—Yo también.

Le alzo la ceja y me cruzo de brazos.

—¿Qué? —cuestiona a la defensiva—. Que me guste mi trabajo no quiere decir que no sea un trabajo.

Y sí. Ahí tiene razón. Toda la del mundo.

—También tuviste suerte de que tu querido papi te tuviese la empresa montada.

—Es una empresa familiar. No es mi culpa —aclara él—. ¿Qué tonto lo rechazaría?

Me vuelvo a girar para ocultarme de su mirada, ya que siento que es una batalla

totalmente perdida.

—¿Qué vas a hacer en fin de año?

Reformula la pregunta y yo me tenso un momento. No quiero hacer planes ese día ni ningún otro. Y él lo sabe. Pero cabe la posibilidad de que quiera convencerme para hacer algo, aunque sea sólo un plan sencillo y entre nosotros.

—Me quedaré en casa.

—¿Quieres que te acompañe? —me propone.

—Creo que te será más interesante quedar con ese chico al que estás conociendo.

Doy un giro a la conversación y observo cómo sonríe.

—Tú misma lo has dicho. Sólo es un chico que estoy conociendo. Tú eres mi amiga.

Es mi turno de sonreír. Nos conocemos hace unos ocho años y desde entonces siempre hemos estado el uno para el otro. Por eso sé que lo que me dice lo dice de corazón. No tengo ninguna duda en sus palabras.

—Lo digo en serio —insiste—. Sólo tienes que dar un silbidito y estaré delante de ti.

Agarro su mano con cariño y dejamos la conversación aparcada antes de volver a intentar localizar un libro para que me acompañe. Vuelvo a repasar la estantería que tenemos justo detrás y sigo sin decidirme. Giro la cabeza para comentarle algo a Cris, pero no está. Seguramente vuelva en unos minutos con otro libro que sumar a la cuenta de hoy. Y sí. Es envidia lo que estoy sintiendo. Tiene una facilidad increíble para decidirse. Yo diría que incluso demasiada.

Me pierdo en mis propios pensamientos mientras voy examinando portada por portada y caigo en la cuenta de que hoy, justo en el cambio de turno, mi jefa va a soltar la bomba del sorteo del amigo invisible. La primera vez que lo hizo nos chocó, sólo había que ver el rostro de todos los trabajadores. Pero acabamos aceptándolo e incluso intuí que hubo gente que lo disfrutó. Algo que se fue perdiendo con el paso de los años. Los típicos regalos como colonias, calcetines, pijamas o bufandas ya se han repetido mucho y la falta de ideas nos genera una tensión que se aleja demasiado del entusiasmo que Gloria piensa que sentimos.

—Lo tengo.

Cris aparece de nuevo a mi lado muy sonriente y apoyando un libro sobre su pecho, tapándolo con las manos.

—¿Otra comedia romántica? —bromeo y él rueda los ojos, mostrándome así su disconformidad hacia mi respuesta.

—Tú leías a Alicia Díaz, ¿cierto?

—Sí. He leído todo su trabajo publicado. Su siguiente libro no sale hasta...

Él sonríe y alza las cejas sintiéndose victorioso.

—Hasta hoy —aclara y me muestra el libro que ha tenido oculto por sus propias manos.

—Pero es imposible —señalo mientras me concentro en observar la portada y me aseguro que sí, que es de la escritora que estamos hablando—. Por lo que tengo entendido su siguiente libro no saldría hasta después de verano.

Frunzo el ceño al no comprender bien qué es lo que tengo entre las manos. Es una nueva historia sí. Y es de Alicia Díaz. Pero algo no me cuadra.

—La dependienta, muy amable por cierto, me ha dicho que han sacado el libro por sorpresa —comenta mi amigo mientras yo giro el ejemplar para leer la sinopsis—. Y sí, es lo que tu cabecita está pensando —señala y yo vuelvo a conectar mi mirada con la suya—. Tu querida Alicia Díaz ha sacado una comedia romántica.

3

Me apoyo inquieta contra la pared del vestuario que está más cerca de la salida. No sé qué es lo que tiene que contarnos Gloria, pero quiero abandonar el lugar en cuanto lo suelte. He acabado mi turno y no me apetece seguir estando aquí. Observo a Pilar, justo al otro lado de la habitación, y responde a mi ceño fruncido encogiéndose de hombros. Ella tampoco sabe qué narices hacemos todos aquí reunidos. Aunque yo me hago una idea y, la verdad, detesto el plan.

La puerta que está justo a mi derecha se abre y aparecen Carlos y Paola, los últimos en llegar. No hay sitio, así que se quedan justo aquí, a mi lado. Paola incluso roza mi brazo al tener que forzar la postura para cerrar la puerta. No dice nada y yo tampoco. Entiendo que para ella tenerme al lado es igual de fastidioso que para mí el tenerla a ella.

Capto su olor, una mezcla a flores y cítricos y contengo las ganas de preguntarle qué colonia usa. Lleva usando la misma desde que la conozco y me encanta. No puedo remediarlo. Pero, aunque me muera de ganas de descubrir cuál es su olor diario, me resigno y miro al frente. No quiero darle el gusto de mostrarle aunque sea sólo un poquito de mi atención.

Gloria da unas cuantas palmadas para que todos focalicemos la mirada en ella y la ilusión que desprende su rostro no me transmite nada bueno.

—Bien. Ahora que ya estamos todos aquí, ha llegado el momento de dar la noticia — comenta y yo empiezo a sentir que un sudor frío recorre parte de mi espalda—. ¡Vamos a celebrar el amigo invisible!

Exclama entusiasmada y el rostro de todos mis compañeros se tensa. Sabíamos que, tarde o temprano, iba a ocurrir. Pero supongo que, al igual que yo, teníamos la esperanza de que este año Gloria se olvidase de tal fatídico acontecimiento. Yo ya he gastado todos los cartuchos. He regalado el típico pack de colonia y crema corporal, la bufanda a juego con los guantes, los calcetines más llamativos y calentitos del momento y un largo etcétera.

Suspiro derrotada porque nadie se niega y observo cómo mi jefa se saca del bolsillo trasero del pantalón un gorro de Papá Noel. Y, al igual que cada año, lo remueve, ya que dentro hay una papelito con nuestros nombres.

—No hace falta que diga que es secreto, ¿verdad? —comenta muy sonriente—. Nadie puede saber qué nombre os ha tocado —aclaro y empiezo a pasearse por el lugar para que todos vayan metiendo la mano dentro del gorro y así descubrir a qué compañero tiene que hacerle el dichoso regalo.

Observo atentamente a Pilar, que acaba de sacar su papelito, y sonrío cuando lo abre con mucho cuidado para que nadie pueda leer lo que pone. Ella se queja al igual que yo de esta absurdidad por la cual nos hace pasar Gloria, pero en el fondo sé que lo disfruta. No me preguntéis por qué. Pero lo disfruta.

Mi sonrisa aumenta en cuanto sus ojos se clavan en nuestra jefa, que ya ha pasado de largo y busca una nueva víctima. Está claro quién le ha tocado, eso significa que yo puedo relajarme. No hay nada peor que hacerle un regalo a tu superior.

Giro el rostro al escuchar la voz de Paola, pero no habla conmigo, lo hace con Carlos. No logro descifrar que es lo que comentan, pero me irrita un poco no ser partícipe de eso que tanto les hace sonreír a los dos.

Contengo la compostura e intento reflejar toda la tranquilidad del mundo cuando Gloria

se acerca hasta nuestro lado. Carlos es el primero en sacar el papelito y, aunque no tarda nada en abrirlo para ver qué pone, la distancia que nos separa no me permite descubrirlo. La siguiente parada es Paola y yo me pongo un poco más recta para poder leer su papel en cuanto lo abra. Pero hasta eso logra fastidiarme. Se lo guarda en el bolsillo sin mostrarle la más mínima atención y me pilla mirándola fijamente.

—Vamos, Julia. Eres la última.

Nuestra jefa rompe con el momento y yo finjo una sonrisa antes de meter la mano. Hago lo mismo que Paola y me lo guardo para que ella tampoco pueda tener la oportunidad de adivinar el nombre que hay escrito.

—Repito. Es un secreto, nadie puede saber quién os ha tocado —insiste Gloria.

Y antes de que dé por finalizada la reunión, la gente empieza a moverse. Carlos es el primero en salir y provoca tal avalancha de compañeros que ni me molesto en mirar atrás. Acelero el paso y no me detengo hasta que no pongo un pie en la calle. Espero unos segundos porque no tengo claro si Pilar se viene conmigo y me echo el pelo hacia atrás antes de sacarme el papelito del pantalón para leer el nombre del compañero que me ha tocado para el maldito amigo invisible.

—Mierda —susurro.

—Joder. ¿Practicas algún deporte en secreto? —me pregunta Pilar, justo a mi lado—. Menudo ritmo. No hay quien te pille. ¿Qué pasa? —cuestiona con el ceño fruncido.

—Me ha tocado Paola.

—Pero cállate, joder —protesta e incluso me da un empujón—. ¿Por qué me lo dices? ¿No has escuchado a la jefa?

—¿Tienes cinco años o qué te pasa?

—¿Tú tienes cuatro?

—Esta conversación está siendo muy absurda, pero mucho —señalo—. ¿Te llevo a casa? Se lo pregunto mientras empiezo a caminar y ella no tarda nada en unirse a mi paso.

—Pues estoy altamente enfadada contigo, pero prefiero tu coche al transporte público. Sonríe y niego con la cabeza antes de sacar la llave del coche para abrirlo.

—No sé cómo te gusta el maldito amigo invisible.

—No me gusta —dice a la defensiva.

Alzo una ceja, clavándole la mirada, y ella rueda los ojos antes de subirse al vehículo.

—Este año tienes un buen reto —suelto y ahora es ella la que me mira—. Tener que regalarle a la jefa no tiene que ser fácil.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Intuición femenina —respondo encogiéndome de hombros y ella vuelve a darme otro ligero empujón—. Se te ha visto en la cara. Eres jodidamente obvia.

Arranco y ella pone la radio para ignorarme y no darle importancia a mis palabras, aunque ambas sabemos que esta batalla la he ganado yo.

Me recojo el pelo en un moño descuidado y camino hasta el salón para acomodarme en el sofá.

—¿Aún no has escogido la película de esta noche?

Protesto al ver que Cris sigue enganchando al móvil. Tal y cómo lo dejé antes de irme a cambiar para ponerme algo más cómodo.

—Sabes que odio esa responsabilidad —señala.

—Sólo tenías que hacer una cosa. Una —recalco y cojo el mando, que está sobre la mesita baja del salón, mientras siento cómo me clava la mirada.

—¿Qué más da lo que veamos?

—Es cierto —respondo y él sonríe—. Si siempre te quedas dormido.

Su gesto cambia y es mi turno de sonreír al ver cómo intenta poner un gesto de estar molesto con lo que le acabo de decir.

—Vaya. Hoy estás graciosa. Menudo milagro.

Intenta fastidiarme, pero no lo consigue y él lo sabe.

Busco en las últimas novedades de la plataforma de *streaming*, pero ningún título llama mi atención. Cris abre la caja de pizza que ha traído para cenar y la coloca justo en el centro para que los dos lleguemos con la misma facilidad.

—Pon esa —señala—. He escuchado a dos chicas hablando de ella en el gimnasio. Me acabo de acordar.

—¿Podemos confiar en esas chicas?

—Es eso o seguir esperando y que la cena se quede fría.

Le doy la razón. Clico sobre la imagen y cojo un trozo de pizza antes de que él me imite.

—¿Qué tal con tu nuevo amor?

Se lo pregunto porque llevamos unos dos días sin vernos y eso en su mundo es toda una vida. Se encoge de hombros y ese simple gesto hace que crezca en mí un gran interés. Mi amigo es de los de hablar por hablar. Sin importarle el tema de conversación es capaz de montarse un monólogo delante de mil personas. Su afición por la oratoria no tiene límites.

Detengo la película, que ni siquiera ha empezado y sus ojos se clavan en los míos buscando una explicación a lo que acabo de hacer.

—¿No dices nada? —pregunto extrañada.

—¿Qué quieres que diga?

Cuestiona y yo le tomo la temperatura en la frente con la mano.

—¿Qué haces? —protesta.

—¿No te apetece hablar del tema? ¿Te ocurre algo? ¿Estás enfermo?

—Eres imbécil —contesta sonriente—. Pero no. No me pasa nada. Estoy perfectamente —aclara.

—¿Y con tu nuevo amor?

Retomo la pregunta que se había quedado sin responder y él da un mordisco a su trozo de pizza antes de dejarlo en la caja.

—Bien —contesta mientras me mira.

—¿Sólo bien?

Insisto porque suele ser bastante entusiasta, así que sospecho que hay algo más detrás de esa escueta y simple palabra.

—No seas pesada —señala—. Ya te dije que me lo estoy tomando con calma. No tengo prisa.

—Pero es que eso es bastante extraño viniendo de ti. Reconócelo.

Sonríe y recupera su trozo de pizza para dar otro mordisco a la vez que yo lo imito.

—Creo que estoy madurando —suelta y yo abro mucho los ojos—. Eres imbécil, de verdad.

Es mi turno de sonreír y él niega con la cabeza antes de apartarme la mirada y coger el mando para poner a reproducir de nuevo la película.

—¿Sabes qué ha ocurrido hoy en el trabajo?

Intento sacar otro tema de conversación y, aunque sé que está interesado, porque todo le interesa, mi pregunta no logra que toda su atención esté centrada en mí.

—Julia y yo nos hemos tocado.

Gira la cabeza muy rápidamente y observo su rostro sorprendido, provocando que una gran sonrisa se dibuje en mis labios. Le fascina muchísimo la historia de tensión que hay entre mi compañera y yo.

—Define que os habéis tocado.

—La verdad es que ha sido bastante intenso.

Exagero recordando el momento y él se acomoda para poder observarme mejor.

—Una cosa ha llevado a la otra y...

Abre la boca perplejo con las palabras que acabo de soltar y yo rompo a reír porque soy incapaz de seguir con mi actuación.

—¿Eres imbécil? —protesta antes de bufar.

—¿Puedes cambiar de insulto? —bromeo y él me clava la mirada con mucha intensidad

—. ¿De verdad has llegado a pensar que Julia y yo...?

Finjo que un escalofrío me recorre por completo.

—¿Qué pasa? No es una locura —se defiende.

—¿No es una locura? —cuestiono de forma inmediata y dejando de sonreír.

—Julia está buena.

—¿Julia está buena?

—¿Puedes dejar de repetir lo mismo que yo? Y sí, Julia está buena —asegura y yo pongo cara de disgusto—. Bonita melena pelirroja, buen físico, buen rostro, ojos bonitos y ese aire de perdona vidas que os gusta tanto a todas.

—No es mi estilo.

Se ríe y alzo una ceja, señal más que suficiente para que me dé una explicación.

—Perdona, querida —dice antes de llevarse una mano al pecho—. Pero todos tus últimos líos han sido muy Julia.

—Mentira.

—¿Tú crees? —cuestiona sin perder la sonrisa—. ¿Qué hay de esa chica que conociste en nuestras últimas vacaciones? ¿Cómo se llamaba? —pregunta y se lleva la mano al mentón para hacerse el interesante—. Ah sí, Sandra —se responde sin dejarme opción y yo me cruzo de brazos—. ¿Y la chica del festival de este verano? ¿No la recuerdas? ¿Cómo no? Creo que se llamaba Rosa, ¿me equivoco?

—Eres imbécil.

Respondo a su pequeño monólogo usando el insulto que ha estado repitiendo durante toda la conversación y el muy absurdo se parte de risa a la vez que mi cabeza empieza a encajar las piezas. Y sí, tiene razón. Parece que, sin querer, repito el mismo patrón de chica. Algo que jamás le confesaré. Jamás de los jamases.

Tener que trabajar en tu día libre es un asco. Pero no me queda de otra. Lo necesito. Necesito el dinero y supongo que aguantar a unos cuantos niños no me va a suponer un gran esfuerzo.

—Julia, llegas tarde.

Ese es el saludo que me ofrece Gloria en cuanto llego a la zona que han reservado para que pueda cambiarme.

—No. Llego a mi hora —señalo mientras le enseño la pantalla del móvil.

—Esta es la hora en la que deberías tener tu bonito culo sentado en la butaca de Papá Noel —aclara.

—Gracias por el cumplido.

Me permito bromear porque, aunque tiene razón y a veces me parece demasiado intensa, no es una jefa mala. Sé que llegar unos minutos tarde no va a suponerle un gran drama.

—Ten.

Me ofrece una bolsa y al cogerla compruebo que ahí está el uniforme que me acompañará algunas tardes durante toda esta época navideña.

—Tu taquilla es la número cuatro —me aclara y me da una llave—. Tienes tres compañeras más que, obviamente, han llegado más temprano.

Recalca la última frase y yo me agunto la sonrisa.

—¿Van de renos? —bromeo mientras voy abriendo la taquilla para dejar mis cosas.

—Son duendecillos.

—Mis duendecillos —señalo.

—No puedes mandarles a que te traigan el café o la merienda —dice, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

Ruedo los ojos sin que ella me vea y camina hasta la puerta de salida.

—En tres minutos te quiero fuera.

Y no me deja decirle nada más. Abandona la habitación para darme privacidad y comienzo a quitarme mi ropa para poder ponerme el traje de Papá Noel. No es la cosa más elegante del mundo, pero al menos es calentito. Me acomodo todo en su lugar; la barriga, el cinturón y la barba postiza y me hago un *selfie* para que Fran pueda reírse de mí cuando se la enseñe.

Salgo sin querer entretenerme más. No quiero cabrear a Gloria de verdad.

Camino hacia la zona habilitada y me quedo alucinada al ver la gran cola de niños que hay ya esperándome.

—No jodas —susurro mientras los pequeños empiezan a saludarme muy animados y sólo acelero el paso cuando Gloria, desde la distancia, me anima a hacerlo haciendo un movimiento con la mano—. Esto no está bien pagado —le aseguro en cuanto llego a su alcance—. ¿Has visto cuántos niños hay?

Y ni siquiera se molesta en contestarme. Me da pequeños empujones hasta que llego a la butaca y me sienta.

—Sonríe —me pide mientras ella fuerza en exceso la curva de sus labios—. Y recuerda, tienes que ser amable y simpática. Y nada de insultos y palabras mal sonantes.

Me advierte como si fuera mi madre y no me da la opción de contestarle. Se gira sin dejar

de sonreír y señala a uno de los duendecillos para que quite el cordón que da paso a que la cola de los pequeños empiece a avanzar.

Uno de los duendes sube al primero que pasa sobre mis rodillas y yo intento protestar, ya que nadie me había comentado que debía tener contacto directo con ellos. Pero se presenta inmediatamente y empieza a contarme lo bien que se ha portado y todos los juguetes que quiere. Asiento ante su mirada cargada de ilusión y, cuando el pequeño se queda callado, nos quedamos en silencio, mirándonos. No sé qué más quiere de mí. Muevo la pierna ligeramente para ver si así se anima a bajarse, pero no surge ningún efecto. Busco con la mirada a mi jefa, pero no está por ningún lado y sonrío algo nerviosa porque la cola de mini personitas empieza a crecer y el pequeño que tengo sobre mis piernas parece no tener el mínimo interés en despedirse y bajarse.

—Dios, eres un Papá Noel horrible.

Frunzo el ceño y giro la cabeza al escuchar esa voz y esas palabras.

—¿Paola? —cuestiono clavando la mirada en el duendecillo que hay a mi lado, el que le ha dado paso a la personita que tengo sobre mis piernas—. Menuda pringada.

—Habló la que lleva una barba y barriga postiza —suelta, dejándome sin palabras—. Tienes que seguir portándote súper bien para que podamos pasarnos por tu casa y dejar algunos de los regalitos que has pedido —le dice al pequeño tras acercarse—. ¿Está bien?

Él le sonríe y ella le ofrece la mano para que choquen los cinco, acción que no tarda en llegar.

—Y ahora mirad allí para la foto.

Paola señala al frente y descubro que otro de los duendecillos está preparado para immortalizarnos. Fuerzo una sonrisa, aunque estoy segura de que no se aprecia, debido a la barba, y de forma inmediata ella ayuda al pequeño a que se baje de mis piernas.

—¿Tengo que hacer eso con todos?

Y sí, me atrevo a preguntárselo, a iniciar una conversación con ella. Estoy demasiado perdida y Paola parece controlar la situación bastante bien.

—Ese es el trabajo, sí —responde sin tan siquiera mirarme—. ¿Acaso pensabas que sólo ibas a sentarte y ya está?

Cuestiona clavándome la mirada y me deja sin palabras. Sí, justo era eso lo que había pensado.

Sonríe irónica mientras niega con la cabeza y da paso a una pequeña. La ayuda a subirse sobre mis rodillas y no tarda nada en decirme su nombre. Se llama Camila y pasa de contarme lo bien que se ha portado este año. Va directa al grano. A los regalos. Me cae bien. Es de las mías.

Cuando termina de hablar me mira muy expectante y yo caigo en la cuenta que debo decirle algo.

—Supongo que te habrás portado bien.

Ella asiente, aunque se le escapa una sonrisa traviesa que a mí también me hace sonreír.

—¿Y seguirás portándote bien hasta que vaya a dejarte los regalos?

—Claro —contesta con firmeza.

—¿Y después de que te haya dejado los regalos?

Asiente con la cabeza y entiendo que no es capaz de verbalizar una mentira que es más grande que su estatura. Le ofrezco el dedo meñique para hacer que quede en una promesa y veo en sus ojos la duda, pero acaba aceptando. Posa para la fotografía y pega un salto para bajar de mis piernas sin la ayuda de Paola.

Compruebo la hora en el reloj de muñeca. Sólo llevo diez minutos sentada y la cola de pequeñajos no ha disminuido lo más mínimo. La tarde va a ser increíblemente dura.

Entro al vestuario y, al hacerlo, me encuentro con el resto de personas que me han acompañado trabajando esta tarde. Soy la última en llegar. Mis dos compañeras duendecillas, a las que no había visto antes en mi vida, aún están con el disfraz, pero Julia ya está terminando de vestirse con la ropa de calle. Es jodidamente rápida. Es como si le quemase por dentro pasar un minuto de más en el ámbito laboral.

—No ha estado mal para ser el primer día —comenta Mónica, uno de los duendes.

—La verdad es que no. A Papá Noel aún no le han robado la barba —apunta Clara.

Observo el gesto de sorpresa de Julia y me giro para que no pueda verme sonreír. Nunca antes la había visto así de perdida en algo. Ni siquiera sé qué hace aquí. Igual le debe algún favor a la jefa o es una pringada que no sabe decir que no.

—¿Y siempre hay más o menos la misma cantidad de críos? —pregunta Julia.

—Que va —responde Mónica—. Aumenta en número cuanto más cerca estamos del día de Navidad —asegura.

Escucho cómo mi compañera de trabajo bufa y yo me siento para cubrirme un poco y empezar a cambiarme.

—¿Qué tal si vamos a tomarnos algo? —propone Clara mientras yo sigo a lo mío.

Mónica no tarda nada en unirse al plan y yo rezo internamente para que no me pregunten. No me apetece nada desperdiciar mi tiempo libre con personas a las que no conozco. Y menos si entre esas personas se encuentra Julia.

—Oye, Paola. ¿Qué dices? ¿Te apuntas?

Me quedo estática unos segundos, pero sé que debo reaccionar. Quedarme como una estatua no quedará bien. No quiero que piensen que tengo algún problema mental.

—Paola no va a venir —asegura Julia, adelantándose a mi respuesta.

Me levanto tras ponerme las zapatillas deportivas y me giro para exigirle una explicación solamente con la mirada.

—Es una chica muy ocupada —señala, mirándome.

Siento cómo el resto nos mira, intercambiando el foco de atención de ella a mí.

—Me apunto.

Y lo digo sin apartarle la mirada y la muy estúpida sonríe. No sé qué demonios piensa que ha conseguido, pero sé que se siente victoriosa.

Vuelvo a la taquilla para recuperar mis cosas y dejar el uniforme y de forme inmediata mis compañeras empiezan a hablar para planear el sitio al que debemos ir. Hablan de un pequeño local cercano y, la verdad, a mí me da igual. Sólo pienso en qué excusa creíble poner para poder largarme cuanto antes. Nunca imaginé un jueves noches teniendo que soportar la presencia de Julia.

Salgo la última de la habitación y ellas me esperan justo al salir. Charlan animadamente, como si llevasen toda la vida conociéndose.

—¿Has estado alguna vez en el irlandés de la esquina? —me pregunta Mónica y yo niego con la cabeza—. Pues hoy va a ser tu noche de suerte.

Finjo una sonrisa y me uno al paso de ellas. Si me viese Cris se partiría de risa. Es más, se va a descojonar en cuanto le cuente lo que estoy viviendo. No soy la persona más sociable del mundo, así que pasar un rato con tres desconocidas es algo así como un hito histórico.

Dejo que ellas hablen. Yo sólo me limito a asentir y sonreír y, cuando llegamos a la puerta del local, descubro que la escena puede empeorar por momentos porque es un sitio tranquilo con la música baja, perfecta para hablar. Algo que, evidentemente, no me apetece

hacer.

Clara nos guía hacia una de las mesas más alejadas y yo decido sentarme evitando estar al lado de Julia, pero me arrepiento al segundo en cuanto se pone en el frente. Voy a tener que ver su cara durante todo el rato que esté aquí.

—¿Qué tomáis? —pregunta Mónica, que se ofrece a traernos las bebidas.

—Una cerveza —responde Julia rápidamente.

—Lo mismo —digo y siento su mirada clavada en mí.

—Que sean tres —apunta Clara—. Entiendo que vosotras os conocéis —dice mientras nos señala con un dedo.

—Trabajamos en la tienda de juguetes del centro comercial.

Es Julia la que habla por las dos y yo lo confirmo moviendo la cabeza.

—Mónica y yo también. En una de las zapaterías.

—¿Y os hacen pringar en este teatrillo de Papá Noel? —cuestiona Julia.

—En realidad fue una apuesta —dice Clara sonriente—. Y bueno, me daba pena que Mónica fuese sola.

—¿Estáis liadas?

Mi compañera de trabajo suelta la pregunta como si nada y yo me tenso. ¿Cómo se le ocurre soltar algo así? Ni siquiera la conoce. Menudo tacto se gasta.

—Que va. Sólo somos amigas —responde la aludida.

—¿Con derecho a roce?

Cierro los ojos ante su descaro, pero no tardo nada en abrirlos porque, en el fondo, soy un poco cotilla.

La observo negar con una sonrisa en los labios.

—No nos interesamos en ese aspecto.

—Genial. Es bueno saberlo.

A Julia se le escapa una sonrisa de medio lado y yo analizo un poco más ese gesto y la forma en que mira a nuestra nueva compañera. ¿Es su forma de coquetear? Y no puedo seguir analizando el momento entre ellas porque Mónica llega con las bebidas, rompiendo la escena de golpe.

—El camarero nos invita a unos chupitos —dice mientras un joven aparece con ellos.

Les damos las gracias y, aunque no soy muy fan de estas mini dosis de alcohol, ya que no suelen sentarme muy bien, accedo. No quiero quedar como una desagradecida. Levantan el vaso para brindar, las imito y siento que Julia choca su vaso con el mío con algo más de fuerza, provocando que parte del contenido se me derrame por la mano.

—Tienes que tener más cuidado —dice sonriente.

Le clavo la mirada y su sonrisa aumenta.

—Ronda de preguntas —dice Mónica, sin darme la oportunidad de poder responderle a Julia como es debido—. ¿Vivís en la ciudad?

Afirmativo. Y no sólo en la ciudad. Descubrimos que vivimos relativamente cerca. Es más, Julia vive sólo a dos calles de distancia de mí, aunque eso ya lo sabía. Pero desconocía si se había mudado.

A esa pregunta se le suma unas cuantas otras y yo descubro, gracias a ese pequeño interrogatorio de cuatro, que son bastante majas. A excepción de Julia. Porque aunque esta noche esté especialmente simpática con ellas, no me trago su buen papel.

Tras la primera cerveza decidimos tomar otra y Clara decide acompañar a Mónica porque han visto en la barra a unos conocidos que quieren saludar. Eso provoca que yo me quede a solas

con Julia. Definitivamente Cris se va a descojonar en cuanto le cuente todo esto.

Agarro el móvil para no tener que entablar ninguna conversación con ella, pero mi plan se ve frustrado en cuanto rompe con el silencio.

—Pensaba que no ibas a tardar nada en poner cualquier excusa tonta para largarte —asegura.

Alzo el rostro para encontrarme con su mirada y observo su gesto divertido.

—Sorpresa, supongo —comento y su sonrisa aumenta—. ¿Por qué has dicho que no iba a apuntarme?

Recuerdo que se nos ha quedado esa conversación pendiente en los vestuarios y la retomo.

—Porque me he apuntado yo —responde con suma tranquilidad—. Pero he preferido decir que eres una persona muy ocupada porque igual generaba una tensión innecesaria delante de nuestras nuevas compañeras —aclara.

Sonrío con ironía y ella da un trago a su cerveza.

—Eres consciente de que nos quedan semanas trabajando juntas, ¿verdad? —cuestiono—. Lo digo porque igual deberías relajarte un poco.

—¿Relajarme? Eres tú la que parece que tiene una escoba metida por el culo.

—Estoy muy relajada. Créeme —aseguro.

—¿En qué momento se ha desviado la conversación?

—¿De qué estás hablando? —pregunto algo confusa—. Dios, eres insoportable.

Lo suelto al darme cuenta del doble sentido al que está jugando y la muy tonta curva los labios en una sonrisa bastante perfecta. Le hace gracia molestarme. Está claro.

—Supongo que forma parte de mi encanto —dice muy orgullosa.

—¿Tienes de eso?

No pierde la sonrisa y yo la miro seriamente mientras se echa un poco hacia adelante en la silla, apoyándose con los brazos sobre la superficie de la mesa y recortando la distancia que nos separa.

—Tengo bastantes cosas que podrían sorprenderte, pero estoy segura de que alguien como tú no sabría valorarlas —señala.

No dejo de mirarla y reconozco que me está dejando sin palabras. Es la primera vez en mucho tiempo que Julia me habla tanto. Nuestra relación, si es que se le puede decir así, no corresponde a lo que está sucediendo en este preciso momento.

—¿Es posible que te hayas emborrachado con dos cervezas y un chupito? —le pregunto.

—Necesitarás mucho más que eso si pretendes tumbarme.

—Ya quisieras tú que yo te tumbase.

Suelto esa frase sin pensarlo y en cuanto sus labios se curvan un poco más me doy cuenta del doble sentido que acabo de decir.

Veo sus intenciones de querer decir algo más, seguramente para molestarme, pero nuestras compañeras vuelven a la escena y ella vuelve a darme ese espacio que me había limitado. Comienza a hablar con Mónica y me descubro sin ser capaz de dejar de mirarla. ¿A qué demonios está jugando?

Salgo de la sala de trabajadores con mucho cuidado y sigilo. He llegado tarde y no quiero que nadie me vea, especialmente mi jefa. Ella no va a entender que esta mañana los «cinco minutos más» después de que sonase el despertador han pasado a ser veinte.

Camino hacia las cajas, mi puesto habitual, y voy observando pasillo por pasillo para no encontrarme con nadie. Si nadie me ve llegar, nadie sabrá que no he llegado a mi hora. Simple. Acelero el paso porque empiezo a sentir cómo el nerviosismo empieza a apoderarse de mi sistema y me detengo en seco al ver a Paola cobrando a una primera cliente muy madrugadora. La observo detenidamente y sigo andando hasta llegar a mi sitio.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le pregunto directamente.

Gira el rostro para clavarme la mirada y vuelve la vista al ordenador antes de responderme.

—Se supone que trabajar. Otras no pueden decir lo mismo.

Sé que esas palabras van por mí. No hay que ser la persona más lista del universo para darse cuenta de ello.

—He tenido un percance —me justifico.

—Pues yo te veo muy bien.

Ni siquiera vuelve a mirarme, pero su tono es tan cortante que siento que puede partirme en dos. Menuda antipática.

Enciendo mi ordenador y, mientras carga el maldito sistema operativo, observo que la zona de trabajo esté en perfectas condiciones. Cuando logro tener acceso compruebo que los pedidos están verificados. Algo que suelo hacer yo cada mañana. Pero yo no he estado hasta ahora. Así que supongo que otra persona lo ha hecho por mí. Y aunque no me apetece nada entablar otra conversación con Paola, tengo que hacerlo. Quiero saber si ha sido ella o Gloria.

—¿Has comprobado tú los pedidos? —le pregunto y la miro esperando una contestación—. ¿Lo has hecho?

Insisto al no conseguir ninguna respuesta por su parte.

—¿Ese no es tu trabajo? —cuestiona—. Al menos lo era cuando trabajábamos en el mismo turno —señala y esta vez sí que clava su mirada en la mía—. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo que Gloria lo haya hecho por ti?

Intento mantener serenidad y retener encerrado todo el nerviosismo que siento para no delatarme. Y parece funcionar. Y digo parece porque todo se desmorona en mi sistema en cuanto veo que nuestra jefa avanza hacia nosotras.

Agacho la mirada y finjo estar tremendamente ocupada haciendo nada en el ordenador. Así con suerte pase de largo.

—¿Están todos los pedidos revisados? —pregunta al aire y yo me limito a asentir sin conectar mi mirada con la suya mientras escucho un «todo está en orden» proveniente de Paola—. Por cierto, Julia. ¿Dónde estabas?

Me tenso en cuanto escucho mi nombre y ahora sí que no tengo remedio. Tengo que mirarla. Lo hago y ella me observa con gesto neutro. No parece haberse dado cuenta de que hoy he llegado unos minutillos tarde y estoy segura de que soltándole cualquier mentira puedo librarme. Pero hay algo que puede fastidiarlo todo. Paola. Sigue aquí y, sinceramente, no tiene

por qué salvarme el culo.

—Estaba en el baño —suelto tras unos segundos con lo primero que se me cruza por la cabeza—. Problemas con el tracto intestinal.

Me justifico y Gloria parece convencida. Pero aún no estoy a salvo. Mi compañera puede decir la verdad en cualquier momento y destriparme aquí mismo sin ningún tipo de remordimiento. Así que la miro para prepararme para lo peor, pero sigue trabajando con toda la atención puesta en la pantalla del ordenador. Frunzo el ceño sorprendida al comprender que no va a decir nada, que no va a lanzarme a los leones.

—Como has comprobado, Paola ha vuelto al turno de mañana para que así pueda compaginar mejor el horario con el trabajo en el taller de Papá Noel por las tardes —me informa Gloria, desvelándome el misterio—. Y por cierto, me han hablado muy bien de vosotras. Están encantados. Seguid así.

Y antes de marcharse dice esas últimas palabras repleta de energía y muy orgullosa.

Yo sigo mirando a Paola y, en cuanto sus ojos verdes se clavan en los míos, me pongo a la defensiva. Sé que va a atacarme. La conozco bastante bien.

—De nada por salvarte el culo, supongo —señala.

—No tengo que agradecerte nada.

—¿Estás segura de eso? —cuestiona e incluso se gira para estar en un mejor cara a cara—. Porque yo creo que la realidad se aleja bastante.

Suelto aire de forma pesada y se cruza de brazos.

—Está bien. ¿Qué quieres? —pregunto al sentirme sin salida.

—¿Qué tal un «gracias»? —cuestiona—. Creo que sería lo correcto. ¿No crees?

—No voy a darte las gracias. Olvídate.

Sonríe en un gesto cargado de ironía y no sé por qué lo hace, pero me inquieta. ¿No será capaz de seguir a Gloria para decirle la verdad? Y ese miedo inicial ante tal posibilidad desaparece en cuanto su mirada desconecta de la mía y vuelve al trabajo sin decir ni una sola palabra más. Dejo de mirarla despacio, tomándome mi tiempo, y opto por hacer lo mismo. No sé por qué pero algo me dice que voy a acabar saturada de trabajar con ella.

Miro el reloj y compruebo que, nuevamente, Julia llega tarde. Lo ha hecho esta mañana y lo hace ahora. No sé qué demonios pasa por su cabeza, pero está claro que ser formal y puntual no va con ella. En absoluto. Igual se piensa que voy a salvarle el culo siempre, tal y como ha ocurrido delante de Gloria.

Me giro y sonrío a los niños, que ya llevan unos minutos esperándola, y la veo llegar. Va corriendo, esquivando a todos los que puede a su paso y me aguanto la risa cuando la veo tropezar y casi caer.

—Llegas tarde —le digo en cuanto pasa por mi lado—. Otra vez —le recuerdo y ella repite mis palabras pero en un tono infantil mientras se recoloca bien la barba.

—¿Ahora eres mi perro guardián? —me cuestiona justo delante.

—No quiero que nos echen una bronca por tu culpa.

Respondo con tranquilidad, pero me acerco a ella para atarle bien el cinturón y hasta yo misma me sorprendo. ¿Por qué demonios he hecho eso? Supongo que por el hecho de que no quiero que nos juzguen a todas igual que a ella. Algunas tenemos seriedad y responsabilidad.

Me mira sin decir una palabra y soy yo misma la que corta el momento al dejarla sola y abrir el cordón para que los pequeños vayan pasando al encuentro con Papá Noel.

Le clavo la mirada muy seriamente, para poder demostrarle sin palabras que mi paciencia

tiene un límite y que más le vale que se comporte, pero es una descarada y me sorprende levantándome el dedo corazón antes de coger al primer niño y subirlo sobre sus piernas.

Recorto la distancia que nos separa para ayudar al pequeño en cuanto acabe y para tener un mejor control de la situación. Lo escucho en silencio mientras va contándole a Papá Noel qué quiere y clavo los ojos en Julia en cuanto la escucho bostezar. Le regaño con la mirada, pero no le importa. Así es ella. Choca la mano con el niño tras acabar y yo le ayudo a bajarse.

—Podrías tener un poquito más de respeto —susurro mientras sonrío al frente para disimular el fastidio que me provoca mi compañera.

—¿Acaso he hecho algo malo?

Cuando nuestros ojos se encuentran muestra una tranquilidad que me deja perpleja.

—¿Qué pasa? —insiste.

—Recomponete, deja de bostezar y haz tu trabajo —le ordeno.

—Estoy cansada porque no he dormido bien. ¿Es un delito?

Decido ignorarla y le indico a la siguiente niña que puede avanzar.

—Te he hecho una pregunta —señala Julia.

—La cual ni voy a molestarme en contestarte —aclaro—. Sube, pequeña.

Animo a la niña a subirse en las rodillas de Papá Noel y siento cómo Julia sigue mirándome aunque ya haya alguien reclamando de nuevo su atención contándole todos los regalos que espera tener.

Hago como que estoy ocupada recolocando unos grandes regalos vacíos que han puesto sólo de adorno y, pasados unos segundos, vuelvo a mirarla. Parece algo más centrada y hasta se atreve a bromear con la pequeña. He de decir que, desde el primer día hasta la fecha, ha mejorado bastante y ya hasta sabe relacionarse con todos los niños que vienen, independientemente de sus edades.

Reparto unos cuantos caramelos sin dejar de sonreír y, tras una primera media hora bastante frenética, la calma reina en el lugar. Incluso me sorprende no ver a ninguno pequeño más haciendo cola.

—Hay un teatro infantil fuera —me informa Mónica, haciendo que en mi mente ahora todo tenga sentido.

—Visto lo visto, voy a ir a por un café —dice Julia, uniéndose a la conversación.

Y a mi otra compañera parece no importarle su atrevimiento, tanto que incluso se aleja unos metros para observar uno de los escaparates.

—¿Estás loca? —cuestiono a Julia, increpándola.

—¿Puedes dejarme en paz?

Me responde con otra pregunta y se desengancha la barba por un lado para rascarse.

—Relájate, joder —protesta.

—No puedo relajarme cuando trabajo con una inepta como tú —señalo—. Y haz el favor de ponerte bien el uniforme.

Bufa molesta y, aunque se vuelve a colocar la barba bien, abandona el sitio y la veo caminar directa a la cafetería que hay justo en la esquina. Es la persona más incorregible del mundo. Insoportable.

Camino por la tienda desganada y planteándome mi existencia. No sé en qué momento a Pilar le ha parecido un buen plan quedar para mirar algún detallito para el regalo del maldito amigo invisible. Y tampoco sé en qué momento yo he aceptado sin rechistar. Supongo que por no tener que escuchar sus insistencias y sus ruegos.

—¿Qué te parece si colaboras un poco y me ayudas?

Mi amiga se queja plantándose en mitad del pasillo y mirándome con cara de fastidio.

—¿No te vale con haber tirado mi rato de descanso a la basura? —cuestiono—. Te recuerdo que yo trabajo esta tarde soportando a un millar de niños —exagero, pero no consigo que sonría. Es raro, porque mi desdicha suele provocar que sus labios se curven.

—Esto es importante —señala.

—¿Por qué es importante?

—Porque tengo que regalarle a la jefa —apunta muy seria—. Es el peor de los amigos invisibles.

—Te recuerdo que yo tengo a Paola.

Me hace un gesto con la mano para quitarle importancia y vuelve a retomar el camino. La sigo porque, aunque cumplir con el amigo invisible no me quita el sueño, tengo que hacerlo.

—Cómprale unos calcetines —le propongo mientras observo unos muy navideños repleto de renos y mini arbolitos—. ¿Qué número tiene Paola?

Se encoge de hombros e ignora mi propuesta antes de seguir avanzando.

—Unos calcetines siempre vienen bien —insisto—. Son prácticos, cómodos, calentitos y divertidos.

—No voy a regalarle unos malditos calcetines a Gloria —señala—. Y tú tampoco se los vas a regalar a Paola.

Me señala con un dedo y yo frunzo el ceño ante aquella orden tan inesperada.

—Deja de ser una cutre.

—No soy una cutre. Soy práctica.

Me defiendo, pero vuelve a ignorarme y cambiamos de pasillo. No sé qué tiene la gente en contra de los calcetines, la verdad.

—¿Y un pijama? —propongo.

—Podría ser una buena opción si supiera que talla le gusta usar, si los prefiere finos o gorditos, clásicos o con detalles frikis —enumera casi sin respirar—. Así que no. Descartado.

Suspiro ante su indecisión y al comprobar la hora descubro que llevamos más de treinta minutos dando vueltas sin sentido. Está jodidamente perdida y le va a costar bastante tomar la decisión. Y, como no quiero perder más tiempo en algo así, decido echarle ganas para intentar ayudarle a resolver el asunto cuanto antes.

—¿Y una colonia?

—Estás proponiéndome todos los regalos que has estado haciendo estos años —responde sin inmutarse y sin mirarme.

—Son unas buenas ideas. No estaría mal reciclarlas.

Me defiendo y me encojo de hombros en cuanto su mirada vuelve a clavarse en mí.

—Eres la peor compañera de tiendas —confiesa—. ¿Por qué te he llamado?

—Porque tu novia está trabajando. Soy el segundo plato en realidad.
Lo suelto sin ningún tipo de resquemor y la muy tonta sonrío. Ambas sabemos que tengo razón.

—Por cierto, ¿qué tal te va con Paola? —pregunta interesada—. Menuda jugarreta que me hayas cambiado por otra.

—Yo no te he cambiado por nadie. Eso coméntaselo a tu querida y adorada jefa a la que no quieres regalarle unos calcetines —respondo rápidamente—. ¿De verdad crees que prefiero trabajar con ella? —cuestiono.

—Igual así solucionáis vuestras diferencias.

—No tengo nada que solucionar con ella —aseguro y dejo de mirarla para que el tema se quede ahí.

Parece leer mi mente y no insiste. Cambia de nuevo de pasillo y yo empiezo a sentirme bastante agotada. Ni siquiera voy a poder resolver mi propio amigo invisible. ¿Qué se le puede regalar a alguien tan estirada y doña perfecta como Paola?

Observo a una de las dependientas que parece estar sacando un producto nuevo de unas cajas y sonrío. Me acerco cuando la trabajadora termina su labor y siento que Pilar me sigue.

—¿En serio? —cuestiona—. Dime que es para ti y no para Paola.

—¿Qué problema tienes? —pregunto desconcertada—. Es una taza monísima.

La observo en detenimiento y vuelvo a sonreír al ver la cara del perrito que la decora.

—Eres una cutre —señala mi amiga.

—Todo el mundo usa tazas —justifico—. Y esta además viene acompañada para hacerte tu propio chocolate con nubecitas de colores. A mí me parece un buen detalle, la verdad —apunto—. Es más, estoy segura de que incluso Paola sabrá valorarlo.

Pilar niega con la cabeza y yo me quedo con las ganas de seguir protestando, ya que vuelve a abandonarme para seguir con su peculiar aventura de buscar el regalo perfecto para Gloria. Lanzo un suspiro muy sonoro y bastante llamativo, provocando que gire el rostro para clavar su mirada en la mía de nuevo. La reto con la mirada, pero ni siquiera se molesta en decirme nada más. Sigue su camino y a mí no me queda más remedio que seguirla. A veces ser su amiga es bastante complicado.

Camino para abrirle la puerta de casa a Cris. Hace apenas media hora me ha bombardeado a mensajes diciéndome que teníamos que hablar, que era muy urgente, de vida o muerte.

Le dejo pasar echándome a un lado y observo cómo se va directamente hacia la cocina.

—Espero que sea importante —le digo antes de apoyarme contra la pared—. Te recuerdo que es mi día libre y sabes que me gusta pasarlo tranquila, sin sociabilizar y acompañada de un buen libro.

Resumo el plan que tenía en la cabeza y, sin tan siquiera mirarme, sigue a lo suyo, preparando la cafetera. Es lo que tiene la confianza, que conoces demasiadas cosas de la otra persona, que te permites moverte libremente por su territorio y que, a veces, da asco.

Permanece en silencio y eso me inquieta.

Reparte el café en dos tazas, las coge y se mueve hacia el salón para sentarse en el sofá.

Yo lo sigo por inercia y porque no sé qué quiere, la verdad.

—¿A qué se debe tanto misterio? —pregunto en cuanto me siento a su lado.

—¿Aún no has empezado el libro de Alicia Díaz?

Cambia el rumbo de la conversación y ambos miramos el ejemplar que tengo sobre la mesa.

—Deberías hacerlo —me indica—. Es buenísimo. A mí sólo me quedan unos cuantos capítulos.

—No sé si es mi tipo de libro. Ya sabes que no me van las comedias románticas y no quiero llevarme una decepción.

—Deja de cerrarte puertas. Abre tu mente.

—¿Y descubrirás lo que disfruta la gente de la vida?

Intento bromear con la letra de una canción, pero no acompaña que él no la recuerde. Así que hago un gesto con la mano para borre ese ceño fruncido y me llevo una taza a los labios para disfrutar un poco de la cafeína que él mismo ha preparado.

—Cuéntame, ¿qué pasa?

Insisto y él imita mi movimiento anterior para ganar algo más de tiempo, ambos lo sabemos.

—El chico que estoy conociendo quiere quedar —me confiesa y yo sonrío ante su nerviosismo.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no quiero ir tan rápido.

—Sólo te ha dicho de quedar. No te ha puesto un anillo en el dedo.

Resopla algo frustrado y se pasa la mano por el pelo. En su cabeza parece algo más complicado. Y no. No lo entiendo.

—Es que no quiero correr —insiste.

—Repito, sólo te ha dicho de quedar. ¿O es que acaso es un tipo de quedada rara? ¿Te ha propuesto algún tipo de juego extraño?

Intento suavizar la tensión que parece haberse adueñado de Cris. Pero su respuesta es darme un ligero empujón, aunque con una sonrisa en los labios.

—¿Puedes ser seria? Por favor.

—Puedo ser la persona más seria del mundo. Lo sabes muy bien —señalo.

—Pues quiero que ahora seas esa persona —me pide.

—Está bien —digo antes de recolocarme en el sofá para poder mirarle mejor a la cara—.

¿Cuál es el problema real? ¿Por qué no quieres quedar con él?

—Ya te lo he dicho —responde algo desesperado.

—He dicho el problema real.

Me aparta la mirada, suspira y dejo que se tome su tiempo.

—No sé si estoy preparado para dar ese paso —confiesa—. Ya sabes lo mal que lo pasé con Sergio.

Sí. Claro que lo sé. Llevaban años juntos y el muy desgraciado le puso los cuernos con media ciudad y, cuando Cris lo descubrió, tuvo la poca vergüenza de ofrecerle una relación abierta.

—Pensaba que lo había superado, pero...

Me acerco todo lo posible y lo rodeo con un brazo para pegarlo a mi cuerpo.

—Es normal que te cueste —señalo—. Pero igual ha llegado el momento de permitir que otra persona pueda conocerte.

—¿Y si sale mal? —cuestiona, mirándome.

Y si sale mal, muy seguramente, se quede con el corazón el doble de destrozado y su confianza se verá muy afectada. Pero no creo que sean esas palabras las que merezca y necesite escuchar. Así que sonrío y le doy una ligera palmada en la espalda antes de responderle.

—Si sale mal tendrás una experiencia nueva de la que habrás aprendido.

Asiente con la mirada clavada en la mía y yo curvo los labios para reconfortarlo un poco más. Él replica el gesto y suspira algo más aliviado antes de dar un trago a su café.

—Si sale muy mal tendrás que hacerme hueco en tu cama —apunta.

—En mi cama siempre hay un hueco para ti.

—¿Qué siente una lésbica diciéndole eso a un hombre? —cuestiona sonriente.

—La verdad es que nada —aseguro—. Me gustan las mujeres. Tú mismo lo has dicho.

Vuelve a sonreír y yo me siento mucho más tranquila al ver que parece estar más relajado y conforme con nuestra breve conversación.

Se bebe del tirón el poco café que le queda y se inclina sobre la mesa para coger el libro de Alicia Díaz. Pasa la mano por la portada y me lo cede ante mi atenta mirada.

—Dale una oportunidad. En serio.

Insiste antes de levantarse y me deja un beso en la frente antes de caminar hacia la puerta. Bajo la vista hacia el ejemplar que tengo en las manos y lanzo un suspiro sonoro antes de abrirlo y empezar a leerlo

Termino de hablar con las dos hermanas que han venido a pedirle sus regalos a Papa Noel, sonrío para la fotografía que su madre va a tomarnos y me despido de ellas con un movimiento con la mano.

Clara y Mónica animan al resto de niños que esperan y Paola acompaña al siguiente. No necesita ayuda para subirse sobre mi pierna, ya que el chaval está algo crecidity pienso que ni siquiera debería estar aquí, pero aún así cumplo con mi trabajo.

—¿Por qué te disfrazas de Papá Noel? —me pregunta clavándome la mirada.

—Soy Papá Noel.

Decido tirar por la respuesta más fácil, pero me mira con intensidad, incluso me alza una ceja.

—Eres una señora disfrazada de Papá Noel.

—¿Señora? —cuestiono ofendida—. Pero, ¿qué edad te piensas que tengo?

—Unos sesenta años.

—Por ahí sí que no.

Muevo la pierna para que entienda que debe bajarse. Él me mira sin entender qué está pasando y yo le empujo suavemente por la espalda para que vaya pillando mejor la indirecta tan directa.

—¿Qué pasa?

Es Paola la que acaba de soltar la pregunta. No muestra preocupación alguna, en cambio luce una bonita sonrisa, demostrando así el control que tiene sobre la situación.

—No pasa absolutamente nada —respondo—. Este chaval ya se iba.

—Ni siquiera he pedido mis regalos —protesta el chico.

—Ni siquiera crees en Papá Noel —señalo—. Baja de aquí ahora mismo.

Insisto moviendo la pierna y al resto de niños parece divertirles la situación. Posiblemente se crean que todo esto sea un juego y que me lo estoy pasando genial haciéndole el caballito al mocosito que acaba de faltarme el respeto. Sólo espero que no me pidan que repita el numerito con todos y cada uno de ellos.

—Será mejor que vuelvas en otro momento —dice Paola sin perder la sonrisa—. Parece que Papá Noel no se encuentra muy bien ahora mismo.

—Que no es Papá Noel —protesta el chico—. Es una señora con peluca y barba —señala mientras se baja.

—Y dale con señora.

Gruño molesta y atisbo a ver una sonrisa más grande dibujada en los labios de Paola.

Cuando el chico abandona el lugar, pone los brazos en jarra y me mira de arriba abajo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Nada. No ha pasado nada.

—¿Qué pasa? ¿No soportas que la juventud tenga más educación que tú? —cuestiona sonriente.

—¿Más educación que yo? Ese mocosito me ha llamado señora.

—Un mocosito muy educado, sí.

—Solamente tengo treinta y dos años.

—¿Solamente?

Me ofende su pregunta y, tras dejarme con la boca abierta unos segundos, me levanto para ponerme a su altura.

—Sí, solamente —recalco y ella vuelve a mirarme de arriba abajo—. ¿Algún problema?

—En absoluto —responde sin perder esa sonrisa irónica que lleva rato ya acompañándola—. Pero igual ya deberías empezar a cuidarte un poquito la cara —me sugiere—. Podrías pedirle un pack de cremas a Papá Noel.

Me deja en el sitio sin saber qué decir y la observo caminar hasta la cola para darle paso a la siguiente niña. Vuelvo a mi sitio con la idea de pensar en qué poder decirle o hacer para devolvérsela. Tengo claro que la cosa no va a quedarse así.

—Soy Claudia —dice la pequeña.

—Hola, Claudia.

Le dedico una sonrisa y, de forma inmediata, empieza a enumerarme todo lo que quiere. La escena no suele variar mucho entre los pequeños. Ya hasta sé cuál es el juguete de moda de este año. O al menos el más popular entre mi público. Me hablan de unos *Sylvanian* y tengo que reconocer que los he buscado y me parecen bastante monos y adorables. No descarto la idea de conseguir uno.

—Y creo que ya está —dice Claudia, atrayéndome de nuevo a la realidad.

—Está bien. Ahora la pregunta clave; ¿cómo de bien te has portado este año?

—Muy muy bien.

Lo dice con una tierna y bonita sonrisa que me contagia rápidamente.

—Pues espero que sigas portándote así de bien —le aconsejo antes de guiñarle el ojo—. Por cierto, ¿qué edad crees que tengo?

Me mira algo confusa y mueve sus ojitos de un lado a otro de mi cara, examinándose.

—No lo sé... Creo que... ¿Cien años?

—¿Cien años?

Repito la cantidad que me acaba de decir en un tono algo elevado y veo algo de pánico reflejado en su rostro. Cambio el rumbo de la conversación y finjo una risa mientras le hago cosquillas. Entiendo que la pobre criatura sí que piensa que soy ese viejo gordo que sólo trabaja una vez al año. Así que no es nada personal hacia mí. No como con el mocosito sin educación.

La pequeña rompe a reír y observo cómo su madre nos va echando fotos. Me despido de ella después de que me abrace y reconozco que ese gesto me ha enternecido bastante.

—¿De verdad le has preguntado a la niña qué edad piensa que tienes?

Paola vuelve a aparecer a mi lado, burlándose.

—Veo que el tema te ha dejado bastante dolida —señala con una de esas sonrisas tan estúpidas que sabe poner.

—Debes de tener una vida muy miserable y aburrida como para gastar tu tiempo en fastidiarme.

Intento atacarla, pero esta vez mis palabras no parecen funcionar. Ni se inmuta. Su gesto no cambia en absoluto.

—Y tu autoestima debe de estar por los suelos como para confiarle a una niña de cinco años que te suba el ego.

Abro la boca con la intención de devolverle el ataque, pero mi cerebro no logra hacer contacto y no consigo pronunciar una sola palabra.

Vuelve a sonreír victoriosa y ni se molesta en darme el toque final. Sabe que ha ganado. Lleva haciéndolo toda la tarde y yo ya empiezo a estar algo molesta conmigo misma. ¿Qué

narices me pasa? ¿Por qué no soy capaz de devolverle los ataques? Debo de estar enfermándome, no hay duda.

Termino de cambiarme y meto todo en la taquilla antes de despedirme de Mónica y Clara y de salir de la habitación. Esta noche tengo prisa. Mucha. Echan la semifinal de uno de mis programas favoritos y quiero vivirlo en directo para que ningún spoiler me fastidie nada. Necesito llegar cuanto antes y por eso renuncio a bajar por la rampa mecánica. A estas horas suele ir bastante llena de gente que aprovecha para hacer la compra en el supermercado a última hora. Acelero el paso en cuanto veo las puertas del ascensor cerrándose y respiro aliviada cuando consigo meter el pie, evitando así que se cierre y tener que perder más tiempo esperándolo de vuelta.

Escucho un resoplido muy sonoro y al alzar la vista compruebo que Julia está dentro. Ha salido solamente unos segundos antes que yo. Es Doña Prisas. Siempre sale corriendo, como si el edificio se le fuese a caer encima en cualquier momento.

—Muy amable por tu parte retener las puertas del ascensor —suelto con ironía antes de pulsar el botón que nos lleva al parking subterráneo.

—Si hubiese sabido que venías las habría cerrado con mis propias manos —asegura y me dedica una sonrisa muy marcada y muy forzada.

—Si hubiese sabido que eras tú la que estaba dentro habría bajado por las malditas escaleras.

Sigo su juego y también le dedico una sonrisa forzada.

—Si hubiese sabido que venías me habría tirado por la ventana. De cabeza —recalca.

Le aparto la mirada para que no pueda ver que me ha hecho sonreír de verdad. A veces consigue hacerlo con sus comentarios, no lo voy a negar. Aunque a ella sí. Jamás se lo reconoceré. Ni aunque la misma Parca me prometiese la inmortalidad.

Siento un ligero temblor y me tenso. Lo de estar dentro de una caja metálica inestable no va conmigo, la verdad. Vuelve a reproducirse el mismo movimiento y miro alrededor, como si así fuese a encontrar alguna explicación. Observo a Julia que está distraída con el móvil, sin importarle lo más mínimo. Y ni siquiera me da tiempo a decir una sola palabra. La siguiente vibración es algo más intensa e incluso las luces parpadean hasta apagarse durante unos segundos. Cuando la luz vuelve contemplo que es la de emergencia y siento cómo mi pulso se acelera. Desde mi posición, vuelvo a pulsar el botón para que nos termine de bajar y así poder salir de aquí ya. Miro desconfiada el panel, no veo ninguna señal luminosa que me indique funcionamiento, pero aún así insisto y presiono todos los botones.

—No va —suelto.

—¿Cómo que no va?

Julia se acerca y ella misma comprueba lo que acabo de decir.

—¿Piensas que no soy capaz de pulsar un maldito botón? —cuestiono, pero no me presta atención.

Insiste en probar ella misma, pero ni el botón de emergencia hace amago de responder. Suelta la bolsa que lleva en una de las manos y retoma la tarea de pulsar todos los botones, pero esta vez con más fuerza.

—Joder —protesta antes de darle al panel un golpe con la mano—. ¿Qué vamos a hacer?

Me mira esperando que solucione el problema y, aunque me considero más inteligente que ella, esta vez no tengo la solución.

—Siento decirte que no arreglo ascensores en mi tiempo libre.

—Deja de ser tan irónica. No es el momento —señala antes de sacarse el móvil del bolsillo—. No tengo cobertura.

—Yo no tengo batería.

Sus ojos se me clavan con más intensidad e incluso atisbo a ver un reflejo de odio y rabia.

—¿Cómo puedes ir sin batería?

—No es mi culpa, ¿vale? —respondo a la defensiva—. Lleva tiempo fallándome, pero no he tenido tiempo de ir a comprarme otro —me justifico—. Además, ¿qué narices hago dándote explicaciones?

Rueda los ojos tras soltar un sonoro bufido y se aleja todo lo que este pequeño espacio reducido le permite. La observo sentarse en el suelo y supongo que está intentando encontrar una solución con el teléfono, ya que no levanta la vista de la pantalla. Controlo la respiración, me fijo con detalle en todo lo que me rodea y caigo en la cuenta de que no voy a imitar su postura. A saber cuánta gente ha pisado hoy esta superficie. Me recoloco la mochila en el hombro y me miro en el espejo que nos rodea. Sonrío burlándome de mí misma. Este es el peor escenario posible que podría haber imaginado. Encerrada en un espacio reducido con la mismísima Julia.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —pregunto antes de clavarle la mirada.

Me ignora, pero no es el momento de hacerlo. Así que me atrevo a darle una patada con la punta del pie en la suela de su zapatilla.

—¿Qué vamos a hacer?

Repito la pregunta en cuanto sus ojos conectan con los míos.

—Y yo qué sé —responde algo molesta—. Yo tampoco arreglo ascensores en mi tiempo libre.

Me devuelve la contestación y yo decido no decir nada más. No hay mucho que hacer, la verdad. Apoyo la espalda contra una de las paredes y vuelvo a mirar al frente mientras pienso en la tremenda mala suerte que tengo. Creo haber utilizado este ascensor solamente en dos ocasiones. ¿Quién narices me mandaría volver a usarlo justo hoy? El destino tiene unas ganas tremendas de burlarse de mí. De eso no tengo duda.

—Supongo que sólo nos queda esperar.

Las palabras de Julia hacen que vuelva a mirarla. Hay resignación en ellas y en su rostro. Seguramente a ella tampoco le haga gracia compartir tiempo y espacio conmigo.

—Sigo sin tener cobertura —asegura y deja el móvil en el suelo, derrotada—. ¿Puedes probar si el tuyo enciende?

Decido no responderle con algo obvio, como un; «¿De verdad te piensas que va a encenderse por arte de magia?». Así que me descuelgo la mochila y saco mi teléfono. Intento encenderlo, pero no hay manera. Y, para que me crea, le muestro la pantalla apagada y sin ninguna intención de querer encenderse. Toma aire y lo suelta muy lentamente y yo vuelvo a guardar mi móvil en la mochila.

—Qué bien —suelta irónica—. Va a ser una noche muy divertida.

—¿Cómo que una noche divertida?

—Hemos sido de las últimas en terminar de trabajar. ¿Te piensas que van a venir a rescatarnos?

—Pero se supone que hay seguridad trabajando —le respondo, aunque lo hago más para concienciarme a mí misma.

—Se supone, tú lo has dicho.

—Nos van a sacar —afirmo.

Ella asiente con la cabeza, pero no lo hace para darme la razón. Ha sido un gesto irónico.

Y ni siquiera se molesta en prestarme atención para que pueda responderle. Cierra los ojos y apoya la cabeza hacia atrás. Parece tener un gran control de la situación. Lo ha asimilado bastante bien y rápido. Pero no es mi caso. Me vuelvo hacia el panel de control y pruebo pulsando botón a botón. No hay respuesta y presiono todos a la vez. Sigue sin emitir ningún tipo de señal y lanzo un suspiro para controlar mis nervios.

—Sé que eres cabezota y que igual te estoy pidiendo demasiado, pero deja de insistir. No vas a conseguir que el ascensor funcione golpeándolo.

Giro el rostro para mirarla y me invita con la mano para que me siente en el suelo. Me cruzo de brazos y me vuelvo a apoyar contra la pared como respuesta.

—¿En serio? ¿Vas a estar de pie? —cuestiona con una sonrisa burlona—. ¿El suelo está demasiado sucio para su majestad?

—Vete a la mierda.

Se ríe ante mi contestación y no comprendo que es lo que tanta gracia le ha hecho.

—Fíjate si te ha anulado la situación que hasta te has quedado sin palabras hirientes e irónicas para contestarme.

Desvela el misterio de su diversión y yo opto por ni siquiera darle el gusto de batallar verbalmente con ella. No debo gastar energías. Si tiene razón, nos esperan unas cuantas horas juntas y voy a necesitar toda la paciencia del mundo para no querer estrangularla.

La posibilidad de tener que pasar la noche con Paola encerrada en un ascensor no me la esperaba. Ni siquiera me habría imaginado una pesadilla tan cruel. Y no. No sé qué demonios habré hecho en otra vida, pero he debido ser la persona más despreciable del mundo para merecer un castigo así.

Abro los ojos y la muy tonta sigue de pie. Es increíble lo muy cabezota que es. Sonrío, pero no puede verme, ya que hace rato sacó un libro de su mochila y se puso a leer. Mucho mejor eso que seguir frustrándose al intentar que el ascensor se ponga en movimiento de nuevo.

Compruebo el teléfono. Ha pasado algo más de una hora, pero sigue sin señal y yo empiezo a estar demasiado aburrida. Y aunque he pensando en ponerme a jugar a los juegos del móvil, lo he descartado rápidamente porque solamente mi teléfono tiene batería. No quiero tirar a la basura la única oportunidad que tendremos de salir antes si consigue tener algo de cobertura.

—¿Qué estás leyendo?

Le lanzo la pregunta por puro aburrimiento, ya que me interesa lo más mínimo. Aunque consigue molestarme con su indiferencia. Rebusco en el pantalón de mi bolsillo algo con lo que llamar su atención. Encuentro el ticket de una compra, hago una bolita, se la tiro y le doy justo en la frente.

—Te estoy hablando —señalo en cuanto sus ojos conectan con los míos.

—¿Y no te has dado cuenta de que te estoy ignorando?

—¿No te has planteado aflojar un poco debido a la situación que tenemos?

Deja de mirarme y vuelve a la lectura y a su compromiso de ignorarme. Pero estoy dispuesta a demostrarle que puedo ser insistente y mucho más cabezota que ella.

—No te veía como una de esas chicas que leen y que llevan un libro encima —comento—. Yo no soy muy de lectura, la verdad. Soy más de ver series y películas.

—Enhorabuena.

Suelta esa única palabra sin levantar la vista y yo sonrío porque, a pesar de todo y de intentar ignorarme, sé que me está escuchando.

—Podrías recomendarme algún libro —le propongo—. Igual hasta te hago caso.

Esta vez no dice nada y observo cómo mueve el cuello de un lado a otro. Mi postura en el suelo no es la más cómoda del mundo, pero la suya es aún peor. De pie, leyendo y con la mochila colgando en un hombro.

Me muevo para alcanzar la bolsa que dejé en el suelo hace un rato y saco la caja de galletitas que una pequeña me ha dado casi al final del turno. Supongo que pensó que sobornar a Papá Noel le daría más posibilidades de conseguir todos sus regalos. Y la verdad es que a mí su idea me ha venido de maravilla.

Siento que Paola me mira y me tomo todo el tiempo del mundo en abrir el paquete y sacar la primera galleta antes de llevármela a la boca y darle un mordisco.

Cuando alzo la vista la encuentro mirándome, pero corta nuestro contacto visual rápidamente, volviendo toda su atención al libro que tiene entre las manos. Cambia de postura, apoyando más el peso en la pierna izquierda y a mí, sin saber el motivo, empieza a darme pena. Lleva de pie toda la tarde aguantando a los niños y ahora, por cabezota, no es capaz de plantar el culo en el suelo.

—Si te sientas te doy una galleta —le propongo y vuelve a mirarme, pero con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—¿Piensas que soy un perro?

Protesta a la defensiva y yo me paso la mano por la cara para controlarme y no entrar de nuevo en otra típica batalla de las nuestras. Aún nos quedan unas cuantas horas por delante y no quiero gastar energías de forma innecesaria.

—Solamente estoy compartiendo lo que una de las niñas me ha dado —señalo—. En realidad las galletitas serían para todas, pero me las he quedado yo porque son mis favoritas.

Relaja el rostro y contemplo cómo observa el suelo. Seguramente busca el sitio más adecuado.

—Aquí parece estar bastante limpio.

Señalo el hueco que hay justo a mi lado, pero no parece muy convencida con mi propuesta. Me fijo en su indecisión, pero no digo nada, no quiero intervenir, y unos segundos más tarde no le queda más remedio que seguir mi recomendación. Se sienta apenas a un palmo de distancia y, en silencio, le ofrezco un paquetito de galletas. Lo acepta y las dos comemos sin decir una sola palabra.

—¿Cuál es tu galleta favorita?

Lanzo la pregunta ante el silencio y, aunque me mira, algo desconcertada, acaba respondiéndome.

—No tengo.

—¿No tienes? —cuestiono—. Eso es imposible. Todo el mundo tiene alguna galleta que le gusta más. Siempre hay una ganadora.

—Pues no tengo.

—Venga ya, tiene que haber una —insisto y ella resopla con fuerza.

—¿Te callarás si te lo digo? —pregunta y yo asiento—. No recuerdo el nombre, pero hace unos años de viaje por Alemania probé unas rellenas de manzana que estaban increíbles.

—Dios, eres rara hasta para las galletas.

Lo digo sin ningún tipo de ataque y parece darse cuenta, ya que sonrío. Y lo hace de verdad, no con ironía como suele ser la gran mayoría de las veces.

Guardo silencio y me muevo para poder apoyar mejor la espalda, ya que el dolor me está empezando a molestar. Voy a tener que pasar la noche sin medicación y, la verdad, no sé cómo voy a poder soportarlo. Escucho movimiento y al abrir los ojos de nuevo observo que Paola está buscando algo en su mochila. Unos segundos después saca una pequeña botellita de agua. Le quita el precinto y, sin llegar a posarla sobre sus labios, deja que el agua caiga en su boca.

—Toma —dice, ofreciéndome para que beba—. Pero no te pases, tenemos que tener hasta que nos saquen de aquí.

Agradezco su oferta y dejo caer un poco de agua en mi boca. No es mucho, ya que tiene razón. Tenemos que resistir con esto y con las galletitas.

Nos volvemos a quedar en silencio y ella retoma la lectura mientras yo intento descubrir si tengo algo de cobertura. Pero sigo sin señal y ni siquiera me molesto en informarla.

Cambio de postura, apoyándome un poco más sobre el lado izquierdo, ya que el dolor empieza a acentuarse, y Paola me mira desconfiada por haber recortado un poco más la distancia entre las dos. Vuelve al libro tras unos segundos y yo apoyo la cabeza contra la pared. Y, aunque debería callarme, ya que he conseguido una respuesta por su parte, el aburrimiento puede conmigo y decido empezar una nueva conversación.

—¿Tienes alguna serie favorita? —pregunto y veo que frunce el ceño, no debe de estar

pareciéndole bien que la esté molestando de nuevo—. Seguro que eres aficionada al *true crime* —suelto—. Te pega bastante.

Consigo que sus ojos vuelvan a conectar con los míos tras esa apreciación y yo sonrío ante su cara de fastidio.

—Has dicho que te ibas a callar —me recuerda.

—Cierto, pero no te he hecho ninguna promesa.

Niega con la cabeza y vuelve a las páginas.

—Venga, Paola. No seas borde —le pido y vuelve a mirarme—. Vamos a pasar mucho rato aquí y esto es muy aburrido. Colabora.

Cambio de postura para poder mirarle mejor y no puedo evitar poner una mueca de dolor ante un fuerte pinchazo en la espalda.

—¿Qué te pasa? —me pregunta y creo que lo hace con cierto toque de interés.

—Nada.

Niego rápidamente, pero aún estoy recomponiéndome e incluso tengo que cerrar los ojos unos segundos.

—¿Nada? —cuestiona—. Te has puesto blanca.

Tomo aire y lo suelto lentamente antes de volver a conectar con su mirada. Y sí. Juraría que está algo preocupada.

—Dime que no te vas a desmayar.

Y aunque lo dice muy en serio, su comentario me hace sonreír. No es que le preocupe mi salud, es que no quiere vivir una escena así de desagradable. Normal. Muy normal.

—Tengo un pinzamiento en la espalda que va y viene según le apetece —confieso—. Estos días está dando mucho por culo. Tomo medicación cuando siento mucho dolor, pero me temo que a la dosis de esta noche no llego.

—¿Tomas relajantes musculares? —pregunta y yo asiento con la cabeza—. Por eso llegas tarde.

—Vaya, veo que eres la lista de la clase.

Intuyo en su gesto que quiere decir algo más, pero no lo hace. En cambio, cierra el libro y gira el cuerpo para poder mirarme mejor.

—Me gusta el thriller, la intriga y la ciencia ficción —responde, sorprendiéndome con su actitud—. Y no me gusta el *true crime* porque me recuerda el asco que da la sociedad.

—Te veía como una chica de comedias —digo mientras señalo la portada del libro que ha dejado en el suelo, a pocos centímetros de distancia.

—Tampoco es mi estilo de lectura —señala—. Pero un amigo muy pesado me convenció para que lo leyese porque dice que la historia es muy buena.

—¿Y ese amigo tiene razón?

—Muchísima.

Responde resignada y, por primera vez en mucho tiempo, sonreímos a la vez y sin ninguna intención de hacerlo por molestar a la otra.

—A mí también me van las series de ciencia ficción. Pero también me gusta ver las basadas en hechos reales e históricos —digo, retomando la conversación anterior—. Aunque he de confesar que también soy muy fan de *Drag Race*.

—Yo también —dice tras unos segundos y yo siento que me está vacilando.

—¿Tú? Ni de coña.

—¿Ni de coña? —cuestiona—. ¿Qué pasa?

—No te pega nada. Me estás mintiendo.

—¿Por qué iba a mentirte con eso? —me pregunta dejándome sin palabras, ya que tiene razón. Es absurdo mentir con algo así—. Esta noche echan la semifinal y sólo espero no comerme ningún *spoiler* por estar aquí encerrada.

Me deja un poco descolocada con lo que acaba de confesarme. En la vida hubiese imaginado que Paola disfrutase viendo ese tipo de entretenimiento. Es la persona más estirada del mundo.

Se apoya de nuevo contra la pared y las dos nos quedamos mirando al frente. El silencio vuelve a instaurarse, pero esta vez no es tan incómodo y tenso. Parece que haber hablado un poco ha hecho que todo se relaje.

Vuelvo a comprobar el móvil y, al desbloquearlo, creo haber visto una línea de cobertura. Pero no le digo nada a Paola. Y menos mal, porque no tarda nada en desaparecer. Habría sido absurdo hacerle creer que tenemos la oportunidad de salir de aquí antes de tiempo. Ahora que se ha relajado un poco, no quiero que la fiera vuelva a aparecer o que me eche la culpa de algo en lo que no puedo hacer nada.

Nuestra postura no me permite verla muy bien, pero aún así me esfuerzo y la veo de reojo. Totalmente concentrada con lo que sea que se esté desarrollando en esas páginas. He de reconocer que tiene un perfil increíble. Y la paz y tranquilidad que refleja le sienta bastante bien.

—¿Puedes dejar de mirarme? —me pregunta sin tan siquiera levantar la vista del libro.

—Es que aquí poca cosa puedo hacer más.

Me justifico, pero parece darle igual, ya que sigue a lo suyo.

—Además, he descubierto que, si te lo propones, puedes hablar como una persona normal.

Insisto provocándola un poco y consigo que sus ojos vuelvan a conectar con los míos. Algo que, al parecer, me gusta. Supongo que es debido a este encierro improvisado y forzado y a que estoy perdiendo la poca cordura que me quedaba.

—Y yo he descubierto que, aunque te lo propongas, no eres capaz de mantener la boca cerrada.

Asiento aguantándome la sonrisa y unos segundos después reconecta con la lectura. Decido dejarla tranquila y busco la postura más cómoda posible para intentar desconectar y, con suerte, descansar un poco.

Cierro el libro, me paso la mano por la nuca para masajearme la zona e intento descansar un poco la vista. La luz de emergencia del ascensor no es la más adecuada para leer. Una pena, la verdad. Porque mi amigo tenía razón, la historia es bastante buena por mucho que me duela tener que confesárselo.

Giro el rostro para ver a Julia. Lleva mucho tiempo en silencio. Algo que no es propio de ella. Tiene los ojos cerrados y parece tranquila. Y, aunque suele ser la persona más insoportable del mundo, tengo que reconocer que me sentí bastante mal al descubrir el motivo real de que llegase tarde a trabajar. Por eso le di algo de conversación y decidí poner un poco de mi parte para suavizar la situación.

—Ahora eres tú la que me está mirando —suelta de repente y abre los ojos, pillándome de lleno mientras la miro.

—Solamente quería ver si estabas bien.

Digo lo primero que se me viene y ella sonríe. Y no. No lo entiendo. Esta chica es muy rara.

—Nunca pensé que la mismísima Paola se preocuparía por mí.

Descubro el motivo de su sonrisa y yo le dedico una cara de desagrado. Vuelvo la vista al frente, pero siento que ella sigue mirándome.

—¿Ya has acabado el libro?

—No. Pero tengo la vista cansada de forzarla. Esta luz es un asco.

Respondo con los ojos cerrados y, por algún extraño motivo, me veo en la obligación de seguir hablando con ella. Seguramente sea el aburrimiento, o también es posible que este encierro me esté afectando más de lo que pensaba.

—¿Por qué te has molestado tanto con el chico que te ha dicho señora?

—Porque no soy una señora —responde con rapidez—. Y no vuelvas a decirme que mi cara necesita un tratamiento porque eso también es falso.

Me muerdo el labio para que no me vea sonreír. Que estemos hablando de una forma cordial ya es un logro. No quiero que se le suba más el ego. No lo necesita.

—Igual deberías probar con un antiojeras.

—No voy a probar con nada —asegura—. ¿Por qué sigues cuestionando mi cara? ¿Te has visto tú la tuya?

Lo suelta a la defensiva y yo giro el rostro para poder mirarnos.

—Todos los días, la verdad —señalo—. ¿Qué pasa con mi cara? ¿Hay algún problema?

Se queda callada mientras me observa y me fijo en cómo examina cada espacio de mi rostro sin ninguna prisa. Los segundos que pasan lo hacen de forma más lenta ante su silencio y su escrutinio e incluso me tensa un poco. Rompe de forma brusca el contacto visual y yo me quedo bastante confusa.

—¿Por qué aceptaste el trabajo? —pregunta, cambiando totalmente el tema de conversación—. ¿Por qué aceptaste ser un duendecillo?

Reformula la pregunta al ver que no contesto. Y es que realmente no sé qué acaba de pasar. Pero decido dejarlo estar y respondo a su pregunta.

—No tenía nada mejor que hacer —confieso, aunque no estoy siendo del todo sincera—. ¿Y tú?

—Necesito el dinero —responde sin dudar—. Creo que está muy claro que el mundo infantil no es mi pasión.

—Queda muy claro, sí.

Recalco mis palabras y hasta ella sonríe. No es que el mundo infantil no sea su pasión, es que es bastante inepta.

Echo un vistazo por el lugar, por si se nos ha pasado algo que pueda sacarnos de aquí cuanto antes. Pero, desgraciadamente, todo sigue igual que antes. Observo que Julia recupera su teléfono del suelo, seguro que con la misma intención de encontrar una solución si su móvil detectase algo de cobertura.

—Nada —dice antes de bloquearlo y guardárselo en el bolsillo del pantalón—. Vamos a tener que pasar un rato más aquí juntas.

Tomo aire, lo suelto lentamente y me paso las manos por la cara algo desesperada. Estar aquí encerrada empieza a ser bastante agobiante.

—¿Quién te ha tocado en el amigo invisible?

Es Julia la que sigue tirando de la conversación. Y tengo que reconocer, aunque jamás se lo confesaré, que hablar un poco hace que la situación no sea tan pesada. No es que me interesen sus cosas, lo que tenga que decirme o esa sonrisa cargada de chulería que a veces me regala. Pero no me queda de otra, tengo que conformarme con su presencia y con la jugada que el destino ha decidido ponerme en el camino. Resignación.

—No voy a decírtelo. ¿Acaso no escuchaste a Gloria? —cuestiono—. ¿O también voy a tener que explicarte en qué consiste el regalo del amigo invisible?

—A mí me has tocado tú.

Suelto de forma involuntaria la mano y le doy en la pierna.

—¿Me acabas de pegar? —pregunta sonriente.

—Me acabas de joder el regalo —protesto molesta.

—No te he dicho lo que te he comprado —comenta—. Pero si quieres, puedo decírtelo.

—Haz el favor de cerrar esa boca que tienes.

Su sonrisa crece, pero mi enfado también. La propuesta que hace nuestra jefa todos los años para que tengamos un detalle entre nosotros no me apasiona. Pero reconozco que siempre guardo un poco de ilusión por descubrir la persona a la que le ha tocado mi nombre y qué me va a regalar. Y Julia acaba de fastidiarlo. Porque encima es ella. Y sí, me he fijado en los regalos que hace y son pésimos.

—No sabía que te hacía ilusión esa tontería.

Se defiende, pero yo sigo mirándola mal.

—¿Quién te ha tocado? —insiste y yo me cruzo de brazos antes de apartarle la mirada para ver si así pilla la indirecta y me deja en paz—. ¿Te he tocado yo?

—No te lo voy a decir.

—Vale. Entonces te diré lo que te he comprado.

—¿Me estás chantajeando? —pregunto volviendo a mirarla.

Se encoge de hombros y veo la diversión reflejada en sus ojos. Es insoportable. Pero, como no quiero jugármela y que me termine de fastidiar la sorpresa, decido sacrificar mi secreto.

—Me ha tocado Pilar.

—¿Me estás mintiendo?

—No —respondo con rapidez—. Pero supongo que tendrás que confiar en mi palabra.

—Me estás pidiendo mucho.

Aguanto las ganas de insultarla porque realmente no vale la pena y vuelvo a coger el libro para retomar la lectura. Aunque ni si quiera llego a abrirlo, me lo quita de las manos y lo aparta a un lado para que no alcance y pueda recuperarlo. Le pido explicaciones con la mirada, pero le importa bien poco.

—¿Le has comprado ya el regalo?

—No he tenido tiempo —respondo con sinceridad.

—¿Y tienes algo pensado?

Niego con la cabeza y observo cómo intenta cambiar un poco la posición, pero el dolor se le vuelve a reflejar en el rostro y yo me siento algo mal por no poder hacer nada por ella.

—Le gustan los bombones. De todo tipo —dice, retomando la conversación—. Pero no le gusta el chocolate blanco —aclara—. Y detesta que la gente le regale ropa porque no suelen acertar con su gusto. Te recomiendo que ni lo intentes. Es un poco rarita.

Presto atención a sus palabras y voy anotando todo mentalmente. No le he pedido ayuda, pero estoy segura de que no me vendrá nada mal.

—Es un poco fanática de las velas, inciensos y todas esas cosas. Y también es un poco manitas, le gusta hacer cualquier tipo de manualidad —remata con una sonrisa—. Y supongo que ya te he dado unas cuantas ideas bastante buenas. Así que, de nada.

—¿Desde cuándo sois amigas? —le pregunto curiosa.

—Prácticamente desde que entró a trabajar en la tienda —responde sin perder la sonrisa—. Creo que unos tres años.

—Pensaba que os conocíais de antes.

—Que va. Pero congeniamos muy bien desde el primer momento.

Sí. Se llevan muy bien. Sólo hay que ver el buen rollo con el que se tratan y cómo la dinámica entre ellas siempre es tan divertida y cercana. Algo que, desde luego, dista mucho de mi relación con Julia. Aunque también es cierto que hubo un tiempo en el que nos llevábamos bien, de forma cordial y hasta nos permitíamos bromear sin tener que llegar al sarcasmo o a la ironía. Pero un día todo cambió y en realidad no sé ni por qué. Sólo sé que ella empezó a no responder igual a mis preguntas. Estaba más distante y parecía estar cabreada siempre que intentaba entablar una conversación con ella. Y yo supongo que me dejé arrastrar por esa dinámica y nunca me atreví a preguntarle qué había pasado.

—¿Por qué me odias?

Me atrevo a preguntárselo y observo cómo le cambia el gesto. Pierde la sonrisa y frunce el ceño algo confusa antes de apartarme la mirada. No había esperado una pregunta así, está claro.

—Yo no te odio.

—Yo diría que sí —señalo y sus ojos vuelven a mirarme—. Está claro que no eres borde, antipática, estúpida y egocéntrica con todo el mundo.

Enumero algunas de sus virtudes y sonrío de medio lado.

—Supongo que te ha tocado la mejor parte —bromea.

—Hablo en serio —insisto—. Nuestra relación no era así. Tampoco éramos las mejores amigas del mundo, pero sabíamos tratarnos.

—Cállate.

Me lo pide a media voz y sin mirarme. Y no sé qué está pasando por su mente, pero estoy dispuesta a insistir para intentar encontrar por qué funcionamos de esta manera.

—Aprovechando el momento, y la situación que tenemos, podríamos hablarlo para poder gestionarlo.

—Me estás empezando a dar dolor de cabeza —dice y se masajea la frente.

—¿Puedes ser madura por una vez en tu vida?

—¿Puedes callarte?

Ignora mi pregunta por completo y percibo cómo está intentando controlar la respiración.

—¿Sabes? No me da la gana de callarme.

Lo digo directa y sin ningún filtro. No estoy pidiéndole nada raro. Es más, creo que es lo correcto. Somos adultas y los temas hay que abordarlos. Realmente no sé por qué hemos estado soportando tanto esta situación de tirantez entre nosotras.

—¿De verdad no vas a decir nada? —insisto.

—Joder, cállate ya —protesta.

—Vale. Está claro que eres más irresponsable de lo que pensaba.

Me rindo, sus ojos se clavan rápidamente en los míos con bastante intensidad y mi voz se corta en cuanto su mirada baja a mis labios. Y ni siquiera me da tiempo de reacción. Agarra mi rostro con ambas manos y me besa. Me quedo estática, intentando asimilar qué está pasando, y sus labios empiezan a moverse lentamente, buscando una reacción. Cuando mi cuerpo responde, esa danza solamente dura un par de segundos, ya que Julia se separa como si estuviera quemándose.

Se queda mirándome, pero no tarda nada en cerrar los ojos con fuerza y encogerse.

—¿Qué haces?

Logro pronunciar esas palabras y ella abre los parpados poco a poco como si tuviera

miedo de algo.

—Pensaba que me ibas a soltar una bofetada —confiesa.

Y sí. Habría sido la reacción más propia de mí. Pero me ha dejado tan fuera de lugar que ni siquiera he sabido cómo reaccionar.

—¿Por qué me has besado?

Lo digo en un tono neutro y tranquilo y veo la duda reflejada en su rostro.

—Era para que cerraras la boca —se justifica—. No te la des de tan importante.

—¿Y esta táctica es la que usas con todo el mundo? —cuestiono—. ¿Te suele funcionar?

Deja de mirarme y clava la vista al frente, huyendo de mi escrutinio.

—Creo que, al menos, merezco una explicación real de por qué me has besado —comento—. Está claro que no me esperaba algo así.

—¿Y de qué te sorprendes? —cuestiona y sus ojos vuelven a clavarse en los míos—. No es la primera vez que nos besamos.

—¿Perdona? —cuestiono riéndome—. Nunca me he besado contigo —aseguro y ella alza una ceja.

—¿Y qué hay de la fiesta de *Halloween* del año pasado?

—¿Qué pasa con esa fiesta?

—Nos besamos —asegura—. Y durante un buen rato.

—Yo no te he besado en la vida.

—¿Por qué lo niegas?

—¿Es posible que bebieras un poco más de la cuenta?

Intento buscarle sentido a lo que está diciendo, pero ella niega con la cabeza muy convencida.

—Sé lo que hago en todo momento —señala—. Nos besamos —recalca—. Besé al maldito fantasma de la ópera.

Intento hablar, pero no me salen las palabras. Estuve en esa fiesta y sí, me disfracé de ese personaje. Pero no recuerdo haber tenido ningún tipo de acercamiento con ella.

Ella sigue mirándome, esperando algo y, de repente, el misterio se me revela.

—Fui con mi prima Marina a esa fiesta —digo, recordándolo todo—. Y, como nos parecemos bastante desde pequeñas, tenemos la broma de ir iguales si coincidimos en alguna fiesta así —aclaro y su ceño se frunce—. La llamaría, pero mi móvil está muerto, aquí no hay cobertura y creo que está fuera de la ciudad porque tenía que entrevistar a alguien para la revista en la que trabaja.

Deja de mirarme y se echa hacia atrás. Parece estar gestionando toda esa nueva información. Es curioso que durante un año haya estado pensando que me besó a mí. Pero más curioso aún es que no me haya comentado nada al respecto.

—Por eso me odias —confirmo y su mirada se centra de nuevo en mí—. Porque creías que te había estado ignorando después de ese beso.

De repente todo empieza a encajar en mi cabeza y percibo que ella está un poco fuera de lugar. Es comprensible. Ha estado pensando que ocurrió algo que no fue real.

Intento buscar las palabras adecuadas para seguir con la conversación, pero yo también me he quedado un poco anulada.

—Es posible que...

Es Julia la que inicia una frase, aunque no le da tiempo a terminar. El ascensor vuelve a vibrar, se escucha un golpe seco desde fuera y las puertas se abren de golpe.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta un hombre de mediana edad uniformado con un traje de

seguridad.

Julia y yo nos miramos y, en silencio, decidimos no decir nada. Ese señor no tiene la culpa de que nos hayamos quedado encerradas durante gran parte de la noche.

Ella me pasa mi libro, lo guardo en la mochila y me levanto mientras observo cómo recoge sentada la poca basura que hemos creado por habernos comido las galletitas. Al levantarse me fijo que pone cara de dolor y, de forma automática, me inclino para echarle una mano. Acepta mi ayuda sin rechistar y en el proceso nuestras miradas se vuelven a cruzar y juraría que ella vuelve a mirarme a los labios, cosa que yo también hago.

—Gracias —dice apenas en un susurro y, acto seguido, se marcha de allí con esa prisa que suele caracterizarle.

Mi mirada está clavada en el contenido de la taza que tengo justo delante mientras escucho la voz de Cris de fondo, pero sin oírle en realidad. No sé cuántos minutos llevo sumergida en mis propios pensamientos, aunque supongo que desde que salí del encierro de aquel maldito ascensor. Y no es que el suceso me traumase, tampoco fue para tanto, pero, sin poder controlarlo, mi mente viaja a ese momento beso y a su historia.

Cris chasquea los dedos delante de mí y, cuando nuestras miradas conectan, alza una ceja.

—¿Me estás escuchando? —cuestiona antes de cruzarse de brazos.

—Por supuesto que te estoy escuchando.

Miento como una condenada y hasta el dueño de la cafetería en la que estamos lo sabe.

—Pues hazme un resumen de lo que te he contado —me reta.

—¿Un resumen? —suelto para ganar algo de tiempo—. ¿Es que ahora estamos en el instituto?

—No, pero estamos en una conversación entre amigos y, sorpresa, los amigos se escuchan —responde con suma tranquilidad—. Cosa que tú pareces haber olvidado.

Ruedo los ojos ante su dramatismo y doy un sorbo a mi café mientras él sigue con la mirada clavada en cada uno de mis movimientos.

—¿No vas a decirme nada? —me pregunta pasados unos segundos—. Joder, Paola —protesta al ver mi indecisión—. ¿Dónde demonios estás hoy?

En el ascensor. En ese maldito ascensor. Pero no le digo nada. Al menos no por ahora.

—Estoy un poco cansada —digo, soltando una nueva mentira para la colección—. Pero te escucho, en serio —señalo—. Me estabas contando qué tal te fue esa quedada con tu nuevo interés amoroso.

Resumo lo único que recuerdo. Y eso fue al principio de la conversación, ya que después mi mente voló.

Se toma su tiempo y es mi turno de observar cómo prueba y saborea su café. Se está haciendo el interesante y el digno y, la verdad, no le culpo. Me lo merezco.

—Entonces, ¿fue bien?

Intento iniciar la conversación y él me mira con cierto aire de superioridad y de seguir ofendido y yo tengo que hacer el mayor esfuerzo del mundo por no reírme. Adoro a este hombre, pero su dramatismo en ocasiones es demasiado excesivo.

—Cris, venga. No te enfades.

Insisto e incluso apoyo la mano sobre su brazo. El contacto físico siempre ayuda.

—Es que odio cuando no me prestas atención.

—¿Eres como la oruguita de Los Simpsons?

Mi pregunta le hace gracia ya que, aunque intenta controlarla, una bonita sonrisa decoraba sus labios de forma instantánea.

—Eres insoportable —suelta, intentando molestarme.

—Lo sé. Por eso nos llevamos tan bien.

Le devuelvo el ataque y ambos sonreímos.

Suspira, se recoloca en la silla y sé que va a contarme de nuevo todo lo que me he

perdido por estar prestándole solamente atención a mis recuerdos.

—Fue bien, sí —dice y no puede evitar volver a sonreír—. Es un chico muy simpático y agradable.

—Así que intuyo que te sentiste cómodo con él.

—Sí —asegura—. Fue muy amable en todo momento y creo que estaba hasta más nervioso que yo.

Asiento ante su ilusión y alegría y escucho cómo va contándome de forma detallada cada uno de los momentos más importantes de esa cita mientras lucho por mantenerme en la conversación. Las imágenes de lo ocurrido con Julia siguen atormentándome. ¿Qué estará pensando ella? ¿Estará dándole tantas vueltas como yo? Debó de llevarse un buen golpe cuando, en su momento, no comenté nada tras ese beso que creyó que nos habíamos dado en aquella fiesta. Y supongo que ahora mismo estará procesando todo ese malentendido.

—Y quiere seguir viéndome.

Cris termina su monólogo muy sonriente y yo agradezco que mi cerebro haya decidido reconectar con la conversación justo en ese momento. No sé cómo le habría sentado descubrir que su amiga, por segunda vez, le hubiese ignorado.

—Me alegro por ti.

Y lo digo con sinceridad y una sonrisa. Solamente le deseo lo mejor. Es un chico increíble y se lo merece.

—¿Quieres conocerlo?

Lo pregunta de golpe y muy ilusionado y yo me siento arrinconada. No soy la persona más sociable del mundo, él lo sabe.

—Igual es pronto —digo tras unos segundos—. Quizás es buena idea que os conozcáis vosotros dos a solas un poco más.

—Es que quiero saber tu opinión.

—¿Mi opinión?

—Sí. Quiero saber qué piensa otra persona —aclara—. Es posible que yo no esté viviendo todo esto con perspectiva.

—Tienes una perspectiva genial —aseguro y él me aparta la mirada.

Me muerdo el labio inferior muy indecisa. No me gusta conocer gente nueva. Lo reconozco. Pero no sé decirle que no a Cris. Es imposible.

—Está bien. Me apunto.

Su mirada vuelve a conectar con la mía tras esas palabras y la ilusión que desprende ahora ha aumentado considerablemente. Mi incomodidad es su felicidad. Pero a veces hay que hacer este tipo de sacrificios.

—Por cierto, ¿me vas a contar ya dónde te metiste anoche?

Me tenso un poco ante su pregunta. Ha llegado el momento de contarle lo sucedido. Podría haberle mentado con cualquier historia, pero cuando me preguntó, unas horas atrás, le dije que mejor le contaba en persona. Así que no tengo escapatoria.

Me enderezo, bebo un sorbo de café y me preparo mientras mi mente decide cómo empezar a relatar lo sucedido.

—Me quedé encerrada en un ascensor.

Lo suelto sin andarme con rodeos, ya que, visto con perspectiva, es lo menos importante de la noche. Cris frunce el ceño, pero sonríe. No estoy segura de si se cree lo que acabo de decirle.

—Es en serio —insisto ante su gesto—. Fue justo después de salir de trabajar.

—¿Estuviste ahí toda la noche? ¿Cómo saliste?

—No. Un guardia de seguridad vino y nos sacó unas horas después.

—¿Nos sacó? —cuestiona y yo caigo en la cuenta de que acabo de revelarle una de las partes más importantes de la escena. Estaba acompañada.

—Me quedé encerrada con Julia.

Se lo confieso de golpe y su gesto cambia. Ahora sonrío mucho más.

—¿Esa Julia es la misma que te hace la vida imposible y tú a ella?

Asiento con la cabeza y él rompe a reír. Sabía que iba a disfrutar de la historia. Lo conozco demasiado.

—¿Y qué tal? —pregunta interesado—. Veo que al menos sobreviviste. ¿Ella también?

Se me escapa una pequeña sonrisa y tomo aire para soltarlo lentamente mientras decido si debo o no contarle el suceso del año.

—Está sana y salva —digo, siguiéndole la broma.

No apuro nada más a la conversación y pasados unos segundos él alza una ceja. Ambos sabemos que está esperando más.

—¿Y bien? —pregunta, empujándome a seguir con la conversación.

—Se puso un poco pesada con querer hablar.

—¿Quiso hablar contigo?

—Sí. Dijo que estaba aburrida.

—¿Y de qué hablasteis?

Me suelta esa pregunta tremendamente interesado y yo me hago de rogar volviendo a dar otro trago al café.

—Nada interesante —respondo mientras siento que me examina—. Descubrí que sigue *Drag Race*, que tiene un pinzamiento en la espalda y también me aconsejó para acertar con el regalo del amigo invisible.

Se lo suelto todo de golpe. Unos segundos después parece haber interiorizado la información y es entonces cuando me dispongo a soltar la bomba. Entre nosotros no hay secretos.

Me tomo un poco más de tiempo mientras lo observo tomar un sorbo de su taza. Cuanto hasta tres y disparo.

—Y me besó.

Contemplo su rostro en todo momento. Abre mucho los ojos, totalmente sorprendido, y yo no puedo evitar sonreír al ver cómo se atraganta con el líquido que aún estaba pasando por su garganta.

—¿Cómo que te besó? —pregunta mientras se limpia los labios con una servilleta.

—¿A estas alturas de la vida tengo que explicarte cómo se hace?

Decido bromear porque sé que, en situaciones así, le molesta.

—Déjate de tonterías —me pide inmediatamente—. ¿Julia te besó?

—Sí. Eso he dicho.

—¿Por qué? —cuestiona e incluso se acerca un poco más, arrastrando la silla.

—Dijo que quería que me callase la boca.

—Eso es muy antiguo —dice sonriente.

—¿A qué te refieres?

—A que esa excusa es muy vieja —señala—. Es una de las típicas escenas en los libros de romance —aclara—. Aunque claro, tú no lo sabes porque no lees ese tipo de libros.

Me encojo un poco en la silla. No soy de leer ese tipo de historias, no. Pero el último

libro de Alicia Díaz lo estoy devorando. Y no se lo confieso porque él me lo recomendó y no quiero darle el gusto.

—¿Y qué tal fue?

Me sorprende con esa nueva pregunta y me quedo sin palabras. No sé qué contestarle. Porque sí, fue inesperado. Pero no fue malo. A lo largo de mi vida he tenido besos mucho peores. Incluso diría que fue agradable. Sus labios eran suaves y cálidos y, por algún extraño motivo, mi propio cuerpo reaccionó uniéndose a su ritmo. Pero no. No voy a decirle tal cosa.

—¿Recuerdas la fiesta de *Halloween* del año pasado? —le pregunto y frunce el ceño—. Ella pensaba que nos habíamos besado esa noche. Pero en realidad besó a mi prima Marina.

—Hostia puta —suelta—. Julia lleva tiempo coladita por ti —asegura y yo siento que el corazón me late un poco raro.

—Ahora eres tú el que dice tonterías.

—¿Le preguntaste por qué te besó aquella noche? —pregunta Cris.

—Es que no me besó aquella noche —recalco porque parece haber olvidado ese detalle.

—Pero ella pensó que sí —señala—. No jodas, Paola. ¿No le preguntaste nada?

—Nos interrumpieron. Fue cuando el guardia nos encontró.

Y prefiero decirle eso a tener que confesarle que no había pensado en lo que él mismo me había expuesto delante de las narices. ¿Cómo he sido tan idiota?

—Además. No me importa —aseguro y él sonríe—. ¿Y ahora por qué sonríes?

—Porque ambos sabemos que lo que acabas de decir es la mayor mentira del mundo —apunta—. Sí que te importa. Te comes la cabeza muchísimo con cualquier tontería. Así que esto no va a ser una excepción.

Zanja su opinión sin dudar y presta atención a su móvil, que acaba de sonar, mientras yo niego con la cabeza en un intento de convencerme de que está equivocado.

Mentiría si dijese que no he pensado en lo ocurrido hace unas noches en aquel fatídico ascensor. Y también lo haría si dijese que no he recreado el momento en mi cabeza unas cuantas veces. Unas cuantas muchas veces. ¿En qué momento se me ocurrió besarla? ¿En qué demonios estaba pesando?

Bufo, cierro la taquilla y salgo de la sala de trabajadores.

Camino por la tienda con tranquilidad. Con mucha tranquilidad. No tengo prisa para llegar a mi puesto de trabajo. Sé que Paola estará allí y no me apetece nada enfrentarme a mis acciones por muy infantil y poco responsable que suene. Descubrir que no la besé a ella, que fue a su prima, fue uno de los momentos más incómodos de mi vida. Pero lo fue más el descubrir que, durante todo este tiempo, yo pensaba que sí. Que fueron sus labios los que besé y que su desinterés con el tema no estaba justificado. Pero ahora sí que lo estaba. Paola no había sido consciente de lo que ocurrió en aquella dichosa fiesta y yo me siento el ser más estúpido del mundo.

Muevo la cabeza para intentar dejar todos esos pensamientos atrás. No es el momento. Debo centrarme. Y debo parecer natural porque me espera una nueva jornada laboral a su lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en cuanto veo a Pilar de nuevo en su sitio.

—Yo también me alegro de verte, amiga —suelta con ironía—. ¿Qué pasa? ¿Esperabas a otra persona?

La ignoro y comienzo a preparar mi zona de trabajo. Compruebo que todo está en su sitio y empiezo a revisar todos los pedidos del día.

No he respondido a su pregunta. Al menos no verbalmente, ya que en mi cabeza resuena

un «sí» en mayúscula y con luces de neón. Los nervios llevan acompañándome horas debido a nuestro futuro encuentro. ¿Qué voy a decirle cuando la vea de nuevo? ¿Cómo actuar? ¿Hago como si nada hubiese pasado? ¿Cómo va a hacerlo ella? ¿Me va a ignorar?

—No has contestado a mi pregunta —suelta Pilar, atrayéndome al momento presente.

—Paola lleva días ocupando tu puesto —digo, aunque sé que lo sabe—. Esperaba encontrarla en tu sitio. Eso es todo.

Le confieso la verdad y le oculto la parte escondida del iceberg. No sé si estoy preparada para hablarlo con alguien y para todas las preguntas que se me vendrán encima y, por consiguiente, todas las explicaciones que tendré que dar. Así que por el momento decido aplazarlo.

—Me han devuelto a mi puesto habitual porque han aumentado la plantilla por la tarde —me informa Pilar.

Sus palabras no me aclaran qué ha pasado con Paola. Y estoy a punto de preguntar, aunque eso suponga otra nueva sonrisita por su parte, pero entonces la veo. Viene por el pasillo acompañada de Gloria, nuestra jefa, y de otra chica que ni conozco ni he visto en mi vida.

Agacho el rostro rápidamente y finjo que estoy muy ocupada en el ordenador. Siento la mirada de Pilar clavada en mí, pero ni siquiera me muevo para comprobarlo y opto por seguir el mejor consejo del mundo: «si no te mueves, no te ven».

—Buenos días, chicas —saluda Gloria.

Mi amiga responde al saludo, pero yo sigo a lo mío.

—Isa, ella es Pilar y es la persona que te va a enseñar a manejar la caja —dice nuestra jefa—. Y la que está justo a su lado es Julia, que hoy parece no estar muy comunicativa.

Alzo el rostro ante ese comentario directo y lo primero que veo son los ojos de Paola mirándome. Me aparta la mirada con rapidez y yo fuerzo una sonrisa para no parecer la mayor estúpida del mundo delante de la nueva chica.

—Julia, ven con nosotras —dice Gloria refiriéndose a ella y a Paola.

—Estoy trabajando.

Miento con lo primero que se me cruza por la cabeza y hasta mi jefa sonrío. Lanzo un suspiro sonoro y me aparto del ordenador para ir a su encuentro. Me quedo en silencio mientras observo cómo les da unas indicaciones a Pilar y a Isa y ni siquiera me atrevo a mirar a mi derecha, el sitio en el que está Paola.

—Hoy toca cambio de aires —señala Gloria en cuanto termina con ellas y se dirige a nosotras—. Acompañadme —dice y nos unimos a su paso—. Quiero que cambiéis la zona de juegos —confiesa en cuanto nos metemos en dicho pasillo.

—¿Por qué? —cuestiono sin pensar.

—Porque considero que tener los puzzles en esa zona dará un nuevo enfoque a la tienda.

Aclara mi pregunta tremendamente ilusionada y yo cierro los ojos unos segundos para mentalizarme o pensar en cómo escapar. Que te caiga el techo encima no tiene que ser tan doloroso como pasar la mañana entera cambiando cajas de un sitio a otro.

Guardo silencio mientras observo cómo Gloria va explicándole todo a Paola e incluso le entrega unos papeles con las indicaciones. Cuando se marcha de escena lo hace con una sonrisa iluminado mientras yo solamente quiero que me trague la tierra. Odio perder el tiempo en algo así. ¿Qué necesidad hay de cambiar las cosas cuando están bien?

—¿Por dónde quieres empezar?

Paola me lo pregunta serena y sin ningún tipo de mala intención. No parece estar muy enfadada por mi atrevimiento al robarle ese beso.

—¿Qué tal por ningún sitio?

Suelto lo que pienso y espero que no lo sienta como un ataque, ya que mi molestia no va con ella. Y creo que lo pilla porque, aunque me alza una ceja, también logro ver una sutil sonrisa en sus labios.

—Está bien. Creo que debemos empezar por hacer sitio en los estantes para así poder mover las cosas —dice y de forma inmediata se pone manos a la obra.

Espero unos segundos y observo cómo lo hace. Empieza a amontonar cajas en la parte inferior y, tras soltar aire y resignarme, yo hago lo mismo en la zona media.

Intento concentrarme en lo que estoy haciendo, pero mi cabeza decide ir a otro sitio. Concretamente al momento beso y en cómo, tras unos segundos, ella se unió a mi ritmo. Pienso en eso y en qué habría pasado si hubiésemos tenido más tiempo. ¿Habríamos vuelto a acercarnos de esa forma? ¿Me habría soltado un tortazo?

—¿Te encuentras bien?

Su pregunta me pilla desprevenida y con una caja en las manos. No sé cuánto tiempo llevo en pausa, pero parece que lo suficiente como para llamarle la atención.

—Sí. Estoy bien —afirmo—. Es solamente que odio hacer este tipo de trabajo —confieso y me sorprendo de no contestarle con alguna ironía o ataque—. Y no es por ti —aclaro—. Es que me parece que estamos perdiendo el tiempo.

Le dejo claro que no tengo nada en contra de trabajar con ella y vuelvo a sorprenderme con mi comportamiento. Y sí, creo que a ella también la deja un poco descolocada.

—Pues a mí me relaja —dice sin aprovechar mi bajada de guardia para meterse conmigo.

—¿Cómo narices te relaja hacer algo así?

—Ordenar me relaja.

Responde mi pregunta sin dejar de trabajar y me animo mentalmente a hacer algo. No puedo dejarle todo el trabajo. No está bien. Imito sus acciones sin decir una palabra, pero me resulta inevitable no perder algún que otro segundo en observarla cuando no se da cuenta. Por eso mismo no tardo nada en llegar en cuanto descubro que necesita ayuda para colocar un producto algo más arriba.

—Deja que lo haga yo.

Se lo pido quitándole la caja de las manos.

—No eres mucho más alta que yo —señala—. Igual deberíamos ir a por las escaleras.

—No soy mucho más alta, pero sí lo suficiente —aseguro y la reto poniéndome justo frente a ella.

Me observa detenidamente y yo hago lo mismo. Y sí, reconozco que, debido a esa poca distancia que nos separa, me pierdo un poquito en su mirada. Solamente un poquito.

Sonríe y la acción hace que baje la vista hacia sus labios. Me despego un par de pasos al darme cuenta de la tensión que estoy empezando a sentir y me giro para ocultarme de su mirada. No sé si estoy preparada para soportar algún ataque al respecto por su parte. Hoy no.

Así que no digo ni una sola palabra y me alzo forzando un poco sin darme cuenta de la posible repercusión y recibiendo un fuerte pinchazo en la espalda de forma inmediata.

Ahogo un gemido, pero Paola parece haberse dado cuenta de todo, ya que no tarda nada en acercarse y posa una mano sobre mi zona afectada.

—¿Estás bien? —pregunta y noto en su tono de voz algo que no es propio entre nosotras. Preocupación.

Asiento con la cabeza ligeramente tras recuperar el aliento y siento cómo me masajea sin romper el contacto. Algo que tampoco es propio entre nosotras.

—Estoy bien, de verdad.

Lo digo de la forma más sincera posible y, cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, parece darse cuenta de lo que está haciendo, ya que su mano sigue acariciándome en un intento de reconfortarme. La aparta con rapidez y yo me aguanto la sonrisa porque no quiero que se sienta incómoda.

Escucho un carraspeo cerca y al girar la cabeza observo que Pilar está de brazos cruzados y observándolo todo a un par de metros de distancia.

Me tenso de forma inmediata porque no sé qué cosa puede estar pasando por esa cabeza suya.

—Venía a ver si necesitabais ayuda —dice mientras camina hacia nosotras—. Pero ya veo que os va muy bien.

Le mando una advertencia con la mirada y me atrevo a echarle una mirada a Paola para descubrir que tiene el ceño fruncido.

—Me he hecho daño en la espalda, aunque ya me encuentro bien —aclaro por si por lo que acaba de presenciar le está haciendo imaginarse cosas que no son.

Me mira de arriba abajo sin perder la sonrisa y me quedo con las ganas de preguntarle qué pasa. No me viene bien que suelte algún comentario suyo que pueda comprometerme. No con Paola delante.

—Sí. Veo que estáis muy bien —asegura.

Y ni siquiera espera a que alguna de las dos digamos algo. Se marcha dejándonos de nuevo a solas. Me atrevo a mirar a Paola, pero sigue mirando a Pilar, que se aleja por el pasillo sin mirar atrás.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta, pillándome de lleno mientras la miro.

—¿El qué? —cuestiono para ganar algo más de tiempo.

—Lo de Pilar.

Generaliza el momento y yo rebusco en mi mente qué decir. Pero no encuentro nada. Así que suelto lo primero que se me cruza por la cabeza.

—No se lo tengas en cuenta. Es un poco rara.

Corto nuestro contacto visual y vuelvo al trabajo.

Sé que Paola se ha quedado con ganas de hacer más preguntas, al igual que Pilar, pero yo no estoy por la labor de responderlas. No necesito más presión por el momento.

Me centro en la ensalada que tengo delante y no en la mirada que Pilar lleva dedicándome desde que nos sentamos a comer. No sé ni por qué he aceptado su invitación. Pero me estoy arrepintiendo. Y mucho. Solamente espero que Fran, que también ha decidido acompañarnos, sea el foco de atención de toda la conversación.

—Lorena quiere ir a ver esa película de miedo de la que todo el mundo habla —dice antes de llevarse la bebida a los labios—. ¿Os apuntáis?

Asiento con la cabeza y me inquieta que no saque a la palestra el tema del que tanto quiere hablar.

—Yo odio esas películas —apunta Fran—. Pero lo haré por vosotras.

—Que considerado.

Bromeo y él, que está justo a mi derecha, me suelta un codazo.

—Puedes traer a ese nuevo novio tuyo —le dice Pilar.

—No es mi novio —asegura el aludido—. Al menos no por ahora —señala sonriente.

—Julia, tú también puedes traer a alguien.

Pilar lo dice clavándome la mirada de nuevo y siento que me está retando.

—Así sería una quedada de parejas —dice sonriente.

—No voy a llevar a nadie.

Zanjo el tema y vuelvo a mi ensalada.

—¿Por qué no? —cuestiona mi amiga—. Estoy segura de que hay alguna interesada.

No levanto la vista. No quiero darle importancia.

—¿Qué demonios me he perdido?

Es Fran el que pregunta y yo decido limpiarme los labios con la servilleta para tomarme unos segundos antes de hablar.

—No le hagas ni caso —apunto—. Creo que se ha dado un golpe en la cabeza esta mañana.

Recibo de ella una patada en la espinilla por debajo de la mesa y gruño molesta.

—La que se ha dado un golpe en la cabeza ha sido tu amiga —dice Pilar, señalándome—. Ahora, de la noche a la mañana, se lleva estupendamente bien con Paola —suelta—. Hasta hacen manitas en horario laboral.

Ruedo los ojos y chisto con la boca para mostrarle así mi disconformidad con sus palabras. Pero no parece importarle. Sonríe. Y mucho.

—Perdona, ¿qué?

Es Fran el que pide explicaciones. Incluso se gira en la silla para poder observar mejor mi rostro.

—No le hagas caso —insisto.

—Os he pillado —señala Pilar.

—Espera, ¿esto va en serio? —cuestiona Fran muy sorprendido.

—No he hecho manitas con Paola —respondo mirándole para que le quede claro rápidamente—. Me he hecho daño en la espalda y se ha preocupado. Ya está.

Resumo lo ocurrido de la forma más simple posible para hacerle ver que no tiene importancia. Pero no sé si mis palabras le han dejado muy satisfecho.

—El problema es que Pilar es una mente sucia y ve cosas que no son.

Insisto en mi defensa y él me examina el rostro de forma minuciosa, como buscando alguna fisura que me delate, mientras ella se cruza de brazos.

—¿Vas a negarme que no hay algo extraño entre tú y Paola?

Pilar decide no rendirse y yo suspiro bastante agotada. Tengo que buscar las palabras adecuadas o no tendré escapatoria.

—Estás equivocada —digo—. Y tú solita estás montando una película increíble. Espero que no te dé para serie.

Intento bromear y ella me pone una mueca antes de volver a su ensalada a la vez que yo suspiro por dentro. Estoy salvada. Al menos por ahora. Dejan la conversación por el momento y, acto seguido, se meten de lleno en otra. Una en la que el protagonista es Fran y su nuevo futuro novio. Escucho su historia y la ilusión que desprende, pero unos minutos después estoy pensando en ella. En Paola. Pienso en por qué no ha decidido humillarme esta misma mañana sacando a relucir el tema del beso. Y también pienso en su contacto en mi espalda y en cómo intentó reconfortarme. Sonríe sin darme cuenta y cuando decido borrar ese gesto de mis labios ya es demasiado tarde. Mis amigos se han dado cuenta y me miran muy curiosos.

—¿Algo que quieras contarnos? —pregunta Fran.

—Sois unos pesados —respondo mirando a los dos.

—No te lo discuto —segura él—. Pero, insisto. ¿Algo que quieras contarnos?

Suelto un bufido bastante agotada y me echo el pelo hacia atrás mientras pienso en las posibilidades que tengo. Solamente tengo dos. Permanecer callada y no contarles nada hasta que terminen de sacarme de mis casillas o soltarlo todo y acabar cuanto antes. Y, en este punto, la segunda opción me parece mucho más llamativa.

—Hace unas noches me quedé encerrada con Paola en un ascensor al salir de trabajar —confieso y observo sus rostros algo confusos.

—¿Hace unas noches? —cuestiona Fran—. ¿Y no se te ha ocurrido contarnos nada?

—Lo estoy haciendo ahora —respondo con tranquilidad mientras me guardo un «perdona, pero estaba ocupada intentando procesar lo sucedido».

—Habla —reclama Pilar con palmada en la mesa incluida.

—Tuvimos la oportunidad de hablar un poco y eso parece haber hecho que las cosas entre nosotras se relajen.

—¿De qué hablasteis? —pregunta mi amigo y todas mis ilusiones de dejar la conversación ahí desaparecen.

—Poca cosa, la verdad —respondo sin querer darles algo de motivación.

Me quedo en silencio mientras sus miradas me examinan y hacen que me sienta como una presa delante de un par de carroñeros.

—¿Y por qué estás tan poco comunicativa? —pregunta ahora Pilar.

—¿A qué te refieres?

—A que escondes algo —apunta y siento que el corazón me late con un poco más de intensidad—. Es muy extraño que no estés criticándola o burlándote de ella —aclara—. ¿Qué ha pasado para que las cosas se relajen tanto entre vosotras?

Intento encontrar en mi mente la respuesta correcta para que me dejen en paz. Pero es que tiene razón. Me conocen lo suficiente para saber que algo no va bien. Y, aunque me debato en si debo contarles todo, incluida esa acción que realicé lanzándome al vacío, sé que tarde o temprano lo soltaré. No podré retener ese secreto por mucho tiempo. Así que me paso la mano por el cuello, cierro los ojos, me mentalizo y lo suelto.

—Nos besamos.

Fran escupe parte de la bebida que está bebiendo en ese preciso momento y a Pilar se le desencaja el rostro por completo.

—Perdona, ¿qué? —cuestiona ella, tomando la iniciativa.

—Que nos besamos.

Lo repito, aunque sé que lo han escuchado perfectamente, y veo cómo, poco a poco, van interiorizando lo sucedido.

—¿Me estás diciendo que tú y Paola os besasteis? —pregunta Pilar y yo asiento con la cabeza—. Pero, ¿cómo?

—¿En serio tengo que explicarte en qué consiste?

Bromeo, Fran me empuja ligeramente y yo protesto clavándole la mirada.

—No es momento de hacerse la graciosa —aclarar él.

—Paola y tú os habéis besado —repite Pilar y yo ya empiezo a estar un poco cansada del tema—. Déjame decirte que es alucinante —señala—. Te recuerdo que no la soportabas.

—En realidad me besó ella.

Miento al sentirme arrinconada y no sé si se lo han tragado, ya que el gesto de ambos sigue siendo el mismo. El claro ejemplo del desconcierto.

—Paola te besó —dice mi amigo.

—Joder, ¿qué os pasa? —protesto—. ¿Tanto os cuenta entenderlo?

Los dos asienten con la cabeza a la vez y yo me cruzo de brazos en símbolo de protesta.

—¿Por qué Paola iba a besarte? —cuestiona Pilar.

—No tiene sentido —responde mi amigo.

—Ninguno —señala ella.

Me quedo en silencio y apartada de la conversación mientras ellos siguen dándole vueltas al mismo tema, debatiendo como si yo no estuviera presente. Inician un debate sobre los motivos por los que Paola podría haberme besado y empiezo a sentirme bastante incómoda por mi mentira.

—Yo la besé a ella —digo, soltando por fin la verdad.

Cortan su improvisada conversación y me clavan la mirada mientras me preparo para un aluvión de preguntas que ni siquiera sé si podré responder.

—Vale. Eso tiene más sentido —dice Pilar y yo descruzo los brazos.

—Mucho más —comenta mi amigo.

Frunzo el ceño totalmente desconcertada y les miro de forma alterna.

—¿De qué narices estáis hablando? —protesto.

—Por favor, Julia —responde Fran sonriente—. Llevas tiempo pillada por ella. Mucho.

—Eso es mentira.

—Eso es muy verdad —insiste él—. Lo que me extraña es que lo hayas vuelto a intentar después de que te ignorase tras el beso en *Halloween*.

—¿De qué beso estás hablando?

Es Pilar la que pregunta y yo cierro los ojos unos segundos para asimilar que mi amigo me acaba de exponer sin temblarle el pulso. Cuando alzo la vista ambos me miran, pero es ella la que está esperando una aclaración por mi parte.

—Sí. Besé a Paola en la fiesta de *Halloween* —confieso—. O eso pensaba, porque resulta que en realidad besé a su prima.

Fran sonríe con la historia y a Pilar parece estar costándole interiorizar la nueva información recibida.

—Y no me digáis nada, ¿vale? —les pido—. Bastante avergonzada me siento ya.

Ambos levantan las manos a la vez para hacerme ver que no quieren discutir. Y, por una vez, parece que me hacen caso. Vuelven a comer y, sobre la marcha, van comentando cosas sin importancia y que no guardan relación con lo que les acabo de soltar. Respiro tranquila, compruebo la hora y descubro que en unos cuarenta minutos volveré a compartir tiempo y espacio con Paola.

Mónica, Clara y Julia hablan sobre el pequeño eufórico que ha dado unas diez vueltas al árbol de navidad y ha saltado sobre los regalos de decoración mientras el resto de niñas y niños, que estaban en la cola, lloraban al ver el destrozo que estaba ocasionando. Sonrío porque ahora me resulta gracioso y una anécdota más para contar, pero en el momento ha sido bastante incómodo porque ni la madre era capaz de controlarlo.

—Le invadió el espíritu navideño —bromea Julia y escucho que todas ríen.

Termino de atarme las zapatillas, doblo el uniforme y lo meto en mi taquilla a la vez que Mónica y Clara se despiden. Alzo la mano y les dedico una sonrisa y me sorprende en cuanto mis ojos se encuentran con los de Julia. A estas alturas del partido no debería estar aquí. Siempre es la primera en irse.

Vuelvo a lo mío y guardo mis cosas en la mochila mientras escucho que su taquilla se cierra. Siento nervios, aunque no sé por qué, pero me mentalizo y pienso en que en unos segundos estaré sola. Y no puedo estar más equivocada, ya que, un segundo después, presiento que Julia se acerca.

Cojo el móvil para comprobar si Cris me está esperando ya. Hoy hemos quedado en que venía a recogerme para cenar juntos. Pero no. Mi amigo aún no ha llegado, así que no tengo excusa para cortar la escena con ella, al menos no una excusa real.

—Por primera vez te he visto desubicada —dice y mi mirada busca la suya para que me aclare ese comentario—. Con el pequeño monstruito.

Se me escapa una sonrisa y ella imita el gesto de forma inmediata.

—Creo que nos ha venido un poco grande a todas —aseguro y ella asiente sin perder la sonrisa en ningún momento.

Me guardo el móvil en el bolsillo, cierro la taquilla y me cuelgo la mochila mientras siento que sigue cada uno de mis movimientos con la mirada. Y no es que me ponga nerviosa esa acción, es que no sé cómo actuar después de lo que ocurrió. Me besó, pero es que yo le seguí. Y ni siquiera he sido capaz de retomar nuestra relación de comentarios irónicos y burlones. Al revés, me he preocupado por ella esta misma mañana cuando se ha hecho daño y hasta he acudido rápidamente para ayudarle.

—¿Cómo está tu espalda?

Se lo pregunto para romper con el silencio que se ha instaurado de golpe.

—Bien —responde de forma inmediata—. Gracias.

Nos quedamos mirándonos. Entiendo que para ella también es extraña esta nueva forma de tratarnos. Aunque la verdad es que es bastante más agradable que tener siempre las garras preparadas para atacar.

Comienzo a caminar y siento que me sigue. Es ella la que cierra la puerta de la sala, pero un segundo después la siento de nuevo a mi lado, caminando a mi ritmo.

—¿Hoy no vas por el ascensor? —pregunta.

—Demasiado traumático.

Respondo sin pensarlo y, debido a la naturaleza de nuestra relación, no debería

importarme lo que piense. Pero me importa. No quiero que imagine que compartir espacio y tiempo con ella esa noche fue tan desagradable. No me parece justo.

—Lo digo por haberme quedado encerrada. No por ti —aclaro y ella sonríe. Y sonríe de verdad.

Y yo, sin ningún tipo de sentido, siento alivio. A mi sistema parece sentarle bien que Julia no se haya tomado mal mi comentario y que incluso sonría. Almaceno este suceso en mi memoria, voy a tener que dedicar tiempo para pensar en ello.

—Creo que yo también voy a pasar una temporada sin subirme en uno de ellos.

—Buena decisión.

Sigo mi camino hacia la salida y ella continua a mi lado. Se siente algo incómodo porque no es lo habitual entre nosotras y también porque no sé qué quiere. Se detiene justo cuando yo lo hago y me veo en la obligación de explicarle mi acción.

—Hoy viene a recogerme un amigo.

La veo asentir con la cabeza y sacarse del bolsillo del pantalón la llave del coche. Parece que nuestro encuentro ha llegado a su fin. Pero esa idea se rompe en cuanto vuelve a hablar.

—Te acompañaré hasta que llegue.

—No es necesario —digo.

—No tengo nada mejor que hacer.

Se encoge de hombros y yo me quedo mirándola unos segundos hasta que acepto la situación. Le dedico una leve sonrisa y miro al frente para ver si veo llegar a Cris. Siento su mirada clavada en mí, pero no me atrevo a enfrentarla. No sé qué está pasando y tampoco sé si quiero saberlo.

—¿Te gusta ir al cine? —me pregunta, pillándome totalmente desprevenida.

—Hace tiempo que no voy —respondo antes de girar el rostro para mirarla—. Ni recuerdo la última vez que fui. Me pone un poco nerviosa la actitud de la gente.

Ve algo de confusión en su gesto, así que decido aclarárselo antes de que pregunte.

—Creo que la gente ha perdido la educación por completo —señalo—. No soporto que, mientras yo estoy intentado disfrutar de una película, la gente hable como si estuviera en el salón de su casa —aclaro—. Ah, y lo mejor de todo. El maldito teléfono —apunto—. ¿Por qué tanta dependencia a un objeto? La ansiedad de cogerlo y molestar al resto me desquicia.

Asiente con mi explicación y percibo que se ha quedado con ganas de decir algo. Seguramente mi pequeño monólogo la ha privado de tal cosa.

—¿A ti te gusta?

Decido devolverle la pregunta y percibo, de forma inmediata, una sonrisa en sus labios.

—Me gusta, sí —aclaro—. Aunque tienes razón en cada una de tus palabras.

—Vaya. ¿Me estás dando la razón? —cuestiono sorprendida—. Increíble.

Me burlo y ella niega con la cabeza, pero sin perder la sonrisa en ningún momento.

En silencio vuelve a instaurarse en la escena y yo aprovecho para comprobar el móvil. Leo el mensaje recibido de Cris. Llega en unos cinco minutos. Guardo el móvil para informar a Julia, pero mis palabras quedan ahogadas en cuanto ella toma la palabra.

—Con respecto a lo que ocurrió en el ascensor la otra noche... —dice y yo siento una pequeña oleada de nervios atravesando toda mi espalda.

—No te preocupes —apunto, cortándola.

Se queda mirándome y siento que quiere seguir hablando del mismo tema, pero cambia de opinión y no dice nada más y no sé si es decisión suya o ha leído en mis ojos que no quiero hablar de ello. Aunque también es cierto que no permanece callada más de un minuto y eso me

sorprende. Y mucho. Pero he de reconocer que tampoco me desagrada. No del todo.

—¿Qué tal llevas el libro que estabas leyendo?

—Pues no he tenido tiempo de leer —respondo y vuelvo a mirarla—. Pero espero darle un tirón esta noche.

—¿Tu amigo sabe ya que lo estás disfrutando?

Lo suelta divertida y sus labios se curvan y yo, durante unos largos segundos, me quedo mirando ese gesto. ¿Su sonrisa siempre ha sido así de bonita?

Me regaño mentalmente y tomo conciencia de la realidad. Esa en la que Julia sigue mirándome, esperando una respuesta que no parece querer llegar.

—Me llevaré esa información a la tumba conmigo.

—No me sorprende esa contestación —dice risueña y yo le pido explicaciones sin tener que verbalizar las palabras. Y sí. Me asombra mucho que sepa leerme tan bien—. Eres ese tipo de persona que no parece reconocer las cosas.

—Y eso lo dice la persona que más me conoce del mundo.

Señalo sin dudar, pero con tranquilidad y en un tono neutro. No me apetece discutir.

—Sé captar bien a la gente —dice, orgullosa.

—Sí, pero reconocerlas en una fiesta de disfraces no se te da muy bien.

Suelto esas palabras y ni siquiera sé por qué. Me han venido y no he podido controlarlas y hasta a mí me han pillado desprevenida. Observo su rostro con cautela. No me gusta la idea de retomar la forma irónica y poco agradable con la que nos tratábamos. Y, cuando estoy a punto de disculparme, ella rompe a reír.

—Eres buena —señala, refiriéndose a mi comentario anterior.

—Lo sé.

Sus ojos me observan y creo ver algo diferente en ellos, aunque no sé que es. Intento descifrarlo y creo que ella quiere ver algo más. Parece como si quisiera ver algo dentro de mí. Mi corazón se acelera un poco y percibo cómo se muerde el labio inferior y recorta un par de pasos. Me quedo completamente estática y aunque le doy la orden a mi cerebro de que corte el momento, se niega. Mis nervios aumentan el doble y, cuando estamos a punto de rozarnos, el pito de un coche me sobresalta.

Julia me aparta la mirada con rapidez y yo giro el rostro para descubrir que Cris está parado en el coche justo al lado nuestro.

—Tengo que irme.

Y eso es lo único que logro verbalizar antes de moverme para refugiarme en el vehículo de mi amigo mientras una gran pregunta se manifiesta en mi cabeza; ¿qué demonios acaba de pasar?

Lanzo un suspiro bastante sonoro y dramático en cuanto salgo del coche. Quiero hacerle ver a mi amigo, por todos los medios posibles, lo horrible que me parece su plan. Y también quiero hacerle sentir mal por haberme arrastrado con él. Es mi día libre y decidió organizar, a mis espaldas, una quedada con su nuevo interés amoroso para que yo lo conociese. Y sí, intenté que me dejase a un margen exponiéndole una serie de cuestiones como hacerle ver que yo no pinto nada porque no voy a compartir mi vida con él, no tengo que descubrir sus defectos y manías y no necesito comprobar lo bien que nos va en la cama. Pero no me hizo caso y usó el arma del chantaje. Se le da de puta madre hacer pucheros como el niño que le pide un caramelo a su madre.

—No sé qué estoy haciendo aquí.

Lo digo con desgana mientras caminamos por la calle hacia la zona de los típicos puestos navideños, el sitio acordado para pasar la tarde y para que yo conozca a su futuro amor.

—Venga ya, Julia —dice antes de entrelazar su brazo con el mío—. ¿Por qué estás tan así? —cuestiona, examinándome—. Seguro que disfrutas la quedada, eres una de las personas más sociables que conozco.

Ignoro su pregunta porque no sé a qué se refiere con «tan así» y también rechazo la idea de darle la razón a su afirmación. Ambos sabemos que, muy posiblemente, esté en lo cierto. Pero llevo unos días sintiéndome un tanto extraña. No me siento centrada. Y podría asegurar que es algo que llevo arrastrando desde el dichoso momento ascensor.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta.

—¿Nerviosa? ¿Yo? —cuestiono—. ¿Por qué iba a estarlo?

—Por nada, obviamente —responde rápidamente—. Pero igual podrías devolverme la misma pregunta —señala.

Sonrío ante su aclaración y le doy una palmadita en el brazo que pretende ser tranquilizadora.

—No voy a juzgar a tu nueva conquista. Así que puedes estar tranquilo.

—No —dice casi sin dejarme terminar la frase—. Eso es justo lo que quiero. Pero no se lo digas a él, ¿vale? —aclara—. Sé amable, pero también fíjate en todos los detalles —apunta—. Es posible que, debido a mi percepción, se me estén escapando cosas.

—¿Tu percepción de enamorado?

Se le escapa una sonrisa con mi pregunta y freno en seco mis pasos, provocando que él también tenga que hacerlo. Espero unos segundos para comprobar si quiere decir algo, pero no lo hace y todas mis alertas saltan a la vez.

—Espero, ¿estás enamorado? —cuestiono y él sonríe—. Estás enamorado.

Lo afirmo, rueda los ojos, se suelta de mi brazo y sigue avanzando.

—No huyas —indico antes de unirle a su paso.

—No estoy huyendo, es que no quiero llegar tarde.

Es mi turno de sonreír y, cuando lo alcanzo, le clavo la mirada sin borrar la sonrisa de mis labios. Vuelve a mirarme y suelta un «qué infantil eres» a la vez que acelera el paso. Lo adelanto y me pongo justo frente a él, caminando de espaldas, para poder mirarle bien la cara.

—¿Cómo te enamoras de alguien tan rápido? —le pregunto risueña, pero interesada—.

Tiene que ser imposible.

—Te vas a caer —me advierte.

—Pero contesta mi pregunta —insisto, sin hacerle caso.

—¿Por qué tanto interés? —cuestiona—. ¿Es que te interesa para conquista a alguien? ¿A

Paola?

Sus palabras hacen que, por un momento, pierda un poco el equilibrio y él sonrío. Vuelvo a colocarme a su lado y decido dejar la gran idea de andar al revés. A veces puedo ser la persona más tonta del mundo.

Me preparo para su insistencia, pero parece que todo deja de importarle un segundo después.

—Ahí está —dice ilusionado y con una enorme sonrisa en los labios—. ¿Esa de ahí no es...?

Sigo con la mirada el camino que marca la suya y todo se paraliza en mi interior al ver a Paola. Ella no me ha visto a mí y espero que así sea. No quiero tener que saludarla con Fran delante, puede llegar a conclusiones erróneas. Pero, cuanto más nos acercamos, más siento que eso va a ser imposible. El chico que está junto a ella es su amigo, lo reconozco del coche del otro día, pero también es el nuevo interés amoroso de mi amigo, algo que puedo confirmar ante el beso que se dan.

¿Qué posibilidades había?

—Qué sorpresa —digo mirándola a ella.

—Absolutamente.

Me da la razón sin dudar y nuestros amigos nos presentan mutuamente.

De verdad, ¿qué posibilidades había de que el novio de Fran fuese el amigo de Paola?

Me quedo rezagada mientras conversan y deciden qué hacer primero. Eso me permite observarla a ella. Lleva un vaquero oscuro, unas botas y un jersey de punto en color morado claro. Y también lleva el pelo suelto a diferencia de cómo suele llevarlo a diario. Y sí. Le queda muy bien, la verdad. Con la luz que tenemos, el castaño de su melena se ve algo más claro.

—Julia —dice mi amigo, llamándome la atención.

Salgo de mis pensamientos y le agradezco en silencio el detalle. No sé cuanta vergüenza podría haber aguantado si Paola o su amigo me hubiesen pillado realizando tal escrutinio a su anatomía.

Me hace un movimiento con la cabeza para indicarme que ha llegado el momento de avanzar y, como es de esperar, la pareja toma el mando y se pone delante, dejándonos justo detrás a Paola y a mí. Camino a su lado, ya que hacerlo más atrás sería algo incómodo. No es que su presencia me moleste, es que la situación es rara después de lo que ocurrió. Aunque también es verdad que, por alguna extraña razón, siento ganas de pasar algo de tiempo con ella. Quizás es por el hecho de haber perdido la oportunidad de conocernos mejor debido a mi vergonzosa equivocación al pensar que, en aquella fiesta, la besé a ella y no a su prima. Es posible que nuestra relación fuese distinta si hubiésemos hablado bien las cosas tras lo ocurrido. Cabe la posibilidad de que fuésemos algo así como amigas.

—No tenía ni idea —dice Paola y, al mirarla, señala con la cabeza a la pareja de enamorados que van por delante—. ¿Tú sabías algo?

—¿Te refieres a si sabía que el nuevo interés de mi amigo era tu amigo? —le pregunto y ella asiente—. Ni puta idea.

Me dedica una pequeña sonrisa y vuelve la mirada al frente.

—Así que supongo que estamos aquí las dos con el mismo propósito —señala y mis ojos

vuelven a mirar su rostro—. Estar de amiga apoyo por si algo sale mal.

—Y para ver si hay alguna banderita roja de por medio.

—No quería decirlo así porque la otra mitad es tu amigo.

—Me gusta ser sincera, ¿qué puedo decir?

Me encojo de hombros y seguimos el ritmo que la pareja va marcando. Nos llevan a la zona más ambientada y con más movimiento. Hay un gran despliegue de luces de todos los colores posibles, melodías que suenan a través de unos altavoces, olor a dulces y a castañas asadas, un gran número de puestecitos y personas de todas las edades. La verdad es que han elegido un buen sitio para tener una de esas primeras citas.

Nuestros amigos, que nos están ignorando en todo momento, bastante lógico y entendible, se detienen ante el primer puesto y eso nos obliga a que nosotras también lo hagamos. Al parecer, al amigo de Paola le ha llamado la atención la variedad de ilustraciones que se han presentado delante de sus ojos. Así que ella también se une, ya que él se lo pide, y yo aprovecho el momento para poder observar la escena desde otra perspectiva. Desde fuera podemos parecer la típica quedada de dos parejas que deciden pasar la tarde envueltos en este ambiente navideño tan característico. Pero la realidad es que hasta hace unos días yo ni siquiera soportaba la presencia de Paola. Y sí. Me sorprende yo misma al hablar en pasado. Ahora no me molesta tanto. Es más, me gustaría poder llamar un poco su atención. Aunque tampoco entiendo muy bien el motivo.

Paola mira hacia atrás, no sé por qué, y me pilla mirándola. Sonrío nerviosa y, en lugar de decirme algo al respecto, me anima a unirme a ellos. Se ve que necesitan mi opinión para que Cris se termine de decidir.

Unos minutos después la compra está realizada y retomamos el camino para seguir viendo todo lo que el resto de vendedores tienen para ofrecer.

—Cris es algo... indeciso —dice Paola en cuanto la pareja toma distancia y nos deja un poco atrás—. Pero descubrí hace un tiempo que, contra más espectadores tiene, más rápido se decide.

Vuelvo a sonreír al comprender por qué me ha buscado con la mirada. Ahora tiene sentido. Necesitaba esa presión extra para que su amigo se decidiese ya.

—No sé si tu confesión te convierte en una buena o mala amiga —digo sin perder la sonrisa.

—Supongo que en la mejor —señala—. Le ahorro minutos de agonía.

—Y también te los ahorras tú.

Sus labios se curvan, pero se muerde el inferior para que el gesto no destaque demasiado.

—Tranquila. Tu secreto estará a salvo conmigo.

Me alza una ceja y no tiene tiempo para articular una sola palabra, ya que su amigo vuelve a reclamar su presencia. Avanzamos más rápido hasta llegar a ellos y esta vez decido no quedarme rezagada. Me uno a ellos y el hueco que me dejan queda junto a Paola. El espacio es compartido y limitado. Así que, cuando llega otro grupo y recorta la amplitud, no me queda más remedio que pegarme un poco más a ella. Siento su cercanía y su olor y, sin poder controlarlo, me pongo nerviosa. Intento tranquilizarme, así que pruebo a hacerlo controlando la respiración.

—¿Estás bien?

Paola me lanza la pregunta y, debido a lo cerca que estamos, puedo ver mejor el tono de sus ojos. Su color miel me cautiva y durante unos segundos me quedo sin palabras. Pronuncia mi nombre para llamar mi atención y, milagrosamente, reacciono.

—Sí, estoy bien.

Fuerzo una sutil sonrisa y me centro en los artículos que tenemos delante. Hay objetos hechos con resina y observo cómo los tres admiran unas cuantas piezas. Compran unos llaveros y le doy las gracias a Fran cuando me regala uno con mi inicial.

Unos minutos después continuamos con la ruta y, esta vez, me quedo un poco rezagada. Necesito algo de espacio, el que puedan ofrecerme en una situación así. No sé qué me está pasando, pero creo que estoy empezando a sentir una atracción hacia Paola bastante llamativa. Aunque, pensándolo bien, no es algo novedoso. Fue por eso mismo por lo que me lancé a besarla en aquella fiesta el año pasado, porque creí sentir algo de química entre las dos, una atracción. Y, por algún extraño motivo, lo hice de nuevo en aquel ascensor hace unos días. Y quise volver a hacerlo en los aparcamientos la pasada noche mientras esperaba a su amigo, pero me contuve y a día de hoy no sé ni cómo fui capaz. Supongo que también fue por cobarde, ya que tampoco me atreví a invitarla al cine después de que me dijese lo mucho que le fastidia hacer ese plan debido a la poca educación de la gente. Así que, muy posiblemente, me lleve ese secreto a la tumba, al igual que reconocerle que, durante unos minutos, si llegué a tener cobertura mientras permanecemos encerradas en aquella caja metálica.

Cierro los ojos, suspiro y me echo el pelo hacia atrás mientras observo cómo los tres hablan y bromean entre ellos y en mi cabeza resuena en alto y muy claro un «estás jodida, Julia».

Observo con algo de distancia a mi amigo y a Fran. Hacen una bonita pareja. Parece que se entienden muy bien y creo que hay una gran complicidad entre ellos. Y, aunque no sé cómo va a seguir su historia, yo creo que deben tener una oportunidad. Encajan. Solamente hay que ver cómo se les ilumina la cara cuando se miran. Y sí, la quedada me está gustando, por mucho que me negase a venir en un primer momento. Y tampoco ayudó la sorpresa de descubrir que Julia era la mejor amiga de Fran y que también iba a compartir la tarde con ella. Pero se está comportando, al igual que todos estos días atrás, y eso hace que su presencia sea mucho menos desagradable de lo habitual.

—Mira, Paola —dice Cris, llamando mi atención—. Seguro que te gustan.

Camino hasta llegar a él y le doy la razón con una sonrisa. Se han detenido en un puesto de pulseras de acero de distintas formas y para todos los gustos posibles. Las observamos en silencio y percibo que Julia se coloca justo a mi lado, dándole espacio a la pareja. No dice nada y eso no es muy típico en ella, la verdad. Parece fuera de lugar. Pero no me molesto en insistir, ya le he preguntando hace unos minutos si se encontraba bien.

Observo la mesa en general y una pulsera fina de color plata con perlitaz azules llama mi atención. La cojo, tras pedirle permiso al vendedor y me la pongo sobre la muñeca. Queda preciosa, pero no sé si debo comprarla. Tengo unas cuantas por casa y al final siempre llevo la misma, una esclava que me regaló mi hermana hace unos años.

Los chicos siguen la ruta marcada y yo, tras no terminar de decidirme, dejo la pulsera en su sitio y continúo tras ellos. Me quedo algo rezagada, ya que noto algo más de acercamiento entre ellos y supongo que querrán espacio. Y sí, empiezo a sentir que sobro. Así que me detengo, giro el rostro para buscar a Julia y hacerle ver mi opinión y, en cuanto nuestros ojos conectan, se acerca.

—Me voy a ir a casa.

—¿Ocurre algo? —pregunta ella.

—Creo que a nuestros amigos les importa bastante poco que estemos por aquí.

Lo digo sin ningún tipo de resquemor e incluso sonrío. Y ella, inmediatamente, imita el gesto.

Me quedo mirándola y, la verdad, no sé qué hacer a continuación. Sé que le he dicho que voy a marcharme, pero mis pies parecen no querer reaccionar ante esa orden.

—¿Te apetece tomar un café? —pregunta Julia y yo, de forma instantánea, siento un agradable cosquilleo en el centro del pecho.

Señala con la cabeza un puesto callejero que tenemos a un par de metros de distancia y, sin que yo llegue a confirmarle nada, empieza a caminar. La observo de espaldas y sé que tengo la oportunidad de rechazar el plan e irme, pero no lo hago. Me uno a su ritmo y unos segundos después caminamos a la vez y a unos pocos centímetros de distancia.

Cuando llegamos al sitio ella pide sin ni siquiera consultarme. Soy consciente de que en un pasado muy reciente eso me molestaría, pero ahora me provoca curiosidad. Tengo intriga por saber qué me ha pedido ya que, debido al ruido de la aglomeración, no he podido escucharla.

Me fijo cómo pide también un par de pequeñas palmeritas de chocolate y, cuando terminan de atenderle, vuelve a recortar la poca distancia que nos separa.

—Te has tomado la libertad de pedir por mí —suelto en un tono neutro sin pretender molestar.

—Café con leche templada y sin lactosa —dice, entregándome el vaso desechable—. ¿Me he equivocado? —cuestiona divertida.

Frunzo el ceño sorprendida y una bonita sonrisa ilumina su rostro de forma inmediata.

Comienza a caminar con tranquilidad y no me queda de otra que seguirla.

—¿Desde cuándo conoces a Cris? —me pregunta.

—Hace años. ¿Y tú a Fran?

—Hace siglos. O al menos a mí me lo ha parecido.

Bromea y agacho un poco el rostro para que no vea que sus comentarios me resultan graciosos. No es una persona que necesite que le suban el ego.

—Hay un pequeño parque justo tras esa calle —dice señalando.

—Lo conozco —señalo—. Hay una librería al lado.

Asiente sin perder la sonrisa y, sin decirnos una sola palabra más, caminamos hacia dicha zona.

Si hace unas semanas me hubiesen dicho que pasaría la tarde con Julia en un parque tomando café me hubiese partido de risa delante de esa persona. Pero la vida a veces es demasiado incierta y bromista. Quizás demasiado. Pero, ¿quién soy yo para romper con lo que el destino me tiene preparado? Supongo que pasar un rato con ella no me va a hacer ningún mal. Además, tampoco tengo nada mejor que hacer, aunque en casa me estén esperando los últimos capítulos del libro que estoy leyendo.

Al llegar al parque Julia se va directa a un banco de madera y se sienta. Me observa desde su posición y yo imito su movimiento. No creo que pasar la tarde de pie sea la mejor decisión del mundo.

Da un sorbo a su café y me ofrece una de los dulces que ha comprado.

—Sé que te gusta el chocolate —dice para animarme a coger uno—. Además, no he envenenado nada. Tú misma has visto que las acabo de comprar.

Acepto la palmerita y las dos las probamos en silencio. Está muy rica y, en lugar de decírselo, guardo silencio ante su mirada clavada en mí.

—¿Viste la semifinal de *Drag Race*? —pregunta y ahora soy yo la que busca su mirada.

—Sí. Me tocó verla después, pero sí.

—¿Y qué te pareció?

Me lo pregunta con interés, como si de verdad le importase mi opinión y no sólo quisiera

meterse conmigo.

—Me gustan las finalistas.

Asiente antes de dar un sorbo a su café y yo, por pura inercia, también doy un trago del mío.

—Fran es alguien en quien puedes confiar —dice reclamando de nuevo mi atención y no dejando morir la conversación—. Es inteligente, simpático y amable —señala—. Se merece encontrar a esa persona que le haga cosquillitas en el corazón. ¿Crees que tu amigo está preparado para algo así?

Me lanza la pregunta y decido tomarme unos segundos para contestar.

—Conozco a Cris y creo que bastante bien —añado—. Es la mejor persona que he conocido en mi vida —digo con sinceridad—. Y, aunque no estoy en su corazón y no sé qué puede estar sintiendo, también creo que merece encontrar a esa persona que le haga cosquillitas en el corazón.

Utilizo sus mismas palabras y sonrío.

Me acomodo mejor en el banco, ya que empiezo a sentirme más relajada, y empiezo a pensar que no fue buena idea ponerme solamente un jersey. El sol comienza a perder su fuerza y la sombra que nos rodea no ayuda a mantener el calor corporal.

—¿Qué harás en fin de año?

Se lo pregunto porque no quiero pensar en el frío que estoy empezando a sentir y no quiero marcharme porque no quiero que piense que soy la persona más desagradable y estúpida del mundo. Aún ni siquiera me he terminado el café.

—Fran ha organizado junto a más gente una quedada en una casa en pleno campo.

—Suenan bien —digo con sinceridad.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

—Me quedaré en casa —contesto sin más y doy un sorbo a mi bebida.

—¿Quieres apuntarte? —me pregunta—. Seguro que a mi amigo no le importa —señala—. Es más, es posible que esté encantado porque sería una invitación directa también para Cris.

Me sorprenden sus palabras. Ni en mil años hubiese esperado que Julia me invitase a un plan. Jamás. Aunque claro, esta tarde ya me ha dejado sin palabras al pedirme que me uniera a ella para compartir un rato tomando café.

—Prefiero quedarme en casa —contesto ante su mirada.

—No creo que sea una fiesta muy loca —dice—. Lo digo por si eres de planes más tranquilos —aclara.

Niego con la cabeza, pero ella no parece comprender mi negación.

—Podemos ir en el mismo coche —sigue diciendo.

—Julia. Para —le ordeno—. No voy a ir a esa maldita fiesta.

Suelto todo con demasiada brusquedad. Tanto que yo misma me sorprendo. Y sí, también me siento mal. Y no debería sentirme así, no cuando nos hemos llevado a matar durante tanto tiempo. Pero ahora la cosa es diferente. Ahora nuestra relación parece ir por un camino normal y no por uno lleno de ataques continuos y directos. Así que el silencio que se instaura, de forma inmediata justo tras mis palabras, se siente bastante incómodo. Demasiado.

—Siento haberte hablado así —digo, aunque soy incapaz de mirarla.

—No te preocupes.

No sé si lo dice en serio. No sé si mi forma de hablar le ha molestado. Y tengo la opción de dejar morir la conversación en ese punto y sacar otro tema o esperar que ella lo haga. Pero no me siento cómoda.

—Odio la Navidad —confieso y busco su mirada que no tarda nada en encontrarse con la mía—. Odio el ambiente, las reuniones y las celebraciones. Pero no me molesta que la gente disfrute de esta época —aclaró—. Es sólo que yo no...

Siento cómo la emoción va abriéndose camino por mi sistema y tengo que cortar mi discurso y dejar de mirarla.

Clavo la vista al frente, concretamente en unos niños que juegan con una pelota a un par de metros de distancia, y siento que Julia se acerca un poco más.

—¿Estás bien? —me pregunta en un tono suave.

Fuerzo una sonrisa y se me humedecen los ojos.

Sé que tiene la atención puesta en mí y que, seguramente, está esperando algo más por mi parte, alguna palabra.

—Mi hermana...

Intento hablar, pero los recuerdos empiezan a agolparse en mi mente y tengo que detenerme de nuevo.

Julia se aproxima incluso más, siento su pierna chocando contra la mía, su contacto directo.

—Mi hermana adoraba la época navideña —confieso y consigo alzar el rostro para encontrarme con su mirada—. Ella...

Se me hace un nudo en la garganta y siento que una lágrima cae por mi mejilla. Julia me la aparta con el pulgar y me resulta agradable sentir su calor en mi rostro.

—Lo siento —dice con los ojos iluminados, reflejados también por la emoción.

Veo sinceridad en ella y en cómo me mira. Quizás por eso dejo que siga ejerciendo más contacto conmigo. Agarra una de mis manos en un intento de reconfortarme y yo bajo la mirada a ese gesto. No se siente mal. Quizás he pasado demasiado tiempo intentando ocultarme del mundo. Intentando ocultar eso que tanto daño me hace. Perder una hermana no es fácil, pero que te la arrebatase un conductor irresponsable, sin dejarte tiempo para despedirte es la peor sensación del mundo. Y, debido a ese suceso, es posible que yo me haya cerrado demasiado.

Tomo aire y lo suelto lentamente mientras pienso en lo que acaba de ocurrir. No he hablado con nadie sobre ese suceso que marcó mi vida, sólo con Fran y porque él también era amigo de ella. Así que no sé por qué he decidido que, justo ahora y con Julia, era un buen momento. Pero ya está hecho.

—Tienes las manos heladas.

Es ella la que rompe el silencio, la que me salva de seguir pensando.

—Hace un poco de frío —comento con una pequeña sonrisa.

—Sólo a ti se te ocurre venir únicamente con ese jersey.

—Es un jersey muy bonito.

—Sí, lo es —confirma—. Pero no tiene pinta de abrigar mucho.

Se levanta antes de que pueda decir nada más y observo cómo se quita la cazadora. Justo después me la pone sobre los hombros y recupera su sitio sentándose a mi lado.

—No es necesario —aseguro, pero la verdad es que se siente muy bien recuperar un poco de calor.

—Yo creo que sí.

—Pero ahora eres tú la que va a pasar frío.

—Llevo unas cuantas capas por debajo —señala y se levanta el jersey que lleva para que pueda comprobarlo.

Decido no insistir y quedarme con su prenda, al menos por el momento, y sumo la escena

a momentos imposibles que jamás hubiese imaginado compartir con ella.

Sus ojos me miran de una forma muy atenta, como si estuvieran analizándome, y percibo ese algo que ya sentí en los aparcamientos mientras esperaba que Cris pasase a por mí. Se acerca un poco más. Su cuerpo roza el mío, proporcionándome más calor, y yo me pierdo en el azul de su mirada. Siento el ritmo que marca mi corazón algo más acelerado y, cuando su mirada baja unos segundos a mis labios, pierde el compás que había estado marcando. Julia se inclina ligeramente y yo cierro los ojos justo antes de sentir cómo su mano acaricia mi cuello. Me quedo clavada en ese instante y es mi cuerpo el que reacciona al contacto de sus labios con los míos. El roce es suave y lento y permito que tome confianza al unirme a ese baile. Es muy agradable y quizás por eso no dudo ni un segundo en continuar con el beso en cuanto ella decide profundizarlo un poco más. Y quizás por eso también protesto al escuchar que mi móvil nos interrumpe.

Me separo de ella de forma perezosa mientras nuestras miradas entran en contacto y observo un brillo especial en sus ojos. Me cuesta reaccionar. Ni siquiera sé qué decir.

—Tu teléfono —dice con una bonita sonrisa en sus labios.

Asiento y al cogerlo descubro el nombre de Cris en la pantalla. Lo descuelgo sintiendo en todo momento la mirada de Julia clavada sobre mí.

—Dime.

—¿Dónde te has metido? —cuestiona—. *Julia también ha desaparecido, aunque Fran dice que es normal en ella* —cuenta y yo la miro y ambas sonreímos. Lo ha escuchado perfectamente debido al alto tono que mi amigo está usando—. *¿Te vienes a cenar con nosotros?*

—No, gracias. Me voy a ir a casa —digo y escucho un suspiro sonoro al otro lado de la línea—. Tú disfruta. Ya te interrogaré mañana.

Bromeo y su risa me llega a través del altavoz. Se despide rápidamente y cuelgo para guardarme el móvil.

Me levanto para cumplir con lo que acabo de decirle a mi amigo. Creo que necesito irme, refugiarme en mi hogar para poder pensar y asimilar qué demonios ha pasado. Julia y yo nos hemos vuelto a besar y, de nuevo, le he seguido.

—¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta levantándose y ofreciéndose.

—No. No te preocupes —respondo con rapidez—. He venido en mi coche —aclaro—. Por cierto, ¿qué te debo del café?

Sonríe ante mi pregunta y yo alzo la ceja un poco confundida.

—No me debes nada —señala—. Bueno, sí —rectifica—. No acepto dinero, pero sí una invitación para otro café.

Es mi turno de sonreír y ni siquiera soy capaz de controlarlo. Sigue siendo una descarada muy confiada.

—Me lo pensaré —digo, dejándolo en el aire.

Su sonrisa aumenta y me mira divertida.

—También estoy disponible para una cena —sugiere—. Nuestros horarios son los mismos —me recuerda.

—Una cena es más cara que un café.

—Estoy dispuesta a pagar mi parte —señala.

—Lo dicho. Me lo pensaré.

Lo digo con mucha seguridad y con toda la confianza del mundo y me giro para alejarme del lugar y de ella sin dejarle decir nada más. Camino directa al coche y siento cómo el frío vuelve a mi sistema. Me acomodo la chaqueta y es cuando me doy cuenta de que no se la he

devuelto a Julia. Junto los dos extremos de la prenda bajo el cuello y respiro. Huele a ella y, por extraño que pueda parecer, no me desagrada. En absoluto.

Dejo las cervezas sobre la mesita baja del salón y recupero mi asiento mientras Fran sigue contándole a Pilar la cita del día anterior. Es la segunda vez que escucho la historia ya que, cuando llegué a su casa antes que ella, me lo contó todo a mí sin tener el suficiente autocontrol de esperarse y contarlo sólo una vez en cuanto viniese nuestra amiga.

Me alegro por él. Y mucho. Observo su ilusión en su mirada y en sus palabras pero no consigo concentrarme del todo. Mi mente está en otro lugar. En aquel ascensor. En el banco del parque del día anterior. En Paola.

Volví a besar sus labios de nuevo y, joder, fue increíble. Jodidamente increíble.

Siento pequeñas descargas por todo el cuerpo en cuanto pienso en ello y en cómo ella se unió al beso y no se despegó hasta que fuimos interrumpidas.

Escucho un grito contenido de emoción que me saca de mis recuerdos y, al enfocar la vista, Pilar se lanza y abraza a Fran, provocando que él se deje caer hacia atrás en el sofá.

—Me alegro muchísimo por ti —dice ella antes de dejar un sonoro beso en la mejilla de mi amigo—. Ojalá haber estado allí para conocerlo. Me muero de ganas.

—A la próxima vez te invitaré a ti —asegura él—. Ya que mi compañera, misteriosamente, me dejó tiradísimo y ni siquiera me avisó.

Clava la mirada en mí y, acto seguido, Pilar también.

—Me surgió algo —digo con tranquilidad.

—¿Te surgió algo? —cuestiona Fran—. Te invité por si necesitaba tu apoyo.

—Esa invitación fue una tontería —señalo—. Ambos lo sabemos. Hasta la señora que vendía castañas se dio cuenta de ello —bromeo y Pilar se muerde el labio para no reírse—. No ibas a necesitar mi apoyo en ningún momento. Cris y tú encajáis a la perfección.

Intenta mirarme con desaprobación, pero le resulta imposible. Decirle que encaja a la perfección con su nuevo amor le ha hecho demasiada ilusión.

—No actuaste como una buena amiga, que te quede claro —apunta Fran.

—¿No actué como una buena amiga? —cuestiono sonriente—. Yo creo que sí —aseguro muy convencida—. Os dimos espacio. Es justo lo que queríais.

Su sonrisa aumenta y frunzo el ceño. No sé qué he dicho que le resulte tan gracioso.

—¿De qué te ríes? —suelto algo molesta y hasta Pilar lo mira sin entender qué está pasando.

—¿Os dimos espacio?

Suelta la pregunta en un tono divertido y es entonces cuando me doy cuenta de que he usado el plural en mi justificación. Me bofeteo mentalmente e intento buscar alguna palabra que me salve de mi propia encerrona. No creo estar preparada para hablar de lo que ocurrió el día anterior con Paola. Aún ni siquiera me ha dado tiempo de procesarlo. Pero tengo que decir algo, lo que sea.

—Paola y yo llegamos a la conclusión de que nuestra presencia sobraba.

—¿Paola? —cuestiona Pilar.

—Es la mejor amiga de Cris —aclara Fran.

—Hostia puta, tremenda coincidencia.

Y sí. Eso mismo digo yo. Será que no hay personas en el mundo para ser la mejor amiga

del nuevo novio de mi amigo. Pero la vida es así de caprichosa. Aunque bueno, mirándolo con perspectiva... A mí no me ha venido tan mal la situación. Me ha permitido acercarme a ella, conocerla mejor.

—Y cuéntanos, ¿dónde acabaste? —pregunta mi amigo.

—Me fui a tomar un café.

Le digo la verdad, aunque sólo sea a medias y siento que me examina a conciencia. No sé qué pretende con todo esto, pero empieza a ponerme algo nerviosa.

—¿A dónde?

Insiste y Pilar nos mira de forma intermitente como una simple espectadora.

—¿Qué más da?

Le devuelvo una pregunta intentando parecer desinteresada, pero creo que no funciona. Nada de nada. Se adelanta un poco en el sofá y apoya los brazos sobre sus piernas mientras entrecierra los ojos.

—¿Qué ocultas, Julia?

—¿Qué demonios voy a ocultar? —cuestiono a la defensiva.

—Ocultas algo —señala Pilar, apoyándole, y mi mirada viaja hasta ella—. Ocultas algo —insiste.

Dejo de mirarles y me inclino para coger mi botellín de cerveza y dar un trago con la absurda idea de que se olviden y me dejen tranquila. Pero todos en esa sala sabemos que eso no va a suceder. Hasta la vendedora de castañas lo sabe. Así que dejo la bebida sobre la mesa y suelto aire resignada.

—Invité a Paola a tomar café y estuvimos charlando un rato en un parque cercano —confieso y ambos sonríen—. ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema con eso?

Levantamos las manos a la vez en una perfecta coreografía y yo rezo internamente para que la conversación muera ahí.

—¿De qué hablasteis? —pregunta Pilar, tomando ahora el mando.

—De lo pesada que eres.

Ella responde haciendo una mueca con la cara y levantándose el dedo corazón.

—Tuvo que ser un tremendo desastre como para que no quieras hablar de ello —señala Fran.

Sonrío irónica y me muerdo el labio inferior. Me está retando, lo sé. Pero no sé si quiero hablar del nuevo beso que nos dimos y, desde luego, no voy a contarles lo que Paola me confesó. Haber perdido a un ser querido tan cercano tiene que ser horrible. En un primer momento me sentí desubicada y con ganas de marcharme por perder el control de la situación, pero no lo hice. Me quedé porque así lo sentí. Porque quería estar ahí con ella y apoyarla y consolarla. Era lo mínimo que podía hacer.

—Hablamos de vosotros dos —comento para dar un giro a la conversación y, por cómo me mira, creo que lo he conseguido—. De la pareja del año.

Me hago de rogar y me tomo mi tiempo para volver a dar un trago a mi bebida mientras siento los ojos de mi amigo clavados en mí. Saboreo el líquido, miro el botellín y me pongo a leer la etiqueta como si ahí estuviera escrita la cosa más interesante del mundo.

—Joder, Julia —protesta y me hace sonreír.

—¿Ocurre algo? —pregunto divertida.

Fran me mira con una ceja alzada y los labios de Pilar se curvan en una sonrisa.

—¿De qué hablasteis? —insiste.

—Poca cosa —respondo con tranquilidad—. Al parecer es un buen chico.

—¿Y ya está?

—No te lo tengas tan creído —apunto—. No eres el centro de todas las conversaciones. Resopla frustrado y se echa hacia atrás en el sofá, dándose por vencido.

—¿Y qué pasó con Paola?

La nueva pregunta de Pilar hace que mi plan de distraerles se rompa por completo.

—¿Qué pasó de qué?

Le devuelvo una pregunta para ganar tiempo, pero veo en la mirada de mi amiga que está dispuesta a batallar hasta conseguir toda la información que quiera.

—Lo último que sabemos es que ella te besó —dice—. No, espera. Que os besasteis —señala—. Ay, no. Perdón. Que tú la besaste.

Recalca su frase final y hasta yo tengo que contener la sonrisa. Su aportación ha sido buena. Muy buena.

—Nos volvimos a besar. ¿Estáis contentos ya?

Lo acabo confesando y en sus rostros veo el claro reflejo de la satisfacción.

—Pero os besasteis a la vez o... —comenta Fran.

—Yo la besé.

Corto sus palabras y ambos sonríen divertidos.

—¿Y esta vez te abofeteó? —pregunta Pilar.

—Claro que no —respondo con el ceño fruncido—. Me devolvió el beso.

—Está claro que del odio al amor solamente hay un paso —señala ella.

—Julia nunca ha odiado a Paola —apunta mi amigo—. Todo era más bien fruto de la frustración que sentía ante su rechazo.

—¿Llamamos rechazo al hecho de que Paola no sabía que, supuestamente, la había besado a ella? —cuestiona Pilar—. Ya que, en realidad, besó a su prima.

—Así es —zanja Fran.

Miro a ambos con los brazos cruzados a la espera de que terminen su debate improvisado.

—Sabéis que estoy aquí, ¿verdad? —suelto tras ver que parecen tener ganas de seguir conversando sobre el mismo tema.

—No te enfades —me pide Fran—. Sabes que tengo razón.

—No tienes ni idea.

—¿Estás segura?

Le agunto el reto de miradas durante unos segundos muy largos y que parecen eternos, pero al final acabo cediendo y soy yo la que agacha el rostro. Escucho, de forma inmediata, una carcajada y, al alzar el rostro, observo cómo mi amigo se recoloca mejor el sofá extendiendo ambos brazos sobre el respaldo. Hago una mueca con la cara y me levanto con la excusa de ir al baño, ya que no me apetece sentir que siguen atacándome. Aunque es posible que Fran tenga razón. Y también es muy posible que yo nunca, jamás, se lo confiese.

Dejamos las tazas de café sobre la mesa y nos sentamos mientras yo espero a que Cris diga algo sobre la quedada del día anterior. Llegó hace una media hora y solamente hemos estado hablando de temas sin importancia. Sé está guardando lo importante para el momento que él decida y eso me pone un poco de los nervios. Pero sé controlar mis emociones y hago que no se me note.

Mi amigo decide alargar un poco más el momento probando la cafeína que acabamos de preparar y yo, tras echarle una mirada algo intensa que él no percibe, imito su acción.

—¿Qué tal el libro? —pregunta interesado e inclinando la cabeza hacia el ejemplar que tengo justo en la esquina de la mesa—. ¿Te está gustando?

—No está mal.

Finjo desinterés. No voy a darle el gusto de confesarle que estaba en lo cierto y que estoy disfrutando de esa comedia romántica. Tampoco le diré que me quedan apenas un par de capítulos pero que me da pena acabarlo y que anoche además no tenía la mente para ello. Mi cabeza decidió estancarse en repetir, una y otra vez, el nuevo beso compartido con Julia en el banco de aquel parque.

Sonríe por algún extraño motivo. Quizás ha sacado alguna conclusión sólo con examinar mi rostro. Pero lo dudo. Aún así decido finalmente actuar y tirar yo misma de la conversación.

—¿Qué tal fue la cita?

—¿Qué cita? —cuestiona y yo frunzo el ceño—. Ah, sí. Esa cita en la que me dejaste tirado —dice con ironía.

—No te pongas dramático —le pido y él entrecierra más los ojos—. Os vi muy bien, así que pensé que lo mejor sería dejaros a solas.

Le explico mi punto de vista, pero no parece del todo convencido, ya que su gesto sigue siendo el mismo.

—¿Qué parte de que os vi muy bien no has entendido?

Repito la misma idea, su rostro se relaja un poco y alza la barbilla muy orgulloso y dolido. Pero es todo fachada. Su media sonrisa contenida le delata.

Se inclina para coger su taza de café y dar un sorbo y vuelve a hacerse el interesante tomándose todo el tiempo del mundo.

—¿Vas a seguir ofendido o me vas a contar ya qué tal fue?

Se lleva una mano al pecho y me mira con intensidad.

—A veces eres muy dañina —dice, atacándome.

—Supongo que he aprendido muy bien de ti.

Abre la boca sorprendido y gesticula con los labios un «mala» que me hace sonreír.

—Voy a ignorar tu comentario porque soy una persona maravillosa —señala.

—Yo diría más bien que ignoras mi comentario porque te mueres de ganas de contármelo todo.

Me dedica una sonrisa forzada cargada de ironía y se acomoda mejor.

—Estuvimos paseando, nos echamos unas cuantas fotos, me invitó a un gofre y me regaló este collar —dice mientras se saca la cadena de dentro del jersey para mostrarme el colgante con forma de copo de nieve.

—Es bonito.

—¿A qué sí? —pregunta ilusionado mientras acaricia la pieza—. Es tan atento y simpático —dice ilusionado—. Y guapo. Muy guapo —recalca—. Creo que es el hombre de mi vida.

—¿Por regalarte un collar? —cuestiono—. Fuertes declaraciones.

Me regala un empujón y ambos acabamos sonriendo.

—Me alegro por ti —digo de corazón y él se lanza para rodearme en sus brazos.

Dejo que me apriete un poco y, tras unos segundos, le empujo con suavidad para hacerle ver que ya es suficiente.

—¿Y tú qué tal? —pregunta—. ¿Por qué desapareciste? ¿Dónde fuiste?

—Yo bien —respondo con tranquilidad antes de dar un sorbo a mi café—. Os vi tan bien que decidí marcharme.

—¿A dónde? —insiste.

—A casa.

—¿Y antes de ir a casa?

—¿Alguna vez te he comentado lo pesado que eres?

Intento esquivar su pregunta, ya que no sé mentirle y no sé si me apetece hablarle de aquella quedada improvisada con Julia.

—Un par de veces en semana —responde él—. Pero, como ves, no me importa.

Me mira muy atento y sé que, tarde o temprano, me sacará toda la información que quiera. Así que decido no alargar más el momento.

—Digamos que Julia me invitó a un café.

—Y digamos que tú aceptaste —comenta sonriente.

—No tuve otra opción.

—Claro. Seguro que te apuntó con una pistola.

Sigue sonriente y yo alzo una ceja. Eso de sentir que lleva el control de la conversación no me gusta.

—¿Y qué tal fue ese café?

Respondo con un simple «bien», ya que prefiero ocultar lo mucho que me sorprendió Julia sabiendo, exactamente, cómo tomo dicha bebida. Y también prefiero mantener en secreto ese nuevo beso que me dio y que yo no dudé en seguir. Aunque, lo más significativo de la tarde fue haber hablado con ella de mi hermana y haberme expuesto de esa forma.

—Estoy esperando que desarrolles ese «bien».

Intento mantener ese descontrol de información retenida en mi cabeza, pero mi cuerpo parece tener otra opinión y me muevo inquieta y me echo el pelo hacia atrás mientras suelto un significativo resoplido.

—¿Tan mal fue? —cuestiona—. No me digas que le tiraste el café encima, Paola —apunta—. Es la mejor amiga de mi novio. Tienes que comportarte.

—¿Novio? ¿Ya es oficial? —cuestiono y ambos sabemos que lo hago para ganar tiempo.

—¿Es que no sabes comportarte?

Me lanza la pregunta, ignorándome y empieza uno de sus típicos monólogos. Habla de que debo dejar esos roces con ella y hace hincapié en que soy una persona adulta y madura. Y no dejo que siga atacándome verbalmente, acabo soltando la bomba.

—Me besó.

Gira el rostro, me clava la mirada y parpadea muy lentamente.

—¿Te besó? —repite y yo asiento con la cabeza—. ¿Te besó otra vez?

Suelto aire de forma pesada y él sonríe.

—¿Esta vez también lo hizo para que cerraras el pico? —cuestiona divertido.

—No lo sé. No me dijo nada al respecto. Y no quieras sacar más información porque no la hay —señalo—. Cortaste el beso y ya después me fui a casa.

—Espera —me pide y pone una mano sobre mi brazo—. ¿Corté el beso? —cuestiona—. ¿Yo corté el beso?

Insiste y le alzo una ceja mientras le miro con toda la intensidad que puedo reunir. Odio que repita las cosas y, peor, que me las haga repetir a mí.

—¿Me estás diciendo que Julia te besó por segunda vez y no le paraste los pies?

Me quedo mirándole en silencio y no sé qué decirle. Y supongo que él me lee perfectamente, ya que ni espera a que pronuncie una sola palabra.

—Joder, Paola. Esto sí que no me lo esperaba. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué voy a hacer de qué?

—Pues con Julia —responde como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Supongo que

tendréis que hablar.

—O no.

—¿Cómo que no? —cuestiona con rapidez.

—Solamente fue un beso.

—Fue un segundo beso —señala—. Hay bolleras que por menos se han ido a vivir juntas.

Sonrío y, milagrosamente, parece querer dejar el tema aparcado, ya que vuelve sobre el tema inicial y me comenta algo relacionado con su cita con Fran. Asiento mientras le escucho, pero en realidad no lo hago. Sé que va uniendo palabra con palabra, pero mi cabeza se marcha lejos, concretamente a ese momento vivido con Julia la tarde anterior.

13

Hace tres días que besé a Paola. Y hace tres días también que ella me devolvió el beso. Setenta y dos horas en las que mi mente ha decidido concentrarse en un mismo tema. En ella. Exclusivamente en ella y en esa sensación tan agradable que volví a experimentar cuando uní mis labios con los suyos. Fue la segunda vez que la besé y fue incluso mejor que la primera vez.

—Oye, ¿qué te pasa?

Pestaño en cuanto Pilar chasquea los dedos delante de mis narices tras soltar esa pregunta y parpadeo varias veces para volver a la realidad y alejarme de esos recuerdos tan altamente llamativos.

—Estás más ausente de lo normal —aclara.

—Estoy trabajando.

—¿Mirando a la nada? —cuestiona—. Somos dos en la caja y solamente estoy atendiendo yo.

—Me agotas.

Me giro, cortando ahí la conversación, y finjo que me ocupo de un par de documentos.

—¿Acaso estás nerviosa por el amigo invisible?

Muevo la cabeza lo suficiente para clavarle la mirada y ella sonríe.

—Está bien —dice risueña—. Pero, ¿no tienes curiosidad por saber a quién le has tocado?

—Ninguna.

Contesto antes de volver a los papeles y siento cómo se acerca un poco más para poder observar mi rostro en todo momento.

—Igual le has tocado a Paola.

Lo deja caer y yo vuelvo a mirarla.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que igual le has tocado a Paola —repite—. Yo creo que es una frase muy simple de entender.

Le dedico una mueca, ella vuelve a sonreír y yo intento volver a hacerle creer que estoy ocupada. Pero mi poder de convicción no parece estar hoy operativo.

—¿Has hablado con ella?

No levanto la vista. Sé a quién se refiere. Así que niego con la cabeza.

—¿Y a qué esperas?

Sigo sin prestarle atención, aunque la esté escuchando perfectamente y ella decide empujarme con la cadera al darse cuenta de que la estoy ignorando.

—No me puedo creer que, de golpe, te hayas convertido en una cobarde.

—¿Y por qué soy cobarde?

—Por no querer hablar con ella.

—No tienes ni idea —protesto—. No tengo ningún problema en hablar con ella —aclaro—. Pero no he tenido la oportunidad. Eso es todo.

—¿No has tenido la oportunidad? —cuestiona muy sonriente—. Trabajáis en el mismo sitio. En el mismo turno —recalca—. Y también compartís el trabajo extra de Navidad.

Abro la boca para querer decir algo, pero mi mente parece haberse tomado un descanso y

me anula como persona sin importarle el ridículo que estamos haciendo.

—Si no eres una cobarde, habla con ella —repite—. La tienes justo ahí.

Señala con la cabeza una de las zonas que tenemos justo delante. Paola acaba de aparecer. Lo sé porque no la he visto en toda la mañana y alguien me ha informado que se estaba dedicando a comprobar que todo estaba en su sitio.

Aparto los ojos y, cuando miro de nuevo a Pilar, la muy tonta está sonriendo. Me reta con la mirada y no me queda más remedio que enfrentar la situación.

Tomo aire, lo suelto de golpe y empiezo a caminar sin pensarlo más. Paola está de espaldas e ignora la situación y eso me permite acercarme a ella con más tranquilidad. Camino algo más despacio al darme cuenta que la distancia entre nosotras se está reduciendo y no tengo palabras pensadas para comenzar la conversación. Puedo aprovechar y preguntarle por su amigo, ya que nuestro encuentro se debió a la cita entre Cris y Fran. También puedo bromear con el hecho de que se llevase mi cazadora. O sacar a relucir que me debe un café. Y lo mejor de todo sería ser valiente y hablar directamente del beso que nos dimos. Pero, en cuanto se gira y nuestras miradas conectan, llego a la conclusión de que Pilar es la persona más sabia del planeta Tierra y que tiene toda la razón del mundo. Soy una cobarde. Una gran cobarde.

—¿Qué tal? —pregunto ante el silencio y me dan ganas de abofetearme.

—Bien —responde con una sonrisa—. ¿Y tú?

—Bien. Bien. Bien.

Repito la misma palabra tres veces y sus labios se curvan un poco más mientras yo me apunto mentalmente el insultarme cuando esté a solas en casa.

—Me alegro —dice.

—Yo también —suelto—. Me refiero a que me alegro por ti también.

Asiente sin perder la sonrisa y yo busco con la mirada una escapatoria. Pero mis ojos se cruzan con los de Pilar, que nos mira muy atentamente, y no me queda más remedio que permanecer en la escena.

—Me llevé tu cazadora.

—Sí, lo sé —comento con rapidez y le agradezco en silencio que tire de la conversación—. Espero que cumpliera su función.

—Sí. Me acompañó hasta llegar a casa —dice—. Pero se me ha olvidado traerla, así que sigue allí.

—No pasa nada.

—¿Me la regalas?

—No. De eso nada —respondo con rapidez y ella me regala una radiante sonrisa—. Le tengo cariño.

—Tranquila. Sólo era una broma.

Sonríe e intento que no sea forzado. Y no es que me esté molestando su presencia o la conversación, tal y cómo hubiese ocurrido tiempo atrás, es sólo que los nervios no me dejan actuar con total normalidad y me siento bastante torpe e inútil.

—Te la traeré mañana. Espero que no se me olvide.

—O también puedo ir a tu casa —digo ofreciéndole otra alternativa—. Vivimos cerca —le recuerdo y veo en su rostro reflejada la duda—. Olvídalo. No pasa nada.

Vuelvo a forzar otro intento de sonrisa y ella me mira durante unos segundos, que me parecen eternos, hasta que dice algo.

—Creo que sé a quién le has tocado en el amigo invisible.

Agradezco que, tras mi propia invitación a su casa, siga hablándome con normalidad.

Con esa normalidad que parece haberse instaurado entre nosotras tras aquel tiempo compartido en el ascensor.

—Te lo agradezco, pero no es algo que me interese mucho, la verdad —confieso.

—¿No te hace ilusión? —cuestiona y yo niego con la cabeza.

—¿A ti te hace ilusión el tuyo?

Le devuelvo la misma pregunta y me fijo en que intenta contener la sonrisa. Sabe que su regalo vendrá de mí, yo misma se lo confesé.

—No es algo que motive mis días —comenta—. Pero, es posible, que este año tenga un poquito de curiosidad.

Dibujo una sonrisa controlada en mis labios y ella se queda en silencio, observándome. Seguramente espera que diga algo más. Y yo le lanzo la orden a mi cerebro, pero parece estar mucho más entretenido analizando cada centímetro de su rostro e intentando descubrir si hay algún detalle que, anteriormente, me haya perdido.

—Creo que deberíamos volver al trabajo —dice en un tono amable.

—Es lo correcto, aunque no me apetezca nada.

Vuelve a sonreír con mi comentario y, justo en ese momento, descubro lo mucho que me gusta provocar ese estado en ella. Las sonrisas le sientan de maravilla.

Se gira para seguir con su labor y yo me tomo unos segundos para analizar la situación y lo que me está pasando. Y, aunque intento justificarme y negarlo, no me queda más remedio que asumirlo. Engañarse a una misma es algo completamente absurdo. Pero, hace unas semanas, también lo era el hecho de pensar que mi mente priorizaría todos los momentos vividos con ella.

Tomo aire, lo suelto lentamente y susurro un «joder, Julia, estás muy jodida» antes de retomar el camino de vuelta a mi puesto de trabajo.

Gloria está en el centro de la sala de trabajadores comentando algo sobre la entrega del amigo invisible tremendamente ilusionada. Diría que es la que más disfruta del acontecimiento. Aunque, tal y cómo le he dicho a Julia, este año tengo curiosidad. Quiero saber que me ha regalado.

Giro el rostro un poco para poder encontrarla en la sala y la veo al fondo hablando en voz baja con Pilar. Nuestras miradas se encuentran justo después y yo, de forma involuntaria, le sonrío. Me devuelve el gesto y, durante unos segundos, me quedo enganchada a la curva que se dibuja en sus labios.

Me recompongo rápido. O eso es lo que yo creo.

Decido centrarme en nuestra jefa que, tras su discurso, nos anima a acercarnos a la mesa para coger el regalo que nos pertenece. Ella ha sido la que se ha encargado de todo, así que me toca dar unas vueltas y rebuscar hasta dar con el mío. Y no quiero ser egocéntrica, pero juraría que Julia está pendiente de todos y cada uno de mis movimientos.

Me aparto un poco para tener algo de espacio y rompo el papel de la caja para descubrir una taza con forma de perro. Sonrío porque me parece graciosa y muy propio de Julia. A ella tampoco le hacen ilusión estas cosas, así que no esperaba mucho, la verdad.

—Veo que seguiste mi consejo —dice Julia justo a mi lado—. A Pilar le ha encantado su regalo.

Busco a nuestra compañera con la mirada y descubro que, en efecto, parece estar muy ilusionada con el kit de fabricación de velas que le he regalado.

—¿Seguí tu consejo? —cuestiono.

—Así es —afirma—. Te dije que le encantaban las velas y las manualidades.

—Pero en ningún momento me dijiste que le comprase eso —señalo y a ella se le escapa una sonrisa.

—No hay que ser la persona más lista del mundo para unir ambas cosas.

—Aún así, a ti no se te ocurrió.

Se queda mirándome y yo espero que me devuelva algún comentario, pero creo que la he dejado sin palabras.

—¿Qué te han regalado? —pregunto curiosa.

—Una carterita —contesta antes de mostrármela para que la vea—. Supongo que alguien ha visto que la mía era un desastre y decidió hacer una labor social.

Bromea. Yo sonrío y, joder, cómo me gusta nuestra nueva forma de relacionarnos.

—Ha sido Carlos —confieso el nombre de nuestro compañero y ella me mira curiosa—. Y es posible que yo le echase una mano. Así que, de nada.

Sus labios se curvan un poquito más y mi cuerpo reacciona de igual forma.

—¿Qué te parece tu regalo? —pregunta mirando la taza que ella misma me ha regalado y que aún tengo en las manos.

—Es bonita.

—¿Sólo bonita?

—Y algo grande —señalo—. Me vendrá bien para las galletas.

—Supongo que tampoco se le puede pedir mucho más a una taza.

—Creo que supones bastante bien —comento—. Pero sí, al menos es bonita. El resto de mis tazas sentirán envidia.

Se muerde el labio inferior y sé que lo hace para controlar la sonrisa. Me gusta poder bromear con ella así, que no sea todo un tira y afloja que acaba en drama o en algún ataque algo hiriente.

—Sé que no es el mejor regalo del mundo —dice—. Pero...

—Para —digo, frenándola—. Esto es sólo un detalle. No tienes que justificarte por ello.

—Pero tu detalle para Pilar ha sido mucho mejor.

—Y eso espero que te deje muy claro que yo soy mejor que tú teniendo detalles.

Bromeo con ella para hacerle ver que no debe darle vueltas a ese tema. Realmente hacemos el amigo invisible porque nos sentimos presionados por el espíritu navideño de nuestra jefa.

—Espero que a Pilar no se le ocurra la idea de invitarme a hacer velas con ella.

—Espero que seas lo suficientemente fuerte para no sucumbir.

—Pues más te vale que así sea —señala—. Si yo caigo, tú caes. Te haré venir con nosotras —aclara—. No creas que te vas a librar cuando tú vas a ser la futura culpable.

Vuelvo a sonreír y niego con la cabeza, pero en ningún momento me salen palabras para rechazar el posible plan que me ha planteado. Pilar nunca me ha caído mal y Julia... Bueno, digamos que nos estamos redescubriendo y su nueva versión actualizada, por ahora, no me genera ningún repudio.

Nos quedamos en silencio, supongo que ninguna de las dos sabemos qué decir. Pero no se siente incómodo, algo que pensé que ocurriría tras el segundo beso que nos dimos.

—He quedado a comer con Cris —le informo.

—Yo con Fran. Igual en un futuro podemos quedar a comer los cuatro juntos.

Suelta esas palabras de forma natural y en mi cabeza empiezan a juntarse imágenes de las dos parejas compartiendo tiempo y espacio. Un café. Una cena en un bonito restaurante. Un

picnic en la playa. Eso significaría que Julia y yo nos acercaríamos más y, aunque mi yo del pasado fliparía con la situación, pensar en ello no me produce urticaria.

—¿Haces algo esta noche? —le pregunto y hasta yo me sorprendo de mis propias palabras—. Lo digo porque igual quieres comprobar por ti misma que la taza que me has regalado es la mejor de mi estantería.

—No. No tengo nada —dice—. Creo que podría pasarme después de pasar toda la tarde aguantando niños disfrazada de Papá Noel.

—Es sólo si te viene bien. No quiero que sea una molestia para ti —señalo divertida.

—No, tranquila. No será un problema.

Lo dice con un toque de altanería y, hasta ese tono tan propio de ella y que tan molesto me resultaba, tampoco me desagrada.

—He llegado a la conclusión de que has sido tú la que me ha hecho el regalo —dice Pilar, apareciendo a nuestro lado y rompiendo la escena—. Gracias. Has acertado por completo —asegura.

—Me alegra que te guste.

—Me encanta —enfatisa—. Ya tengo plan para este fin de semana.

Siento que la tensión se adueña de Julia y yo me muerdo el labio para contener la risa. Algo que no voy a poder controlar si Pilar, finalmente, la invita a hacer velas.

—A mi ni me mires —pronuncia Julia al sentir los ojos de su amiga clavados en ella—. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —cuestiona Pilar con rapidez—. ¿Rascarte la barriga y comer gorrinadas mientras pones cualquier cosa de fondo en la televisión?

—Me parece mejor plan que el tuyo, la verdad —responde la aludida.

Observo cómo Pilar empuja a Julia con la cadera y yo aprovecho el momento para sonreír sin problema. No quiero que piensen que me estoy riendo de ellas.

—¿Por qué no invitas a Paola? —pregunta Julia, pasándome la pelota y haciendo que la sonrisa desaparezca de mis labios de forma inmediata.

—Imposible —respondo con rapidez—. He quedado con Cris.

Ni siquiera sé si a Pilar le apetece mi compañía, no sé su opinión. Nunca hemos tenido un momento juntas. Nunca hemos compartido una escena, ni siquiera un café. Pero no quiero arriesgarme.

—No pasa nada. Tengo a Lorena.

—Pobre Lorena, lo compadezco —suelta Julia.

—Estoy aquí. Te estoy oyendo perfectamente.

Julia se ríe y le lanza un beso al aire a Pilar y ella, en lugar de devolvérselo, le muestra el dedo corazón antes de darse la vuelta y marcharse.

—Mujeres. No hay quien las entienda.

Tras decir esa frase, Julia sigue el camino marcado por su amiga y se marcha también de la sala de trabajadores. Sigo con la mirada sus pasos y no se la aparto de encima hasta que desaparece.

Resoplo y me paso una mano por la cara antes de susurrar un «mierda». Estoy perdida. Estoy jodidamente perdida.

Mentiría si dijese que no estoy nerviosa. Ni siquiera he sido capaz de articular más de cuatro palabras seguidas esta tarde con ella mientras trabajábamos entre niños y sus deseos para Navidad. Y no debería sentirme así, desde luego que no. Yo misma le propuse pasar por su casa para recoger mi chaqueta, cosa que quedó totalmente aparcada ante su falta de invitación. Por eso, en ningún momento, esperé que al final aceptase y que fuese ella misma la que lo propusiera con la excusa más tonta del mundo.

Compruebo en el móvil las indicaciones que me ha dado. Recuerdo el sitio en el que vive ya que, cuando nos llevábamos cordialmente, la dejé alguna vez en el portal después de trabajar, pero no sabía su piso. Nunca llegue a subir. Quizás por eso los nervios son un poco más llamativos. Intento controlarlos mientras tarareo una canción inventada y pienso en la posibilidad de que, a última hora, se arrepienta. Podría incluso entenderlo perfectamente. Hasta hace unas semanas había una tensión bastante incómoda entre nosotras. No a todo el mundo le apetecería meter un problema así en casa. Pero cuando toco en el telefonillo del portal todas esas posibilidades se rompen por completo y acaban en lo más hondo de mi mente cuando Paola responde con tranquilidad y me abre la puerta. Subo al ascensor sin dudar y sonrío al recordar que, debido a un espacio muy parecido, nuestra relación se relajó y empezó a cambiar. No sé a qué lugar nos llevará todo esto pero, por el momento, no estoy dispuesta a frenar mis pasos.

Me muevo para sacudir el cuerpo y alejar el nerviosismo que aún me recorre y recorto la distancia que me separa hasta su puerta. Toco el timbre, espero impaciente y decido realizar respiraciones profundas para estar preparada en cuanto aparezca en mi campo de visión. Por alguna extraña razón su mirada está consiguiendo que me quede inmóvil delante de ella, como si la mismísima Medusa hubiese clavado sus ojos en mí.

—Hola —dice en cuanto me abre—. Adelante.

Le regalo una cordial sonrisa que ella me devuelve de forma inmediata y se echa a un lado para dejarme pasar.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta curiosa y señalando el par de bolsas que llevo en una mano.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un tanto impaciente? —cuestiono—. ¿Qué tal estás? Bien, gracias.

Me pregunto a mí misma y me respondo y su sonrisa crece un poquito más.

—Nos acabamos de ver hace menos de una hora —me recuerda antes de cerrar la puerta—. No seas dramática.

—El drama es la esencia de la vida.

Niega con la cabeza y me invita con la mano a que continúe por el pasillo. Me guía hasta el salón y yo examino todo el lugar sin importarme lo que pueda pensar. Es su espacio. Así que aquí dentro debe de haber mucho contenido para conocerla un poco más. Observo una mesa baja y un sofá justo frente a ella. Un mueble con la televisión y, al otro lado, una gran librería bastante llena. Un par de cuadros de paisajes decoran las paredes y poco más.

—¿Puedo dejar esto sobre la mesa? —pregunto a la vez que alzo las bolsas.

Ella asiente y yo avanzo para realizar dicha acción.

—He traído la cena —confieso desvelando parte del misterioso contenido—. No sé qué

tal te viene.

—¿Y ahora te preguntas qué tal me viene? —cuestiona sonriente—. Igual deberías haberme avisado antes.

—Entonces no habría sido una sorpresa —señalo—. Así que supongo que ya me debes un café y una cena.

Suelto la frase con toda la seguridad del mundo, aunque también siento cómo el corazón empieza a latirme algo más rápido ante la incertidumbre de una negativa o un rechazo. Quizás he ido demasiado lejos. Pero ella sólo se dedica a sonreírme y eso hace que pueda relajarme. Al menos no me ha mandado de una patada a mi casa.

—¿Y qué has traído de cena? —me pregunta.

—Es comida china.

—¿Y si te digo que no me gusta? —cuestiona.

—A todo el mundo le gusta la comida china —respondo muy convencida—. Además, ya sé que te gusta.

Inclina el rostro y me mira con el ceño ligeramente fruncido.

—Hace tiempo tuvimos una reunión en el trabajo y acabamos todos comiendo comida china —le aclaro.

—Vaya, veo que te fijas en los detalles.

—Tengo buena memoria —alardeo.

Decide no hacer ningún comentario y me deja sola en el salón tras decirme que va a traer los cubiertos. Aprovecho la ocasión para analizar mejor el espacio, pero esta chica es imposible. Parece el lugar más impersonal del mundo. Avanzo hacia su colección de libros y, como no soy lectora, me siento totalmente desubicada. Si encontrase pasión en las letras quizás hubiese sacado algo de información gracias a las historias que ha leído. Pero no es el caso. Pienso rápido y se lo agradezco a mi mente al darme la opción de sacar una foto y poder analizar esos títulos después. Aunque el plan tampoco funciona, ya que tengo que dejarlo aparcado en cuanto empiezo a escuchar los pasos de Paola volviendo al salón.

—Está casi todo —dice tras dejar los platos y los cubiertos sobre la mesa—. Voy a por algo para beber.

Me informa y esta vez decido acompañarla. No dice nada al respecto, así que entiendo que no le molesta que siga invadiendo un poco más su espacio.

La cocina es una cocina normal. Sin nada que destacar. Aunque ya era consciente de que de este lugar no iba a sacar nada de información. No es que me fuese a encontrar su diario abierto sobre la formica.

—¿Y tu colección de tazas? —pregunto al recordar el motivo por el cual estoy en su casa.

Me mira y se le escapa una sonrisa antes de caminar directa hacia un armario y abrirlo.

—Dos. ¿Tienes dos tazas? —cuestiono.

—Tenía —responde—. Ahora tengo tres —dice y señala la que le he regalado por el amigo invisible que está un poco apartada.

—¿Y por qué escondes la mía?

—No la escondo. Sólo está resguardada —aclaro—. Es demasiado bonita como para ponerla al alcance de Cris.

Sonrío ante sus palabras y ante el gesto que ha tenido de buscar un mejor sitio para mi regalo. Y también por caer en la cuenta de la tonta excusa que se buscó para invitarme a su casa. Pero no pienso decirle nada al respecto. No sé cómo de estable está nuestra nueva forma de relacionarnos. No quiero cagarla.

La acompaño de vuelta al salón en cuanto coge un par de refrescos y me siento en el sofá después de que ella me lo pida. Saco los recipientes de comida mientras ella me observa y yo empiezo a sentir que hasta el pulso me tiembla. Aún sigo sin entender por qué mis nervios van y vienen ante su presencia.

—Espero que te guste —digo para intentar concentrarme en algo. Lo que sea.

—La comida china le gusta a todo el mundo.

Repito la frase que yo misma he dicho hace unos minutos y me hace sonreír.

—Pues listo. Adelante.

La animo a que empiece a comer y es mi turno de observar cómo coge un poco de todo para ponerlo en su plato. La imito para obligarme a dejar de mirarla.

—¿Qué hay en la otra bolsa? —pregunta curiosa y yo vuelvo a sonreír.

Le clavo la mirada y ella hace lo mismo.

—¿Te interesa?

—¿Tú qué crees? —cuestiona.

—No sabía que eras una persona tan curiosa.

—Has traído dos bolsas a mi casa y no has querido decirme qué tenían en su interior —me recuerda—. Y visto que ya has sacado la cena... Es normal que me pregunte qué hay en la otra.

Justifica su respuesta y yo decido hacerme de rogar no respondiendo y llevándome algo de comida a la boca.

—¿En serio no me vas a decir lo que hay?

—Lo verás después de cenar —respondo con suma tranquilidad.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Entonces ya he terminado de cenar.

Sonrío y, aunque ella intenta aguantarse, sus labios también se curvan. Nos quedamos unos segundos mirándonos, pero ella vuelve a probar la comida, así que yo hago lo mismo mientras pienso en lo bien que se siente compartir un momento así con ella. Y también me castigo mentalmente por lo absurda que fui no habiendo sacado a la luz el tema del beso en su tiempo. Ahora tendríamos una colección de momentos así.

—¿Qué tal Fran? —me pregunta.

—Bien. Creo que bien.

—Cris parece estar bastante pillado por tu amigo —me confiesa.

—En ese sentido, Fran creo que también —aclaro—. Es posible que, ahora mismo, ya se hayan ido a vivir juntos.

Consigo que vuelva a sonreír y me quedo clavada mirando su perfil en cuanto decide dar un sorbo a su refresco. Es bastante cautivador, la verdad. Tanto que, en cuanto vuelve a mirarme, me quedo sin saber qué decirle. Y creo que hasta ella misma se da cuenta, ya que rompe el hielo tirando de la conversación.

—Es extraño —dice a media voz y no tengo que pedirle una aclaración. Ella misma continua—. Cuando descubrí que eras la mejor amiga de Fran me puse en lo peor —me confiesa.

—Es normal —aseguro—. Tenemos un pasado curioso.

Intento bromear y aunque sus labios se curvan solamente lo hacen un poco.

—Bastante curioso diría yo.

Y silencio. El lugar se inunda de un silencio atronador y yo empiezo a sentirme algo incómoda. Es por eso por lo que decido dar el siguiente paso.

—¿Y ahora qué piensas de la mejor amiga de Fran?

Me sale esa pregunta y, la verdad, no sé ni por qué. Todo puede romperse y saltar por los aires en un segundo.

—Pues diría que es un poco altanera, creída y un tanto presumida —dice y yo, de forma instantánea, alzo una ceja—. Pero creo que en el fondo no es más que una fachada —aclara y siento que el color de sus ojos se vuelve de un tono más intenso—. Y que, si se lo propone, puede ser una persona muy agradable, simpática y detallista.

—Vaya, la mejor amiga de ese tal Fran parece un partidazo.

Bromeo y disfruto de la sonrisa que me devuelve. Puedo sentir que quiere decir algo más, veo la duda en su rostro. Pero parece descartar la idea, ya que agacha el rostro y vuelve toda su atención a la cena. Y sí, tengo la opción de preguntarle directamente, pero una parte de mí me dice que aguante y que espere. No estaría bien empujarle a decir algo que ha preferido callarse. No cuando me he llevado unas palabras tan bonitas de su parte.

Jamás imaginé vivir un momento así con Julia. Aunque, para ser sinceras, tampoco imaginé que llegaría a invitarla a casa. Pero me apeteció y no puede negármelo. Y, ahora mismo tras haber compartido la cena y una conversación agradable con ella, me felicito. No fue una mala decisión. Gracias a ello estoy descubriendo a una Julia que no deja de sorprenderme.

—¿Dónde va esto? —me pregunta con un plato en las manos.

Señalo con la cabeza el estante que hay a un lado y lo guarda. No ha dudado ni un segundo en ofrecerse a ayudarme a recoger todo después de cenar. Algo de lo que mi antigua yo se hubiese sorprendido. Pero que mi yo actual lo ve bastante normal ahora que nuestra relación se ha vuelto mucho más relajada.

Me seco las manos y me permito observarla mientras termina de guardar los cubiertos. Tengo que reconocer que hoy va especialmente guapa. En su estilo. Vaqueros y sudadera. Pero el verde que ha escogido para la parte superior le sienta muy bien.

—Ya está todo.

Llama mi atención con esas tres palabras y descubro que me ha pillado realizándole ese análisis visual.

—Gracias.

Es lo único que me sale y ella hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Quieres saber ya que hay en la otra bolsa?

—¿Me estás vacilando?

Sonríe y toma la iniciativa para caminar de vuelta al salón, el lugar en el que la ha dejado. La sigo sin dudar, obviamente, y me siento a su lado en cuanto recupera su sitio en el sofá. Miro sus movimientos, sin perderme ningún detalle, y me sorprendo al descubrir lo mucho que me interesa lo que haya traído.

—Hay dos cosas —me dice sin perder la sonrisa—. Dime qué quieres.

—¿Qué tal ambas cosas? —cuestiono y su sonrisa crece un poco más.

—Lo suponía —asegura y me inclino un poco para ver qué va a sacar—. Eres increíblemente ansiosa —comenta al ver mi movimiento.

—Dámelo ya —exijo.

—¿O qué?

Me reta y pone esa expresión tan chulesca que le queda tan bien. Me mantiene la mirada y, sin pedirle permiso, mi mente me expone una opción que jamás hubiese imaginado. ¿Cómo de bien estaría retarle a que me bese de nuevo? No creo que sea algo que le incomode. Los otros dos

besos anteriores los ha iniciado ella.

—¿Te has quedado sin palabras?

Rompe el momento con esa pregunta y yo se lo agradezco en silencio. Me ha sacado de un bloqueo y de sentirme algo avergonzada tras proponerle un nuevo beso.

—Dámelo ya —repito y esta vez ella obedece.

Me entrega el primer paquete envuelto en un papel de regalo rojo con dibujos navideños y lo rompo un segundo después. Valoro el detalle de haberse tomado la molestia de envolverlo, pero me pueden las ganas de descubrir qué me ha traído.

—¿Es una caja de galletas? —pregunto dudosa tras ver el empaque, ya que el idioma que aparece en la caja es el alemán.

—Eso creo. No las he abierto, así que... Sólo espero que no te lleves una sorpresa.

—Gracias.

Observo la caja, es metálica y es muy bonita. La típica que, después de vaciarla, te quedas para guardar cosas en ella.

—¿Son las que te gustan? —pregunta y yo alzo el rostro—. Me dijiste que tus galletas favoritas eran alemanas. Y sé que debe de haber cientos, pero estas están rellenas de manzana, como dijiste, tenía buenas reseñas y la caja es muy bonita.

Recuerdo el momento en el que le confesé tal cosa. Esas horas compartidas en el ascensor. Lo que me sorprende es que ella retuviese dicha información en su mente y que, sobre todo, se haya molestado en intentar buscarlas y regalármelas.

—Es un detalle precioso —confieso con total sinceridad y su mirada se ilumina.

—Sólo es un detalle.

—Pues es un detalle increíble —aseguro—. Al final me vas a quitar el puesto de la persona que regala los mejores detalles.

Me sonrío y yo puedo sentir que algo se encoje en el centro de mi pecho. Un calor muy agradable me inunda y siento unas ganas increíbles de tener contacto físico con ella. Quiero darle la mano, abrazarla, lo que sea.

—Sé que las galletitas han sido un regalazo —alardea—. Pero espero que este también te guste.

Me entrega una cajita más pequeña, pero el papel de regalo me dura exactamente lo mismo que con la anterior. Esta vez descubro una caja de color negro sin ningún tipo de inscripción ni detalle y, antes de abrirla, levanto la vista para mirarla.

—Adelante —me anima—. No muerde.

Obedezco y, al quitar la tapa, descubro una bonita pulsera, concretamente la que estuve mirando en los puestos navideños la tarde en la que me invitó a un café y volvió a besarme.

—Julia, esto no era necesario —digo, aunque soy incapaz de apartar la vista de la joya.

—¿No te gusta? —cuestiona.

—Sabes perfectamente que sí.

Nuestras miradas vuelven a conectar y ambas nos regalamos una sonrisa. Julia, que apenas me conoce y con la que he tenido mis roces durante los últimos meses, ha tenido dos detalles increíbles conmigo.

—Espero que esto compense mi pésimo regalo del amigo invisible —comenta—. Podría habértelo llevado todo al trabajo, pero no quería que levantases la envidia del resto de compañeros.

Niego con la cabeza sin perder la sonrisa y le ofrezco la pulsera y mi muñeca para que me la ponga.

—¿Quieres que te la ponga con esta otra?

Asiento y ella se recoloca mejor en el sofá para poder hacer dicha acción. Observo cómo la coloca sobre mi piel y, cuando la engancha, la acaricia y yo siento un agradable cosquilleo en mi piel que comienza ahí y se expande.

—La esclava me la regaló mi hermana —le confieso y sus ojos buscan los míos.

—Quizás deberías guardar la mía, no sé si...

—Está perfecta aquí —aseguro y toco su regalo con cariño—. No sé si te has dado cuenta, pero yo no tengo nada para ti.

—Eres una anfitriona pésima, la verdad —bromea y yo le propicio un pequeño empujón que le hace sonreír—. Y encima me agredes —señala—. Muy pésima.

Vuelvo a empujarla. O lo intento. Porque el movimiento se corta en cuanto ella me agarra de ambas muñecas.

—No seas reincidente —me pide—. Podrían meterte en la cárcel y ahí serías un caramelito para muchas.

—¿Un caramelito? —cuestiono mientras siento el calor de sus manos en mis muñecas.

—Sí —afirma—. Eres inteligente, tienes humor y, en ocasiones, hasta eres divertida —dice y su agarre se vuelve más flojo hasta que acaba soltándome, provocando que yo sienta, inmediatamente, algo de frío—. Y bueno, también eres guapa.

Me provoca una sonrisa y hasta tengo que morderme el labio para contenerla.

—Así que soy guapa.

—Eso he dicho —dice sin dudar—. Pero no voy a repetirlo. No quiero que te lo creas demasiado. Además, es algo que en público jamás confesaré haber dicho.

—Menuda cobarde.

—¿Crees que soy una cobarde? —cuestiona divertida y yo asiento antes de ver cómo baja la mirada a mis labios—. Está bien —dice volviendo a mirarme a los ojos, provocando que una sensación de desilusión se instaure en mi pecho—. Pues te confesaré algo para que veas lo poco cobarde que soy.

Se queda mirándome y, aunque acaba de decidir que va a ser valiente, veo que se lo está pensando. Y eso, de forma directa, hace que la curiosidad me invada por completo.

—¿No ibas a demostrarme lo poco cobarde que eres? ¿O es que se te ha agotado la poca valentía que tenías?

Sonríe ante mi acusación y observo que se echa un poco hacia atrás, provocando que el espacio entre nosotras crezca y confundiéndome. Frunzo el ceño bastante sorprendida y ella alza las manos como pidiéndome calma.

—Es muy posible que después de mi acto de valentía de esta noche me odies.

Suelta y yo empiezo a pensar en todos los escenarios posibles. Lo primero en lo que pienso es en: «¿Va a besarme?», pero rápidamente caigo en la cuenta de que las veces anteriores ha ido directa, no se ha tomado nada de tiempo. Luego pienso en que igual todo este acercamiento no ha sido nada más que un juego para ella, quizás una apuesta. Y eso me deja en el primer escalón de las personas más pringadas y estúpidas del mundo. Y empiezo a sentirme mal. Muy mal. El agobio comienza a invadirme y puedo sentir un nudo en la garganta que me ahoga.

—El día del ascensor...

Dice esas palabras y me transporta de nuevo al momento que estamos viviendo, dándole algo de tregua al estado de nervios que ha decidido aparecer.

—¿El día del ascensor?

Repito lo que acaba de decir porque, de repente, se ha quedado de nuevo en silencio y yo necesito saber ya qué quiere contarme. Y, aunque veo que no parece muy convencida, al final habla.

—Es posible que... Joder —protesta.

—Julia, suéltalo ya —demando con toda la entereza que puedo reunir.

—Es posible que, durante un rato, mi móvil tuviese algo de cobertura.

Por fin confiesa y a mí me cuesta entender qué quiere decirme hasta que mi mente decide pensar y analizar y une los acontecimientos.

—Espera, ¿me estás diciendo que pudimos salir antes de allí pero tú decidiste que no?

Asiente con la cabeza y me regala una sonrisa nerviosa.

—Pero, ¿en qué demonios estabas pensando, Julia?

—En pasar algo más de tiempo contigo.

Es sólo una frase, pero me desarma por completo. Me deja sin palabras y en mi mente empieza a repetirse, una y otra vez, lo que acaba de confesarme. Nunca hubiese imaginado una respuesta así. Jamás. Y mucho menos viniendo de ella. Aunque claro, viendo cómo han ido desarrollándose los últimos acontecimientos... Igual sí que encaja en esta nueva versión de Julia que me está mostrando.

—Es extraño —dice tras unos segundos de silencio absoluto—. Pero, a pesar de que nos llevábamos a matar, me sentía cómoda —aclara—. Y supongo que quería descubrir que más había detrás de esa fachada que te ponías.

Sigo observando su rostro y su mirada y percibo una total sinceridad. Tanto que me abruma.

—Entendería, muy perfectamente, que ahora quieras pegarme una patada en el culo —comenta con media sonrisa nerviosa—. Pero, por favor, no me odies.

Me mira esperando cualquier aportación que pueda ofrecer a la conversación y yo comprendo que debo actuar, decirle algo. No puedo dejarla así. No cuando me mira casi con gesto suplicante.

—Has sido muy valiente, la verdad —apunto y ella me presta toda la atención del mundo—. Creo que, como recompensa y para igualar la situación, yo también debería serlo.

Su gesto ha cambiado. Me muestra una mirada curiosa y percibo que quiere hacerme un millón de preguntas, pero prefiere callar y espera.

—Tengo un deseo por Navidad.

—Un deseo por Navidad —repito y yo asiento—. ¿Y de qué se trata?

Me lanza la pregunta y mi corazón empieza a latir como un maldito loco. Estoy en el filo de la piscina, dispuesta a saltar, pero el miedo me paraliza. Me tomo unos segundos, cuento hasta tres, sus ojos me miran muy curiosos y yo decido romper con todo y saltar de una vez.

—Quiero besar a Papá Noel —confieso y ni siquiera sé cómo me han salido las palabras, pero sí sé que me estoy arañando por dentro a la espera de que diga algo.

—Es un deseo curioso —dice con una sonrisa—. Pero no sé si sabes que ese señor está un poco lejos y que, lo más importante, no existe.

Dejo escapar una amplia sonrisa y, en un primer momento, no sé si me está vacilando. Pero su gesto cambia de forma radical y susurra un «hostia puta» al darse cuenta de lo que acabo de confesarle. Que no quiero unir mis labios con ese señor, que es a ella a la que quiero besar. El Papá Noel que me ha estado acompañando todas estas tardes.

La he dejado sin palabras, algo bastante extraño en ella. Así que decido que ahora me toca actuar a mí. Debo ser valiente de verdad. Me aproximo, recortando de nuevo la poca

distancia que nos separa, y observo cómo me mira. Está expectante y a mí se me escapa una nueva sonrisa. Se mantiene a la espera y yo me recreo un poco para immortalizar en mi mente ese nuevo encuentro que va a suceder en apenas unos segundos. Cojo su mano, la acaricio, y ella baja la mirada hacia ese gesto. Ese movimiento me permite poder observar su cara con toda la tranquilidad del mundo. Es guapa. Muy guapa. Aunque eso es algo que ya sabía muy bien. Pero, ahora, desde tan cerca, descubro detalles que se me habían escapado. Tiene unas pecas muy pequeñas y suaves, dos lunares casi idénticos y juntos en una mejilla y una tenue cicatriz en el labio inferior. Y, sin pensarlo mucho más, acaricio dicha marca con el pulgar. Siento que alza de nuevo la mirada y, sin esperar nada más, la beso. Uno mis labios con los suyos y, de forma inmediata, Julia me sigue con total naturalidad y maestría, como si llevásemos años besándonos. Seguimos en contacto y para mí puede detenerse el tiempo si quiere. No necesito nada más en este momento. Sólo sentirla. Tenerla cerca. Y creo que a mi compañera le pasa exactamente igual, ya que incrementa el ritmo y provoca que nuestra unión se vuelva un poco más húmeda cuando su lengua entra en contacto con la mía. Gimo de forma inconsciente y siento su sonrisa.

Decide cambiar de escenario y me recorre el cuello con los labios con caricias que me hacen estremecer. Me pego un poco más a su cuerpo y empiezo a sentir que necesito tocar más zonas de su piel. Y, como si me hubiese leído el pensamiento, se despega lo justo y necesario para deshacerse de su sudadera.

Lleva una camiseta de manga corta de color blanco y mis manos viajan directas a sus brazos, los acaricio y, un segundo después, me agarra el rostro con ambas manos y vuelve a unir sus labios con los míos. La sigo sin dudar y sin contemplar que puedo estar cayendo en un precipicio. Me dejo hacer y es ella la que se libra de mi propia chaqueta para dejarnos en igualdad de condiciones. Un escalofrío me recorre ante su atrevimiento y el cosquilleo que me provoca al acariciar mi espalda de forma directa tras colar ambas manos bajo la ropa.

Está decidida a explorar y yo estoy preparada para que sus caricias conquisten cada centímetro de mi sistema. Por eso, cuando se separa unos centímetros de mi rostro para poder mirarme directamente a los ojos y preguntarme de forma silenciosa hasta dónde estoy dispuesta a seguir, actúo y tiro de ella para que caiga sobre mí y dejarnos llevar por completo.

Golpeo directamente en la puerta de casa de Cris, pero no puedo contenerme y acabo también tocando el timbre. Espero impaciente alguna señal de vida al otro lado y, justo cuando estoy sacando el móvil para llamarle, abre.

Me mira somnoliento, con los ojos a medio cerrar, el pelo alborotado y su pijama del Rey León.

—¿Qué haces aquí?

Pero no pierdo tiempo respondiendo a su pregunta y me cuelo dentro. Avanzo hacia el salón y escucho que cierra la puerta. Aparece un segundo después, pero para mí se hace eterno.

—¿Qué ha pasado? —pregunta algo preocupado.

—Algo que nadie esperaba que pasase —respondo y él frunce el ceño—. Te prometo que...

Me quedo en silencio al escuchar unos pasos. Giro el rostro y descubro a Fran, el amigo de Julia. Tiene el mismo aspecto que Cris, sólo que éste únicamente lleva un pantalón corto puesto encima, así que supongo que los he despertado a ambos.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—Eso quiero saber yo —responde Cris.

La mirada de ambos se clava en mí y sé que es el momento de dar explicaciones, pero no me siento del todo cómoda con Fran en escena, aunque el chaval me caiga bastante bien. Es simpático, agradable y educado. Y es listo, muy listo, porque entiende rápidamente que sobra.

—Me cambio y me voy —dice.

—¿En mitad de la noche? —cuestiona mi amigo.

—Son las seis y media de la mañana —respondo y me mira con cara de pocos amigos.

Siento haberle roto su momento de dormir en pareja. Pero mi situación lo requiere. Es primordial.

Fran desaparece, nos deja a solas y Cris se cruza de brazos con la mirada clavada en mí. Está molesto y lo puedo entender. Pero la categoría de mejor amigo tiene que hacerse valer tanto para lo bueno como para lo malo.

—¿Qué ha pasado, Paola?

Sonrío nerviosa y me muevo para sentarme en el sofá y él suelta un bufido bastante sonoro. Quizás tenía la esperanza de que mi vista fuese rápida, pero mi acción de ponerme cómoda le ha dejado claro que no va a ser así.

Doy una palmadita en el espacio que hay a mi lado y él niega con la cabeza, pero acaba obedeciendo.

—Espero que sea algo importante —señala.

—Es... Sorprendente.

Sigue mirándome molesto, pero sé que también he despertado algo de curiosidad en él. Y estoy segura de que, cuando le cuento todo, no le habrá importado que haya interrumpido sus horas de descanso.

—Habla —me pide.

—Vamos a esperar un momento.

Levanta una ceja y yo señalo con un dedo el pasillo que va a su habitación. No quiero

usar palabras por si Fran me escucha. No quiero que piense que tengo algo en su contra. Pero no me voy a sentir cómoda hablando de lo sucedido con él delante.

—¿Me has sacado a las seis y media de la madrugada de la cama para ahora decirme que vamos a esperar un momento?

Lanza la pregunta y yo ruedo los ojos. A mi amigo le cuesta bastante sintonizar las neuronas recién despierto.

Fran aparece de nuevo, totalmente vestido y con una bonita sonrisa decorando sus labios. Al parecer él lleva mucho mejor eso de que le interrumpen el sueño.

Se acerca, le da un corto beso a Cris en los labios y se despide de mí con un «hasta luego» al que yo respondo con una sonrisa.

—¿Ya? —cuestiona mi amigo en cuanto se escucha el ruido de la puerta al cerrarse.

—No estés en modo agresivo —le pido—. Necesito intimidad para hablar contigo de lo que me ha pasado. Bueno, de lo que he hecho —señalo y se me escapa, de forma involuntaria, una sonrisa nerviosa.

—¿Y qué demonios has hecho?

—¿Quieres la versión larga o la corta?

Le doy ambas opciones y me mira interrogante antes de responder.

—La corta.

—Está bien —digo antes de soltar un suspiro—. Me he acostado con Julia.

Lo suelto de golpe y observo cómo parpadea bastante incrédulo. Y no sé si es porque aún tiene sueño o porque no ha escuchado del todo bien mis palabras. Pero decido repetirle la información.

—Me he acostado con Julia. Concretamente hace unas horas. He venido en cuanto se ha marchado a su casa.

—Espera, espera —me pide y pestañea muy rápido antes de pasarse las manos por la cara—. ¿Me estás diciendo que te has acostado con Julia? ¿La Julia de Fran?

—Veo que, a pesar de las horas, tu capacidad de raciocinio está intacta.

Me permito bromear y él me dedica una mueca antes de levantarme el dedo corazón.

—Pero, ¿cómo...?

—¿En serio tengo que explicarte cómo funciona?

Vuelve a realizar el mimo gesto anterior, pero esta vez con dos dedos.

—O sea, que habéis follado.

—Sí —afirmo—. Hemos tenido sexo, hemos mantenido relaciones, intimado, hacer el delicioso...

—Imbécil.

Me empuja al darse cuenta de que estoy vacilándole y me hace sonreír, pero eso no me impide que continúe un poco más haciéndole la puñeta.

—Hemos tenido una noche de amor.

—Para —me pide en un tono de advertencia, pero finalmente también sonríe—. Joder, Paola.

—Sí. Eso también lo hemos hecho.

—¿Puedes parar ya? —cuestiona sin perder la sonrisa.

Cierro una cremallera imaginaria en mis labios y suelta un suspiro mientras examina mi rostro.

—¿Cómo ha pasado? Os odiabais hace nada —me recuerda.

—Sí. Es cierto —digo, dándole la razón—. Pero a raíz del accidente en el ascensor, y de

ese beso que me dio, las cosas han ido cambiando. Y no sé cómo ni por qué, pero cada día sentía que tenía más ganas de conocerla mejor y de que nos fuésemos acercando —confieso—. Así que anoche me lancé. Yo la besé a ella —aclaro—. Y una cosa llevo a la otra... Y bueno, ya sabes.

Asiente con la cabeza sin dejar de mirarme y yo empiezo a estar un poco tensa al no recibir nada por su parte.

—¿No dices nada? —cuestiono.

—Es que no sé qué decir —responde—. No me esperaba algo así, la verdad.

—¿Por qué? —pregunto interesada—. Nos habíamos besado ya antes —le recuerdo.

—Sí. Pero besarse es una cosa y acostarse es otra bien distinta —responde—. Pensaba que después de tantos meses de odio ese sentimiento de indiferencia era real —confiesa—. No entiendo cómo ha surgido ese fenómeno ahora entre vosotras.

—¿De qué fenómeno hablas?

—El de actuar como dos personas que se gustan y nada más.

Me deja sin saber qué decir y él parece darse cuenta, ya que se acerca un poco más y sostiene una de mis manos con las suyas.

—¿Y ahora qué? —pregunta—. ¿Qué vais a hacer a continuación?

—No lo sé. No hemos hablado de ello porque se ha marchado a casa que tenía que ducharse y cambiarse para ir al trabajo.

—¿Y qué quieres hacer tú?

Me lanza la pregunta de forma directa y me arrincona contra las cuerdas.

—¿Quieres tener una relación?

—¿Y quién está hablando de relaciones?

Le doy la vuelta a su pregunta para ganar algo de tiempo en lo que mi mente se pone a funcionar.

—Así que ha sido sólo cosa de una noche.

—Tampoco he dicho eso —señalo y él sonríe.

—Entonces entiendo que quieres algo más.

—No lo sé, ¿vale? —suelto un poco a la defensiva—. No me agobies.

Se acomoda mejor en el sofá y me mira curioso. Parece mucho más despierto, tanto que ahora soy yo la que se siente fuera de lugar y como si la hubiesen sacado a tirones de la cama.

—Yo no te agobio. Pero igual Julia quiere hablar de lo ello en cuanto te vea en unas horas, ¿no crees?

—O igual el mundo explota repentinamente y no tengo que enfrentarme a ello.

—O también puedes probar a ser una persona adulta y funcional.

—Ser adulto está sobrevalorado —señalo.

—Eso es cierto. Muy cierto. Pero al menos es una desgracia que nos toca a vivir a todos por igual.

Le aparto la mirada porque sus palabras no me convencen y él suelta mis manos y me echa un brazo por encima de los hombros para atraerme más a su cuerpo.

—Decidas lo que decidas, déjame darte un consejo —dice y busco su mirada—. No os hagáis daño.

Y casi estoy a punto de debatirle su pésimo mensaje. Pero es bueno. Es directo y conciso y no es un ataque para ninguna de las dos partes. Así que lo acepto y me despido de él antes de salir de su casa para enfrentarme al día más intenso de trabajo que pude llegar a imaginar.

He llegado antes de tiempo y no ha sido por querer empezar cuanto antes la jornada laboral. Es

que estoy deseando verla de nuevo, aunque nos hayamos despedido sólo unas horas atrás entre besos y acaricias. Quiero ver su sonrisa y sentir su contacto. Sentir que todo a nuestro alrededor se detiene y que me importe bien poco porque lo único que deseo es besar sus labios de nuevo. Me muero por compartir con ella otra noche como la que acabamos de pasar. Éramos pura conexión.

Me tenso cuando la puerta de la sala de trabajadores se abre y me relajo al comprobar que es otro compañero que llega temprano. Me saluda con la cabeza y yo le sonrío. Ni siquiera quiero malgastar fuerzas en pronunciar una sola palabra. No cuando mi mente sigue recreando, una y otra vez, las caricias que compartimos bajo sus sábanas.

Desbloqueo el teléfono y estoy a punto de mandarle un mensaje, pero no quiero agobiarle ni parecer una desesperada. Nos vamos a ver en unos minutos.

Busco el chat que mantengo con Fran y sonrío al imaginar su cara cuando se entere de lo que ha ocurrido. Estoy segura de que no se lo espera. Es que ni yo misma me lo esperaba. Tenía ganas de que nuestros labios volvieran a unirse para descubrirse un poco más, pero nunca imaginé que Paola tomase las riendas y que no se echase atrás cuando la escena aumentó un par de grados y se volvió para mayores de dieciocho años.

Y, aunque me muero de ganas por contárselo a mi amigo, decido esperar. Prefiero ver su reacción en directo.

La puerta se abre de nuevo y esta vez sí que aparece Paola. Lleva su mochila de siempre colgada en el hombro, sus zapatillas deportivas perfectamente limpias, unos vaqueros oscuros que le sientan de maravilla, una chaqueta gris y mi cazadora en las manos. Entre tanta actividad física se me olvidó llevármela de vuelta a casa.

S sonrío en cuanto nuestras miradas se cruzan y, aunque ella imita mi gesto, siento algo extraño. Como si algo no fuese del todo bien. Camino hacia su taquilla y ambas llegamos prácticamente a la vez.

—Hola, ¿qué tal? —pregunto y, mientras abre la puerta para dejar sus cosas, me dedico a observar su rostro.

—Bien. ¿Y tú?

Me devuelve la pregunta, pero ni siquiera me mira. Me provoca un vacío enorme y siento un nudo en el estómago. Me siento fuera de lugar y tengo un viejo y desagradable recuerdo a cuando, tras ese beso falso que nos dimos en *Halloween*, ella me ignora e hizo como si nada hubiese pasado nada. La diferencia es que aquella vez no pasó nada de verdad, pero ahora sí. Nos hemos acostado y no ha sido algo rápido y por pura necesidad, hemos compartido su cama hasta que el deber de ser adulta y responsable me hizo ponerme en pie.

—¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntar, sin tan siquiera responder a su pregunta.

Cierra la taquilla, lanza un pequeño suspiro y sus ojos conectan con los míos.

—Tranquila. Todo bien.

Me miente. Lo percibo en el tono de su voz y en su gesto. Así que, cuando pretende marcharse, la agarro con suavidad del brazo para impedirselo.

—Paola, ¿qué pasa?

Insisto y ella baja la vista. La suelto y, con cariño, le alzo un poco la cabeza levantándosela al empujar suavemente su barbilla hacia arriba.

—¿Qué quieres hacer? —suelta, de golpe.

—¿Qué quiero hacer? —cuestiono sin entender qué quiere decir.

—Sí. Nos hemos acostado y ha estado bien.

—Muy bien —recalco y veo un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Ha estado muy bien, sí —dice, dándome la razón—. Pero, ¿y ahora qué?

—No sé a qué te refieres.

Verbalizo esas palabras, pero en realidad me hago una idea de lo que quiere decir. Supongo que quiere saber qué va a pasar con nosotras, con nuestra nueva forma de llevarnos, después de lo ocurrido esta pasada noche. Pero prefiero que hable ella.

—Está claro que nuestra relación ha cambiado y a una parte de mí le cuesta entender qué ha pasado —confiesa y percibo la duda en su mirada—. Es igual. Creo que no es el momento de hablar del tema.

Y sí, es posible que tenga razón. No estamos en el escenario más adecuado para hablar de lo sucedido.

—Tampoco tenemos por qué hablar —digo, su mirada me busca y observo que parece estar analizando la situación—. Creo que... No tenemos que darle importancia. A veces las cosas pasan y ya está.

Intento hacer que la escena sea lo más natural posible. No quiero que se sienta presionada para hablar.

Observo en sus ojos un toque de humedad y ese detalle hace que me desconcentre. No sé qué ocurre. No sé qué está pasando por su mente.

—No pasa nada —apunta—. En realidad no sé si estoy preparada para avanzar con lo que sea que ha surgido entre nosotras o llegar a tener una relación —explica—. Así que es mejor que lo dejemos estar.

Siento la boca seca de golpe y una desagradable sensación se me clava en el centro del pecho. No sé en qué momento la conversación ha dado tal giro a nuestra situación. Pero no me gusta. En absoluto. Me deja sin palabras esa actitud tan distante y fría que acaba de imponerse y, cuando se gira para salir de la habitación, estoy tan fuera de lugar que no sé reaccionar y dejo que se marche.

Me apoyo contra las taquillas, cierro los ojos y tomo aire para soltarlo mientras intento recomponerme. He recibido un golpe duro. Muy duro. En mi cabeza ya había estado imaginando alguna que otra escena con ella. Haciendo planes juntas como ir a pasear, salir a tomar un café o merendar o proponerle ir a su librería favorita para regalarle un libro. Pero esas ideas se desvanecen por completo y, en lugar de sentir rabia, tal y cómo sucedió ante aquel beso fallido que le di a su prima, ahora siento pena.

Finjo una sonrisa al siguiente niño de la cola y lo acompaño hasta que llega a Papá Noel para ayudarlo a subirse a sus rodillas. No me apetece estar aquí. No me apetece fingir que entre Julia y yo no ha pasado nada. Pero es nuestro último día de recreación en este escenario tan navideño y no he sabido encontrar la excusa perfecta para hablar con Gloria y librarme de la situación.

Me aparto para que el pequeño hable con Julia y ni siquiera me molesto en acercarme al resto para animarles. Sé que no estoy siendo la persona más profesional del mundo, pero no me ha sentado nada bien que Julia, después de lo que hemos compartido, me haya dicho que no debemos darle importancia y que las cosas a veces pasan y ya está. Ha descendido nuestros pasos al último piso. Ha roto con todos los acercamientos que hemos ido dando. Y ha tirado a la basura por completo todos esos puntos buenos que he estado descubriendo sobre ella. No me esperaba algo así, la verdad. Creía haber conocido a una nueva Julia, una a la que le importaba. Pero en algún momento me he perdido y he dejado que me arrastre hacia un maldito espejismo.

—Paola, ¿te encuentras bien? —me pregunta Mónica y yo pego un pequeño respingo. No me la esperaba.

—Sí. Estoy bien.

Finjo no haber recibido tan duro golpe esta misma mañana y le muestro una sonrisa que pretende no ser muy forzada para que no descubra que estoy mintiendo.

—No sé. Te noto extraña.

—Anoche no descansé del todo bien —confieso y, obviamente, no le doy detalles.

Asiente y parecer haberse tragado mi mentira pero, aún así, pone una mano sobre mi brazo y me regala una caricia cariñosa para hacerme ver que está conmigo. Es posible que mis palabras no hayan sido tan convincentes como esperaba.

Mi compañera me deja a solas y se marcha para conversar con los pequeños mientras reparte caramelos y yo me tomo unos segundos para recomponerme. Por un momento me he sentido bloqueada y no me gusta sentirme así. Lo odio.

Avanzo hacia la cola para darle paso a la siguiente niña y activo el modo automático. Trabajar. Sólo necesito trabajar. Cumplir con mi deber sin pensar en nada. Sin pensar en los detalles tan bonitos que tuvo conmigo la pasada noche ese Papá Noel que ahora está atendiendo a una pequeña muy ilusionada. Sin pensar en los besos que Julia y yo nos regalamos hace unas horas. Sin pensar en sus caricias y en lo mucho que me hizo sentir.

Parpadeo rápido al descubrir que unas cuantas lágrimas se han acumulado en mis ojos y me giro, para que nadie me vea, y me las seco con el filo de la camiseta.

Avanzo hacia el lugar principal de nuestro escenario y me quedo quieta y en silencio mientras la niña termina de contarle a Papá Noel todo lo que desea que le traiga este año. Por el tono que Julia utiliza puedo percibir que tampoco está siendo su tarde más divertida.

Cuando la pequeña acaba la ayuda a bajarse de las rodillas de Julia y, por un momento, nuestros ojos conectan. Pero no soy capaz de aguantarle la mirada ni un segundo.

Sentir que nuestra relación, posiblemente, vuelva a ese estado de ignorarnos y atacarnos no me agrada. Y me propongo no dejar que eso llegue a ocurrir. La he conocido lo suficiente como para saber que es alguien a quien quiero en mi vida. Me divierte y me hace sentir bien. Pero sé que ahora no es el momento. Es posible que tengamos que distanciarnos para volver a

conectar y llegar a fortalecer una amistad.

Y pienso en ello durante toda la tarde mientras trabajo e intento ofrecer mi mejor versión, ya que nadie tiene culpa de lo que ha sucedido entre nosotras. Y, cuando nuestra jornada laboral acaba y nos despedimos de todos los que han ido a visitarnos en nuestro último día, me tomo unos minutos para estar a solas. No tengo nada en contra de Julia. Ella ha tomado una decisión. Pero no me apetece encontrarme con ella en los vestuarios, así que alargo el momento todo lo posible y no avanzo hasta que pienso que ya se ha marchado. Siempre es la primera en irse, así que supongo que esta vez no será diferente.

Al abrir la puerta de nuestra pequeña habitación el mundo se me cae encima. Nuestras compañeras están allí y ella también. Hablan sobre cómo ha ido la tarde y recuerdan algunos momentos vividos a lo largo de estos días trabajando juntas. Avanzo hacia mi taquilla y, tras sacar mis cosas, me siento para cambiarme y me aílo por completo.

Escucho sus risas, pero no la de Julia.

Oigo que planean salir, pero no escucho su afirmación.

—Oye, Paola. ¿Qué dices? ¿Te apuntas? —me pregunta Clara, llamando mi atención—. Vamos a tomar algo.

Alzo la vista para responder y mis ojos se mueven para buscar a Julia. Está de espaldas, cerrando su taquilla.

—Quizás otro día.

Fuerzo una sonrisa para suavizar mi negativa y mi compañera se encoje de hombros antes de continuar su charla con Mónica.

Me ato las zapatillas y recojo mis cosas mientras siento que la estancia se queda en absoluto silencio. Las chicas se han ido, pero no sé si todas y me da auténtico pavor descubrir si Julia y yo seguimos compartiendo el mismo espacio. No porque no quiera verla o hablar con ella, es que tengo la certeza de que, muy posiblemente, se me escape alguna lágrima si hoy intercambiamos alguna palabra más.

Me armo de valor y me atrevo a comprobar si estoy sola. Y cuando descubro que no es así, que Julia aún está aquí conmigo, nuestras miradas no dudan nada en encontrarse.

Ni siquiera me atrevo a gesticular. No me muevo ni un centímetro. Permanezco quieta bajo su escrutinio.

Creo que intenta decirme algo, pero se arrepiente y, cuando le doy la acción a mi cuerpo para que me obedezca y camine, me freno de golpe al comprobar cómo sus ojos se humedecen. Me aparta la mirada de golpe y, sin decir una sola palabra, se marcha.

Fran abre la puerta unos segundos después de haber tocado en su puerta y, al descubrirme, una amplia sonrisa aparece en sus labios.

—Hola, amiga. ¿Qué tal?

—De puta madre.

Le contesto con algo de rabia y me cuelo en el interior de su casa.

—¿Qué te pasa? —pregunta tras cerrar mientras me sigue hasta el salón—. ¿No deberías estar feliz y dando saltitos?

—Y viviendo en el mundo de la piruleta.

Respondo a media voz porque no quiero sonar demasiado dura. Mi amigo no tiene culpa alguna de mi desgracia. Es más, el pobre, sin saberlo, se va a tener que tragar mi drama. Un drama bastante inesperado, la verdad.

Me siento en el sofá y él hace lo mismo.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta—. Justo iba a ponerme a hacer la cena.

—¿Por qué has dicho que debería estar feliz y dando saltitos?

Ignoro su propuesta por completo, pero no le importa. Parece que mi pregunta le interesa mucho más, ya que vuelve a sonreír.

—Sé algo que tú piensas que yo no sé.

—¿Es algún tipo de adivinanza? ¿Se supone que tengo que resolverla? —cuestiono.

—No seas imbécil —protesta—. Anoche estuve con Cris en su casa y, en mitad de la madrugada, apareció Paola.

—¿Y qué se supone que sabes?

—Bueno, no hay que ser muy listo para deducir que algo pasó entre vosotras. Sexo, concretamente.

—¿Has sacado esa conclusión sólo porque Paola apareció en la casa de su mejor amigo?

Le lanzo la pregunta intentando sonsacarle algo de información. Mi amigo es listo y, aunque ha acertado del todo sobre lo que sucedió, me resulta muy extraño que haya deducido lo ocurrido solamente por su visita.

—¿Qué pasa? —cuestiona—. Se me da muy bien fijarme en los detalles —dice y yo le alzo una ceja—. Bueno, vale. Cris me lo contó.

Sonrío, aunque no me apetezca, ante su poco autocontrol. No ha sido capaz de alardear mucho más su gran capacidad de resolver una historia con tan sólo unos cuantos detalles.

—Aunque no ha entrado en detalles —dice—. Pero tampoco los quiero —señala con rapidez—. Sin embargo, sí que me gustaría escuchar tu versión.

Desprende ilusión. Sé que se alegra de todo lo bueno que me pase. No obstante, no creo que sea momento de celebraciones. Y tampoco sé si me salen las palabras debido al duro golpe que recibí unas horas atrás.

—¿Ocurre algo? —pregunta tras mi silencio.

Lanzo un suspiro y me echo hacia atrás para apoyar la cabeza en el respaldo del sofá mientras su mirada sigue cada uno de mis movimientos.

—Me invitó a su casa —digo para empezar a ponerle en contexto—. Llevé la cena y unos regalos que tenía para ella.

—Qué detallista.

—El amigo invisible que le hice fue bastante penoso, así que se lo debía.

—No te quites mérito —me pide—. Querer pasar tiempo con alguien ya es un gesto muy bonito. Diría que el más bonito de todos —señala de forma contundente—. Aunque por tu cara creo que la cosa no fue del todo bien, ¿cierto?

—Fue bien. Muy bien —respondo sin dudar—. Y sí. Nos acostamos —reconozco—. Y te prometo que sentí que todo estaba bien y que fluíamos. Había una conexión brutal, y no hablo solamente del sexo —aclaro.

—Pero...

—Nos vimos unas horas después en el trabajo, justo antes de empezar nuestra jornada laboral, y me dijo que sería mejor dejar las cosas como estaban porque no sabe si está preparada para tener una relación.

—Vaya —dice Fran a media voz—. Menudo golpe.

Asiento y el sigue mirándome. Supongo que piensa que hay algo más que contar. Pero no lo hay.

—No hemos vuelto a hablar —confieso—. Y eso que hemos estado trabajando juntas también por la tarde —le recuerdo—. Ha estado distante y fría y, joder, esto es un asco.

Protesto y él pone una mano sobre mi pierna para reconfortarme. Y, aunque ambos sabemos que no va a funcionar, lo intenta igual.

—Estoy un poco sorprendido con lo que ha ocurrido entre vosotras, la verdad.

—¿Por qué dices eso?

—A ver, yo ya te dije que era muy evidente que ella te gustaba —responde—. Pero siento que todo ha pasado muy rápido. Es posible que a ella le haya sobrepasado la situación.

—¿Qué parte de que no quiere tener pareja no has entendido? —cuestiono.

—Me has dicho que no sabe si está preparada.

—¿Y qué? ¿No es lo mismo?

—Pues claro que no —responde con rapidez—. ¿Por qué no hablas con ella? —pregunta y yo niego con la cabeza—. Es posible que sí que esté preparada pero que aún no lo sepa.

Lo observo en silencio y contengo las ganas de soltarle que su argumentación me parece una auténtica gilipollez. No sería correcto decirle algo así cuando me está mostrando todo su apoyo.

—Habla con ella —insiste al ver que no pretendo aportar nada más a sus palabras.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo?

—No tengo miedo —señalo—. ¿Por qué debería tenerlo?

—No lo sé. Dímelo tú.

Me reta con la mirada y, tras unos segundos, soy yo la que agacha el rostro para librarme de su escrutinio.

—No sé si soy capaz de hablar con ella —confieso y mis ojos buscan los suyos—. Siento vergüenza.

—¿Vergüenza? —cuestiona él—. ¿Por qué sientes eso?

Vuelvo a apartarle la mirada, pero esta vez no deja que me pierda en mis pensamientos, insiste.

—Dime por qué sientes eso.

—Es igual. No tiene importancia.

Intento zanjar el tema. Y no sirve de nada.

—Julia. Cuéntamelo.

Me paso la mano por la cara y resoplo algo frustrada.

Puedo mentirle, inventar cualquier cosa o, simplemente largarme, sin embargo no sé si es lo que quiero. Una parte de mí me grita que sacar lo que llevo dentro puede ayudarme. Así que decido hacerle caso.

—Me da vergüenza haberme ilusionado como una maldita imbécil. Eso es lo que pasa.

Lo suelto sin querer darle más vueltas y sus ojos me miran con algo de pena. Justo lo que no quiero que sientan por mí, pero entiendo su postura. Me hubiese pasado igual si mi amigo me hubiese contado esa misma historia a mí.

—No debes sentirte así —comenta—. Y, sí, soy muy consciente que se trata de algo que no puedes controlar —aclara—. Los sentimientos no pueden encenderse y apagarse y ya está. Ojalá fuese tan fácil. Pero ten claro que no has hecho nada malo —señala.

—Igual debería haberme estado quieta. Ahora no estaría pasando por todo esto.

—¿Acaso te arrepientes de los momentos que has vivido con ella? —me pregunta y yo niego con la cabeza—. Entonces, quédate con eso. Y, si no quieres quedarte solamente con eso...

Deja caer y mi interés crece un par de puntos.

—Deberías probar a hablar con ella —acaba y yo suelto un bufido.

—Eres pesadísimo —protesto.

—Y aún así has acudido a mí.

Alardea de su posición de privilegio y decido portarme bien y no soltar un comentario que borre su satisfactoria sonrisa de su rostro.

—Reconócelo —me pide—. Soy tu opción número uno.

—¿Mi opción número uno? —cuestiono y él asiente—. En realidad, en un primer lugar, pensé en Pilar —digo para picarle—. Pero es aún más pesada que tú —aclaro y él me propicia un leve empujón que me hace sonreír—. Y bueno, tú vives más cerca. Eso también es de valorar.

Me clava la mirada molesto y sin esa sonrisa que había estado dibujada en sus labios unos segundos atrás.

—Espero que sepas comportarte mejor este fin de semana —señala, cambiando de tema.

—¿Este fin de semana? ¿Qué pasa este fin de semana?

—¿En serio, Julia? ¿En qué mundo vives? —pregunta bastante sorprendido—. Es fin de año.

—¿Ya?

Y ni siquiera dejo que me responda, cojo el móvil para comprobarlo yo misma. Y sí. En efecto. Fran tiene razón. El año se acaba y yo he estado demasiado perdida como para seguirle el ritmo. Y eso que este año he sido el mismísimo Papá Noel.

—No me digas que te has echado atrás y me vas a dejar tirado.

—Tranquilo. Iré.

Se lo aseguro y él sonríe mientras mis ganas de ir a tal evento van descendiendo en picado. No me apetece nada meterme en una casa rural y celebrar el fin de este año y el inicio del siguiente. No estoy en mi mejor momento y ni siquiera sé si voy a ser capaz de sociabilizar. Pero no puedo decirle que no. Mi amigo se ha encargado de casi todo y yo cogí un segundo trabajo para poder permitirme esta escapada.

—Cris va a venir, ¿te importa?

—No, claro que no.

Y no miento. No me importa en absoluto que su novio nos acompañe. Sin embargo, no conozco muy bien al resto de invitados y si él lleva a su nuevo amor eso significa que yo igual me convierto un poco en la tercera en discordia. De todas formas es algo de lo que ahora mismo no puedo ocuparme. No cuando todo en mi mente es Paola y lo sucedido. Supongo que ser una sujetavelas es un problema para la Julia del futuro.

—Nos lo vamos a pasar muy bien —asegura él.

—Espero que no la lées —señalo y frunce el ceño—. No me mires así. ¿Tengo que recordarte tu suceso con los chupitos el año pasado?

—No fue para tanto.

—Claro, porque no recuerdas absolutamente nada de nada —protesto con rapidez—. Pero tuve que tirar la camisa que llevaba puesta porque cierta persona me potó encima.

Él intenta controlar la sonrisa y no lo consigue. Un segundo después, yo también sonrío. He de reconocer que es una anécdota bastante desagradable, no lo voy a negar. Pero ya que todo está superado, es una de esas historias que siempre deben ser contadas y que permanecerán en nuestro recuerdo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Suelta y yo me echo hacia atrás.

—¿Ya vas a empezar con los comentarios amorosos? Aún queda para despedir el año.

—Eres increíblemente imbécil —protesta—. Anda, va. Vamos a preparar algo para cenar.

Se levanta y yo dudo. No sé si marcharme a casa o quedarme con él un rato más. Sé que necesito pensar en lo que ha sucedido y en cómo afrontar la situación. Paola y yo vamos a seguir trabajando en la misma juguetería y eso es algo que debo tener en cuenta.

—Julia, vamos.

Fran me anima a unirme y decido que pasar tiempo con él igual me viene bien. Soy consciente de que voy a darle mil vueltas al asunto de todas formas, así que qué más da posponerlo unas horas.

Cris parlotea mientras se mueve por mi salón a la vez que mi mente vuela. Y vuela lejos. Lejos de aquí. Pienso en qué estará haciendo Julia, en qué estará pensando. No nos hemos vuelto a ver tras el último turno compartido en el escenario de Papá Noel y aquel momento vivido en las taquillas justo después. Y mentiría si dijese que no he tenido ganas de ir en su busca y preguntarle qué ha significado para ella todo lo que hemos vivido estos días. Una parte de mi se niega por completo a creer que solamente he sido una historia más sin importancia. Sin embargo, hay otra que me dice lo estúpida que he sido al creer que entre nosotras podría haber surgido algo diferente y muy bonito. Y, aunque es cierto que tuve mis dudas después de acostarnos, también es verdad que sentí un destello de ilusión por compartir más momentos con ella, con esa persona tan increíble que se había expuesto delante de mí ofreciéndome una versión mucho más mejorada. Una nueva versión con la que parecía encajar a la perfección. Pero todas esas ideas y pensamientos desaparecieron de golpe cuando Julia confesó que no deberíamos darle importancia y que a veces las cosas pasan y ya está.

Un directo guantazo de realidad.

Siento una patada en el pie y, al alzar la vista, Cris me mira con mucha intensidad y los brazos cruzados.

—¿Por qué no me estás escuchando? —pregunta él.

—Porque no estás diciendo nada interesante.

Respondo con brusquedad y él alza las cejas bastante sorprendido con mi actitud. En su defensa diré que me he pasado un poco, aunque no le voy a pedir perdón. Igual así aprende a dejar de ser tan pesado.

Llegó a casa hace más de una hora con maleta incluida porque Fran va a pasar a por él para ir juntos a una fiesta organizada de fin de año. Y, desde que puso un pie en mi hogar, está intentando convencerme para que vaya. Me ha insistido unas cien veces y yo me he negado unas doscientas. Pero aún así no se rinde. Él nunca tira la toalla.

—¿Te he dicho alguna vez que, en ocasiones, puedes ser la persona más borde del mundo? —cuestiona Cris.

—Unas cuantas veces —aseguro.

—Bien. Me gusta que lo tengas interiorizado.

Se me escapa media sonrisa, pero a él no le hace gracia la situación. Sigue mirándome, como si intentase encontrar algo debajo de mi piel, algún secreto escondido. Y, a decir verdad, no va muy desencaminado. Aún no le he contado el drama. Tampoco sé si debo hacerlo. Es posible que mi situación le haga sentirse mal y cambie sus planes con Fran para quedarse conmigo en casa. Y no. No quiero tal cosa.

Decide sentarse a mi lado, supongo que se ha cansado de estar de pie y de recorrer mi salón mientras habla sin parar.

—Vente.

Insiste de nuevo y esta vez solamente usa una palabra.

Giro el rostro y le clavo la mirada y, sin pronunciar ningún sonido, me niego.

—¿Por qué no vienes? —cuestiona tras soltar un bufido bastante sonoro, como si fuera un niño pequeño al que le han privado de tomarse el postre—. Es un plan tranquilo.

—Ya sabes que no me gusta celebrar la Navidad.

—Pero es que no vamos a celebrar la Navidad —señala con rapidez—. Vamos a despedir el año.

Le da la vuelta a la historia y hasta a él se le escapa una sonrisa traicionera.

—Joder, Paola.

Protesta y, al ver que no pretende dejar el tema, me inclino un poco y cojo el mando de la televisión para encenderla. Quizás así entienda por fin que no tiene nada que hacer y que no voy a unirme a su plan. A ninguno. Solamente quiero quedarme en casa.

Me arrebató el mando de las manos y lo pone al otro lado del sofá para que no pueda recuperarlo.

—¿Por qué te cuesta tanto entender que no quiero ir?

Es mi turno de protestar y gira un poco el cuerpo para mirarme mejor a la cara.

—¿Y por qué te cuesta a ti tanto entender que no quiero dejarte sola?

—Pero es que yo estoy bien sola —confieso—. Si quisiera estar rodeada de gente iría y cenaría con mi familia.

Le expongo la realidad, pero no parece convencido y mi paciencia ya empieza a resentirse.

—Pensaba que yo también era tu familia —dice algo dolido y con un tono dramático.

—Y lo eres —señalo con rapidez—. Pero voy a estar bien, así que vete con tu novio.

—Puedo quedarme aquí contigo. No tengo problema.

—Lo sé —digo muy convencida, sé perfectamente que lo haría—. Pero te ordeno que te vayas.

—No puedes echarme de tu casa.

—Pruébame.

Le reto y él cierra un poco los ojos para mantenerme la mirada, pero unos segundos después se rinde y mira hacia otro lado. Ambos sabemos que es una batalla que está más que perdida.

—¿Hay alguna forma de que pueda convencerte? —me propone y yo ruedo los ojos agotada. Muy agotada—. Hablo en serio. Puedo hacer lo que me pidas, lo que quieras.

—¿Lo que yo quiera? —cuestiono divertida y por mi mente se cruzan algunas sugerencias que pueden molestarle.

—Lo que tú quieras —dice muy sonriente, sintiéndose victorioso.

Me quedo en silencio unos segundos y puedo observar cómo el rostro se le va iluminando. Está dispuesto a hacer lo que sea para que vaya con él. Pero, aunque su propuesta suena muy tentadora, yo no estoy dispuesta a ceder. Así que hago un gesto con la mano y vuelvo a rechazar su invitación.

Suelta un nuevo «joder» cargado de desilusión y vuelve a levantarse para caminar por el salón.

—Iré a hacerte la compra durante dos semanas —me ofrece y yo cruzo los brazos.

—Me gusta hacer la compra —aseguro y él mira hacia otro lado para pensar.

—Te invitaré a salir a desayunar cuando quieras.

—No me gusta desayunar fuera de casa —le recuerdo.

—Te prepararé la cena cada noche —insiste y yo tengo que hacer un gran esfuerzo para contener la sonrisa.

—Eres un pésimo cocinero. Así que, no. Gracias.

Se echa el pelo hacia atrás y, justo después, pone los brazos en jarra. Creo que empieza a

sentirse algo desesperado. Está a punto de rendirse.

—Te limpiaré la casa durante dos semanas.

Pierdo la sonrisa y me quedo estática ante su nueva propuesta. Es buena. Muy buena. Y, al fijarme en su rostro, observo que él también lo sabe. Ha acertado.

—Un mes —digo y él parece pensárselo.

—Un mes es mucho.

—No creo.

Se acaricia la barbilla. Un gesto típico en él cuando está debatiendo consigo mismo.

—Vale. Está bien —dice, aceptándolo—. Limpiaré tu casa durante un mes y tú te vienes a la fiesta.

Aprueba mi propuesta, sorprendiéndome. El pobre está tan desesperado que ha aceptado.

—Es igual. No voy a ir.

Vuelve a verbalizar otro «joder», pero esta vez es mucho más sentido. Creo que, finalmente, se le han acabado las opciones.

Su móvil suena, se centra en eso y yo aprovecho para tumbarme en el sofá y taparme con la mantita. Me voy a quedar sola en unos minutos y cierro los ojos para mentalizarme e imaginarme a mí misma tomando una taza de té y leyendo un libro. El plan perfecto para recibir el nuevo año.

—¿Estás segura de que no quieres venir?

Él insiste de nuevo y yo sonrío mientras niego con la cabeza y siento que se acerca hasta mi posición.

—Tengo que marcharme ya —me informa—. Fran y Julia están abajo esperándome. Si necesitas...

Y mi mente decide no escuchar nada más. Se queda clavada en el hecho de que Julia también va con ellos y yo me regaño mentalmente por no haber caído. Ella misma me contó que iba a pasar fin de año con unos amigos en una casa rural. ¿Cómo he sido tan tonta de olvidarlo?

Abro los ojos y Cris me mira un poco confuso. Es posible que haya sabido leer en mi rostro que algo me ha hecho cambiar de opinión.

Me aparto la manta, me levanto y me quedo mirándole mientras veo que intenta descifrar qué ha pasado.

—Un mes de limpieza —digo señalándole antes de abandonar el salón para ir a mi habitación y cambiarme.

Miro la calle a través de la ventanilla del coche y me reclino en el asiento mientras intento sacar a flote las ganas de ir a esa maldita fiesta de fin de año.

—Pareces un perro que han dejado en el coche mientras el dueño hace la compra —dice Fran, que está sentado al volante, pero ni me molesto en mirarle—. Nunca te había visto tan depresiva —suelta.

Y esas palabras sí que hacen que lo mire. Y lo hago con la intención de devolverle ese ataque. Sin embargo, pensándolo bien, no ha dicho ninguna mentira.

—Ya se me pasará —aseguro y vuelvo mi atención a la calle—. ¿Por qué tu novio tarda tanto en bajar?

Lanzo la pregunta, siento que se mueve y de reojo observo que está mirando el móvil.

—Me ha pedido que le diese cinco minutos más.

Cinco minutos. Tengo cinco minutos para intentar librarme del plan. No me apetece celebrar nada y él lo sabe. Pero me ha arrastrado sin ningún tipo de remordimiento y con la

excusa de que me va a venir bien, que necesito despejar la mente. Aunque yo no lo veo así. Yo solamente quiero tirarme en la cama, hacerme una bolita y dejar que las horas pasen y que, milagrosamente, me olvide del desastre que ha ocurrido con Paola.

—¿No crees que Cris y tú estaríais mejor sin mí?

—En absoluto.

—¿No quieres estar a solas con él para celebrar el año nuevo juntos?

Reformulo la pregunta y hasta busco su mirada para intentar convencerle.

—No vamos a estar a solas de todas formas. Habrá más gente en la casa.

—Pero podéis escabulliros y tener un momento. Así que mejor me quedo en casa.

Hago el amago de abrir la puerta, pero él carraspea y, solamente con la mirada, me pide que me esté quieta.

—Olvídalo —dice—. No vas a irte a casa. No voy a dejarte sola —aclara—. Pero, sí de verdad prefieres volver a tu humilde hogar... Cris y yo te acompañaremos toda la noche.

—¿Toda la noche? —cuestiono.

—Toda la noche —afirma—. Y por la mañana iremos a comprar churros con chocolate para desayunar.

—Ni de coña voy a aguantar a una recién parejita durante tantas horas yo sola.

Vuelvo a recuperar mi antigua posición y él se ríe.

—Espero que seas muy consciente de que me estás arrastrando a un sitio en el que no quiero estar —señalo—. Así que pienso cobrármelo. Y con intereses.

—Espero que sepas que todo esto lo hago porque te quiero.

Pongo cara de asco, finjo que me da un escalofrío y él me tira un pellizco totalmente merecido.

—No llevo bien que los hombres me digan que me quieren. Lo siento.

Me justifico y veo sus intenciones de repetir su anterior ataque. Pero me adelanto y le agarro las manos para frenarle.

—Pues te he dicho esas dos palabras unas cuantas veces.

—Y sigue dándome el mismo repelús.

Intenta librarse del amarre y ambos sabemos que no está haciendo nada de fuerza. Me está permitiendo bromear con él y seguro que lo hace para animarme un poco. Es alguien muy noble y que siempre se ha preocupada por mí, aunque yo, a veces, pueda llegar a ser la persona más molesta del mundo. Me demuestra su cariño y no teme en decir en voz alta lo mucho que me quiere.

—Posiblemente me arrepienta de decir esto y en público jamás reconoceré haberlo dicho —le advierto y él me mira bastante confuso—. Pero yo también te quiero.

—Joder, ¿tienes fiebre?

Se libra de mi amarre e intenta posar una mano sobre mi frente, pero me echo hacia atrás y se lo impido.

—Eres un capullo.

—Creo que debes de estar muy enferma para decir algo así, igual sí que deberías quedarte en casa.

—Eres un súper capullo.

Se ríe ante mi ataque y yo me cruzo de brazos clavando la mirada al frente.

—Venga, no te enfades —me pide, pero yo mantengo mi firme postura—. Es que me ha sorprendido mucho —señala—. Tanto que no me ha salido otra cosa que bromear.

Lo miro, él vuelve a sonreír y yo recupero mi anterior postura al girarme un poco y

concentrarme en lo que sea que pase por delante de la ventanilla del coche.

—Oye, Julia. Venga —insiste e incluso posa una mano sobre mi hombro—. Es Navidad, no puedes enfadarte.

Me hago la digna y no muestro ni una chispa de misericordia. A sentirme ofendida no me gana nadie.

—Además, este año te has puesto en la piel del mismísimo Papá Noel. Tienes que ser más comprensiva.

Lo observo por encima del hombro y, aunque intenta contenerse, vuelve a sonreír. No sé qué le parece tan divertido.

—Anda, ven, que te perdono —dice antes de abrazarme.

—Suéltame.

Se lo pido intentando librarme de su contacto, pero le importa bien poco e incluso me aprieta un poco más contra su pecho.

—Eres mi fanfarrona favorita —me confiesa antes de dejarme un beso sobre el pelo antes de soltarme.

—¿Y eso me da algún tipo de privilegio?

—¿Qué más privilegio quieres que ser mi amiga?

Alzo una ceja bastante sorprendida con su pregunta. Parece algo que yo hubiese dicho. No es propio de él.

—Parece que estás aprendiendo a contestar. Me siento orgullosa, pequeño saltamontes.

Nos quedamos en silencio, compruebo la hora y observo que igual llevamos esperando más de la cuenta.

—Oye, ¿tu novio cuando piensa bajar?

—Yo no tengo ninguna prisa. ¿Y tú? Si quieres sube y así aprovechas y hablas con Paola.

—Ya te dije que no voy a hablar con nadie.

—Deberías dejar de ser tan cabezota.

—Habló.

Le devuelvo el ataque y él me mira mientras niega con la cabeza.

—En temas de amor no hay que ser orgullosos —suelta sin más.

—¿De qué película tonta romántica has sacado eso?

—De ninguna. Es cosecha propia y deberías hacerme caso.

—Hacerte caso es de las cosas que menos me motivan en la vida.

—Sé que te cuesta darme la razón. Bueno, te cuesta darle la razón a cualquiera —rectifica—. Pero, algún día, me dirás: querido amigo, tenías toda la razón del mundo.

—Espero que ese día nunca llegue porque entiendo que estaría en un estado tan lamentable que mi único objetivo en la vida será el de esperar que venga la Muerte a por mí.

Se queda mirándome y adivino que no tiene cómo responderme. Aún tiene mucho que aprender.

—Entonces, ¿nunca más vas a volver a hablar con ella? ¿Qué vas a hacer cuando la veas de nuevo? ¿Vas a esconderte bajo tierra?

—Es una opción —respondo—. Una opción muy buena, la verdad. Gracias.

—Pues entonces ve preparándote.

—¿A qué te refieres? —pregunto confusa.

Y no me responde. Al menos no de forma verbal. Se limita a inclinar la cabeza hacia la ventanilla, sigo su indicación y, un segundo después, siento que todo se detiene a mí alrededor. Cris se mueve hacia el coche y está acompañado de Paola, que camina justo a su lado. Me quedo

sin habla y casi sin respiración mientras siento que mi corazón hace acto de presencia por todo mi sistema. Repito en mi cabeza «no va a venir con nosotros» para poder relajarme y aparto la mirada con rapidez al ver que puedo distinguir bien su rostro. No quiero que vea lo que estoy sintiendo. No quiero que sienta que su presencia me incomoda o algo así. Además, solamente será un momento. Está acompañando a su amigo. O eso es lo que, tonta de mí, pienso. Y todo pasa muy rápido, al menos en mi mente, pero cuando escucho que el novio de Fran pregunta si hay sitio para alguien más tengo que llevarme una mano al pecho para intentar frenar el ritmo frenético con el que empieza a latir mi corazón.

No sé qué narices hago en esta casa con tanto ruido y, sobre todo, con tanta gente. ¿En qué momento pensé que sería una buena idea? Supongo que cuando descubrí que Julia iba en el mismo coche en el que mi amigo se iba a subir y que pasarían unas cuantas horas en el mismo espacio-tiempo. Pero no sé si mi idea tan genial me compensa. El viaje no fue nada fructífero. Cris y Fran hablaban sin parar e incluso, de vez en cuando, se animaban a cantar mientras Julia, en absoluto silencio, miraba a través de la ventanilla. Y yo tampoco es que haya sido la persona más comunicativa del mundo durante el trayecto. Contesté a un par de preguntas de mi amigo y poco más.

Sonrí a un par de chicos disfrazados que pasan por mi lado. Uno de reno, con cuernos y nariz roja incluida, y otro de galleta de jengibre.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —susurro.

Miro alrededor. La casa es bastante grande y la fiesta se concentra, especialmente, en la sala principal que es un espacio abierto. Fran y sus amigos la han decorado por completo con adornos navideños. Luces, guirnaldas, bolas, estrellas y hasta un mini árbol.

Un duendecillo con una botella en la mano grita «ronda de chupitos» y todos se unen a su grito y se acercan inmediatamente. Podría estar tranquila y feliz en casa con mi manta y mi libro. Pero, por una vez en la vida, he decidido ser una inconsciente.

Siento que me abrazan por detrás y un escalofrío me recorre el cuerpo entero al imaginar que podría ser Julia. Pero rápidamente descubro que no es así. Reconozco ese cuerpo y ese olor.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Cris cerca de mi oído, con la cabeza apoyada en mi hombro—. ¿Por qué no te unes a la fiesta?

—Estoy en la fiesta.

—No. Estás en la puerta de la sala —aclara—. Pareces una madre observando a sus chiquillos.

Me suelta, agarra mi mano y tira de mí.

—Ni se te ocurra...

—Cállate.

Me pide mientras me guía fuera de allí, concretamente a la cocina. La música y las voces también llegan hasta esa estancia, pero es un sonido de fondo en el que se puede hablar con normalidad. Con la mano me invita a sentarme en uno de los taburetes altos que rodean la isla y, sin decirme una sola palabra, se pone a preparar un par de bebidas.

—Creo que no hace falta que te diga que estamos de celebración —señala antes de sentarse a mi lado.

—Ya sabes que no soy muy aficionada a este tipo de reuniones.

—¿Y entonces qué haces aquí? —cuestiona interesado.

—Tu oferta de limpiarme la casa durante un mes fue bastante tentadora.

Miento y sé, sin ninguna duda, que lo sabe, pero prefiero seguir creyéndome mi propia mentira.

Me observa detenidamente, da un trago a su copa y yo le imito.

—¿Has hablado con ella?

Suelta la pregunta cambiando totalmente el rumbo de la conversación y todos mis

sentidos se ponen en alerta porque no esperaba que fuese tan directo.

—Sé que durante el viaje no —asegura—. Las dos habéis estado muy poco comunicativas. Por no decir nada.

Le mantengo la mirada y, justo en ese momento, me arrepiento de haberle hecho un resumen de la situación en cuanto pusimos un pie en esta casa.

—¿Y por qué debería hablar con ella?

—Porque por eso has venido a esta fiesta.

Contesta sin dudar y sin tomarse un segundo para pensarlo.

—Paola, nos conocemos. Así que deja de mentirte.

—No voy a hablar con ella.

—Pues deberías —insiste.

Doy otro trago a la bebida y le aparto la mirada. Analizo sus palabras y, aunque creo que suelo pensar bastante rápido, no sé por qué motivo parece tan convencido en que debo hablar con ella.

—¿Por qué? —pregunto y él me mira de forma interrogante—. ¿Por qué debo hablar con ella? —aclaro.

Sonríe y eso me inquieta. Y, cuando está a punto de hablar y desvelarme el misterio, una pareja, besándose de forma muy apasionada, irrumpe en la cocina.

—Oye, chicos —dice mi amigo, llamándoles la atención sin cortarse—. Por aquí estamos teniendo una conversación privada.

Nos miran algo avergonzados y salen sin decir nada.

—Tú podrías estar protagonizando una escena así con Julia.

—Cállate —le pido y el muy tonto se ríe—. Estoy esperando una respuesta.

—Ah, sí. Claro.

Y en lugar de contestar, se toma su tiempo y vuelve a dar otro trago. Y supongo que mi gesto no debe de ser el más amable del mundo, ya que su sonrisa aumenta al ver mi irritación al sentir que me está dando largas para molestarme un poco. Tiene el control de la situación y lo está disfrutando.

—Debes hablar con ella porque estás aquí —dice por fin.

—Vaya. Increíble. Te has machacado el cerebro para darme esa contestación —ironizo y ahora es su turno de mirarme mal.

—O tu nivel de inteligencia nunca ha sido tan alto... O el amor te tiene un poco tonta.

—¿De qué hablas? —cuestiono con rapidez.

—De que Julia te tiene en las nubes.

—No me tiene en ningún sitio —protesto—. Y no es amor.

Se encoje de hombros y, para intentar tranquilizarme, bebo un poco. Su mirada sigue clavada en mí y estoy a punto de terminar con la conversación y largarme, pero vuelve a hablar y decido ser educada y dejarle terminar.

—Con lo de que debes hablar con ella porque estás aquí me refería a que estás aquí por ella —dice retomando la conversación y no me da tiempo a quejarme para desacreditar sus palabras—. Paola, odias este tipo de reuniones. Ambos sabemos que preferirías estar en casa y que mi propuesta de limpiarte la casa durante un mes te ha servido de excusa para apuntarte al plan en cuanto te has enterado de que Julia también venía.

Tocada y hundida. Ha expuesto todo lo sucedido en un par de frases y sin despeinarse.

—No es amor —aclaro al sentirme arrinconada.

—No es amor —repite—. Pero sí que hay un gran interés, ¿verdad?

—Es posible que quiera seguir conociéndola.

Se lo reconozco y una gran sonrisa aparece en sus labios.

—Díselo.

—Ella no quiere. Me dijo que, a veces, las cosas pasan y ya está —le recuerdo—. ¿Cómo quieres que vaya a hablar con ella después de haberme dicho eso? —cuestiono—. No soy tan imbécil. Me tengo un poco de amor propio.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—No tengo ni puta idea.

Lo suelto resignada y bastante molesta conmigo misma.

—Debería volverme a casa.

—Pues creo que nadie está en condiciones de llevarte.

—Pediré un taxi.

—¿De verdad crees que un taxi va a venir a por ti en fin de año en mitad de la nada?

—¿Por qué no? —cuestiono.

—¿Vas a hacerle esa putada a ese pobre taxista?

Resoplo, me bebo el resto de la copa y me levanto con la idea de salir de allí.

—Creo que necesito tomar un poco el aire —le aclaro a mi amigo—. Y tranquilo, voy a estar bien. Tú disfruta. Pásatelo bien.

No parece muy convencido, pero no protesta y me regala ese espacio que necesito.

Avanzo por el pasillo, vuelvo a sentir la música con más claridad y, antes de salir al exterior, me atrevo a echar un vistazo a lo que está sucediendo en la fiesta. Observo que la gente está más animada todavía, supongo que el alcohol está empezando a tener más protagonismo. El reno y la galleta están bailando la misma coreografía en el centro de la sala. El duende vuelve a proponer otra ronda de chupitos. Y una conga, encabezada por alguien disfrazado de oso polar, entra por la otra puerta y va reclutando gente. Me entra el pánico al ver tal suceso y me giro con rapidez para huir. No van a pillarme.

Pero mi huida no es del todo limpia y choco con alguien que parece querer entrar.

—Perdón. Lo siento.

Al alzar el rostro descubro que es Fran.

—Tranquila. No pasa nada —asegura con una sonrisa.

Le devuelvo la sonrisa y, en cuanto pienso que Julia puede ir tras él, me cuerpo entero se tensa. No nos hemos visto desde que salimos del coche. No sé dónde se ha metido y tampoco sé si quiero saberlo. ¿Qué voy a decirle? ¿Cómo voy a actuar ante ella? ¿Voy a ser siquiera capaz de mirarle? Y, a pesar de que todas esas preguntas se amontonan en mi cabeza de golpe, mi voz va por libre y decide actuar.

—Ella...

Es penoso. No soy capaz ni de formular una frase completa mientras pienso en Julia. Aún así, él parece entenderme a la perfección.

—No sé dónde está —me confiesa—. La vi hace un rato, pero le he perdido la pista. Si la ves, dile que le agradecería que me de alguna señal de vida.

Me acaricia el brazo antes de adentrarse en la fiesta y un gran griterío me recuerda que, antes de encontrarme con el mejor amigo de Julia, estaba intentando buscar un sitio tranquilo. Así que retomo mi camino y me dirijo a la puerta para salir y disfrutar un poco de la tranquilidad que la naturaleza pueda ofrecerme.

Tomo aire y lo suelto lentamente antes de enfrentarme a la fiesta. Observo un poco el lugar y

evalúo si adentrarme en la celebración es una buena opción. Lo sería para la Julia habitual, pero no para la que estoy siendo ahora. Estoy triste y deprimida. Lo reconozco. No debería estar en este sitio. Debería haberme quedado en casa, haber saltado el coche en marcha. Pero algo, o más bien alguien, me lo impidió. Cuando Paola apareció con Cris todos mis planes de huída se cayeron por completo. Y tampoco sé por qué. Ni siquiera me he atrevido a cruzar una sola palabra con ella mientras viajábamos en el coche. Ni siquiera sé dónde está.

Fran me hace un gesto con la mano desde el fondo de la sala y no me queda otra que caminar hacia su posición. Me sonríe y me ofrece una copa en cuanto llego, pero se la rechazo.

—No me apetece.

—Estamos de celebración —señala—. Anima esa cara.

—¿Y qué se supone que tengo que celebrar?

—El fin de este año y el inicio de uno nuevo —responde como si no fuese consciente de tal acontecimiento.

—Como si el nuevo año me fuese a traer algo bueno.

Y sí. Lo sé. Estoy siendo la persona más dramática del mundo. Pero cuando estoy así de triste y desgana no me sale otra cosa que seguir regocijándome en la miseria.

—¿Dónde andabas? —pregunta, cambiando de tema.

—Por ahí —contestó sin más y encogiéndome de hombros—. Aquí hay mucho ruido y necesitaba pensar.

—¿En qué has pensado?

Suelta la pregunta muy curioso y me fijo en cómo se lleva la copa a los labios para dar un sorbo. Y de repente me entran ganas de probar un poco de alcohol para ver si así soy algo más valiente. Así que le arrebato la copa y doy un trago.

—¿En qué crees que he pensado? —pregunto.

—En Paola, obviamente —responde sin dudar.

—Obviamente.

No lo niego e intenta disimular su sonrisa, pero le queda fatal. Le aparto la mirada unos segundos y parpadeo rápido en cuanto distingo a un reno llevando a un oso polar en la espalda mientras bailan.

—¿De dónde ha salido esta gente?

—No sé decirte —confiesa—. Son amigos de amigos de amigos...

Sigo observando la escena y, de golpe, un duende intenta subirse sobre el oso, pero todos caen al suelo y a nadie parece importarle lo sucedido, siguen a lo suyo.

—Inquietante —susurro antes de que Fran me eche el brazo por encima y me arrebatase su copa para seguir bebiendo.

Espero a que me diga algo. Que me pique. Que me rete. O que me regañe. Pero el momento no llega, rompe nuestro contacto y al ver a Cris, que viene hacia nosotros, todo encaja. Mi pulso se acelera ante la posibilidad de que Paola vaya justo detrás de él, pero no hay señales de ella y una gran decepción me inunda por completo.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí, panda de aburridos?

Cris nos reta, Fran sonríe como un tonto y yo guardo silencio mientras pienso en la forma más sutil de abandonar la escena. No me apetece compartir espacio con este de par de tortolitos.

—Tú deberías estar bailando conmigo —dice, señalando a mi amigo—. Y tú —comenta mientras me observa—. Tú deberías estar ahora mismo hablando con Paola para solucionar vuestro drama cuanto antes —aclara—. Y no. No me mires así —apunta al ver mi ceño fruncido—. Tenéis que dejar la cabezonería. Así que, ve y habla con ella.

—¿Por qué tengo que dar el primer paso?

—¿El primer paso? —cuestiona—. El primer paso lo ha dado ella al venir aquí. Ambos sabemos lo poco sociable que es. Y fíjate, está aquí.

Solamente han sido palabras, pero siento que me ha dado un golpe, tan brutal, que hasta puedo caerme al suelo. He sido una completa imbécil. Una imbécil de manual. ¿Por qué no he llegado a esa conclusión? Ella misma me llegó a confesar que no le gustaba este tipo de celebraciones. Recuerdo nuestra conversación en aquel banco en el parque y su emoción al hablarme de su hermana y de lo mucho que a ella sí que le gustaba la Navidad. Y ahí entendí que huía de los festejos navideños porque le hacía sentirse mal. Y, a pesar de todo, está aquí. En una casa en mitad de la nada y rodeada de personas que ni conoce.

—¿Dónde está? —pregunto y él sonríe.

—Me gusta que actúes rápido —responde—. Salió fuera, me dijo que necesita tomar el aire.

Asiento y Fran me da un ligero empujón para que no piense más y salga fuera a hablar con ella. Obedezco en silencio y, mientras camino hacia la puerta, empiezo a sentir cómo los nervios van tomando el mando. Y eso me viene mal. Me viene fatal. Necesito estar tranquila y relajada si quiero enfrentarme a ella, enfrentarme a mis sentimientos.

Salgo al exterior, tomo aire y me empapo de la calma para intentar serenarme. Cuando creo que ya soy capaz de articular alguna palabra me planteo el siguiente reto; ¿cómo voy a encontrarla? Es de noche y apenas se ve.

Bajo las escaleras del porche y observo lo que me rodea. No hay rastro de ella ni ninguna pista que pueda indicarme su paradero. Así que decido avanzar un poco más, hacia los coches que hemos dejado aparcados a un par de metros de distancia, e intento agudizar el sentido de la vista. Es imposible.

Tengo la opción de usar el teléfono para llamarla, pero me parece bastante impersonal.

Barajo la posibilidad y me echo el pelo hacia atrás mientras en mi cabeza repito un «piensa, joder, piensa».

Y los dioses, el destino o lo que sea me iluminan el camino. A uno de los extremos de la casa percibo un pequeño destello de luz. Me dirijo con lentitud para asegurarme y no llevarme alguna sorpresa innecesaria y, al identificarla, sonrío.

Es ella. Está junto a una mesa de madera, sentada en una de las sillas que la bordean y parece estar muy concentrada mirando la pantalla del móvil. Mi posición, al ir desde atrás, me permite observarla y descubrir que está leyendo. Típico y predecible.

—¿No hace un poco de frío para estar aquí?

Suelto la pregunta y sonrío un poco más en cuanto ella se sobresalta y se lleva una mano al pecho.

—Lo siento. No pretendía asustarte —confieso y ella me mira mientras se recupera—. ¿Puedo sentarme?

—No es mi casa, así que...

No está siendo muy elocuente, pero al menos me habla. Eso ya es algo.

Escojo la silla que está justo a su lado y, en un primer momento, decido guardar silencio mientras siento que me mira. Para ser sinceras, no sé ni cómo empezar la conversación.

Giro la cabeza y, de golpe, me encuentro con sus ojos. Nos miramos, pero ninguna parece querer empezar a hablar y ella agacha el rostro para ponerse a leer.

—¿Es interesante?

Me atrevo a soltar esa corta pregunta porque tengo una gran necesidad de que me mire,

de que hable conmigo. Su mirada vuelve a conectar con la mía y yo siento que podría pasarme todo el tiempo del mundo observándola.

—Me refiero al libro —aclaro para no parecer aún más torpe de lo que ya parezco.

—Es lo único que tenía en el móvil.

—Y tu poca información me hace entender que no es la mejor historia del mundo — señalo y una sutil sonrisa aparece en sus labios.

Y yo me siento victoriosa y completa. Es absurdo pensar en ello, pero había echado muchísimo de menos ver ese gesto en sus labios.

—Seguro que dentro de esa casa están pasando cosas más interesantes que lo que hay escrito aquí.

Me sigue la conversación y eso permite que yo me relaje un poco.

—No lo dudes.

Le doy la razón y un viejo recuerdo aparece por mi mente. Ella y yo encerradas en aquel ascensor. Yo queriendo entablar una conversación y ella ignorándome leyendo. Pero, a diferencia de ese día, ahora Paola bloquea el teléfono y lo pone sobre la mesa, alejándolo de ella y diciéndome, sin palabras, que está dispuesta a hablar.

—Tengo curiosidad por saber qué estará haciendo, ahora mismo, el oso polar.

Intento bromear, pero esta vez su gesto se mantiene intacto. Se sube un poco más el cuello de la chaqueta para taparse el cuello e imagino que acercarme a ella, para darle un abrazo y que entre en calor, estaría fuera de lugar. Así que me estoy quieta y pienso en cómo empezar esa conversación que nos debemos. Me niego a quedarme con esas últimas palabras que nos dijimos frente a las taquillas del trabajo.

—Es posible que me ilusionara un poco contigo.

Suelta de golpe, sorprendiéndome. No esperaba que fuese ella la que tirase de la conversación. Y mucho menos esperaba que se atreviese a tal confesión.

—Pero tranquila, lo entiendo —dice, confundiéndome—. Solamente necesito tiempo.

—¿Lo entiendes? ¿Qué es lo que entiendes? —cuestiono y sus ojos me buscan.

—Pues tu opinión al respecto.

—¿Mi opinión al respecto?

—¿Puedes dejar de repetir lo mismo que estoy diciendo?

—Es que no estoy entendiendo nada —respondo con sinceridad.

Se ríe con un toque de ironía. Lo sé muy bien. Conozco esas sonrisas. Eran bastante comunes en nuestra relación antes de que nuestros caminos se unieran un poco. Me aparta la mirada y en su lenguaje corporal puedo leer que está a nada de levantarse e irse. Así que me adelanto e intento frenarla acercándome un poco más, para que vea que tengo interés en la conversación y en resolver lo que sea que está pasando.

—Paola, te prometo que no te estoy entendiendo.

Vuelve a mirarme y esta vez puedo distinguir un brillo de emoción en sus ojos.

—Pues yo tampoco entiendo por qué decidiste no seguir con lo que sea que estaba surgiendo entre nosotras.

Dice esas palabras y me siento completamente perdida.

—¿Yo no decidí seguir con lo nuestro? —cuestiono—. ¿De dónde has sacado eso?

—Me dijiste que no debíamos darle importancia y que, a veces, las cosas pasan y ya está.

—Yo no dije tal cosa.

—Sí que lo dijiste —señala—. Tengo clavadas esas malditas palabras en mi cabeza.

—Pero no lo dije en ese sentido que estás imaginando. Me refería a que no debías darle

importancia a nuestra historia pasada —aclarar—. En que debíamos centrarnos en el ahora y ya está.

Me mira. No, no me mira. Me observa. Quiere ver que hay más allá de mis palabras. Quiere leerme, saber si digo la verdad.

—¿Por qué no lo aclaraste en el momento? —cuestiona.

—Porque tú me dijiste que no sabías si estabas preparada para avanzar o tener una relación y que era mejor dejarlo estar —respondo y ella agacha el rostro.

Guardo silencio mientras intento analizar y encajar lo sucedido. Todo lo que ha ocurrido ha sido un malentendido. Un maldito malentendido.

—Tiene que ser una puta broma.

Con sus palabras descubro que ella también ha llegado a la misma conclusión.

—¿El qué? —pregunto—. ¿Qué somos unas imbéciles y unas pringadas? ¿O que el reno de la fiesta acaba de salir corriendo hacia el bosque?

Alza la vista con rapidez para ver tal suceso y protesta y me empuja al darse cuenta de que le he mentado.

Me gusta que se suelte, que me demuestre que puede volver a relacionarse conmigo sin problema. Odio que hayamos estado tan distintas. Y es curioso, muy curioso, cuando nuestra relación viene de un pasado tan abrupto.

—Está claro que no fue mi mejor conversación, la verdad —reconozco—. Mi pico de elocuencia no estaba en un buen punto ese día. Pero supongo que tú eras la culpable.

—Y ahora me culpas.

—Así es —afirmo y decido dejar las bromas aparcadas a un lado—. La conexión que he estado sintiendo contigo ha sido increíble. Creo que jamás había sentido algo así —confieso mientras sus ojos me observan—. He de reconocer que me pones un poquito nerviosa.

Sonríe ante mi declaración y esta vez lo hace de verdad. Me brinda una de esas sonrisas tan bonitas y espectaculares que tan bien le quedan y que logran desarmarme.

—Así que te pongo un poquito nerviosa —repito y sé que está disfrutando de la situación.

—Espero llevarlo mejor con el tiempo. Quizás, en un futuro, seas tú a la que le tiemble todo al verme.

—Estás dando por hecho que hay un futuro.

Me reta sonriente y, joder, tengo tantas ganas de besarla que siento que puedo consumirme. Pero aún hay cosas que tengo pendientes.

—Creo que no me apetece tener más equivocaciones tontas contigo —señalo—. Así que, me gustaría preguntarte algo directamente —aclarar y ella me mira muy atenta—. ¿Tienes interés en seguir conociendo a esta divertida y apuesta chica?

Sonríe y, aunque aquí afuera esté haciendo bastante frío, me derribo. Su sonrisa es espectacular.

—Supongo que... podría probar.

—Podrías probar.

Repito sus palabras y ahora soy yo la que sonrío.

Necesito sellar esa propuesta. Y necesito hacerlo ya. Así que decido actuar. Me inclino un poco, ella no se mueve, pero si percibo cómo baja la vista hacia mis labios. Y, cuando estoy a punto de alcanzar eso que tanto deseo, el ruido lo inunda todo. Me levanto por el susto y Paola igual.

Se escuchan gritos, palmadas, petardos y el reno salta al exterior gritando «¡feliz año nuevo!» seguido de una gran cantidad de personas. Unos cantan, algunos usan el pito de los

coches para hacer más ruido y otros comienzan a lanzar fuegos artificiales.

Giro el rostro hacia Paola, que también está observando lo que está sucediendo y se encoje de hombros resignada.

—Feliz año.

Le deseo unos trescientos sesenta y cinco días de felicidad y sus labios se curvan.

Se acerca, cruza los brazos por detrás de mi cuello y su proximidad me regala una sensación de calor demasiado agradable.

—Feliz año, Julia.

Y entonces, sin más, me besa. Nuestros labios vuelven a encontrarse y yo no puedo imaginar un inicio de año mejor. Un inicio de año con una chica tan especial y que me brinda un nuevo camino a su lado. Sonrío mientras nos besamos y, cuando siento que está a punto de separarse, profundizo el beso. Estoy dispuesta a recuperar todos los besos que nos hemos dejado por el camino.

FIN